

EMOCIONES Y SENTIMIENTOS

M^a Carmen Artaloytía Lázaro

CAPÍTULO I

Estaba sentada en el balancín del porche envuelta en una manta de lana hecha por Carlota; a pesar de que hacía frío ni siquiera lo notaba. Me había refugiado allí como en su día lo había hecho su nieta. Llevaba ya dos años trabajando en el periódico y era la primera vez que solicitaba unas vacaciones que coincidieran con las fechas de Navidad. Quería pasarlas lejos de las luces de neón, de un mundo que iba perdiendo su humanidad mientras se alejaba cada vez más de la realidad.

Las fiestas navideñas nunca fueron del agrado de mi madre, quizás porque estábamos solas o porque le traían recuerdos de su niñez.

Me había acostumbrado a ello y no las echaba de menos a pesar de que mis amigos la festejaban por todo lo alto. También es cierto que mi madre, como cada año, compraba los típicos dulces navideños; turrónes, polvorones y el pavo de navidad.

Cuando le dije a mi madre que me iba con Carlota me respondió que no me preocupara; ella las pasaría con la familia de Juan.

Carlota me recibió con gran alegría y muestras de cariño. Dijo que había presentido mi regreso porque sabía de mis inquietudes por buscar respuestas a los hechos que me estaban ocurriendo en la vida y que tales respuestas solo pueden encontrarse en la soledad de la noche a la luz de las estrellas. Qué mejor para ello que su finca.

¿Qué significado tiene la vida? ¿A qué hemos venido realmente a este mundo?

Cuántas preguntas sin respuestas y cuántas respuestas a las que no encontrábamos sentido.

Había escuchado que el destino te pone unas cartas sobre la mesa y tú tienes que saber jugar con ellas. Lo que no estaba claro era si en cada etapa de tu vida esas cartas variaban.

Los eruditos en filosofía afirmaban que se podía ser feliz de diferentes formas en la vida, solo había que seguir ciertas pautas. Había que controlar las emociones porque estas terminaban convirtiéndose en sentimientos. Yo interpretaba que todo aquello era parte de esa búsqueda del equilibrio que me llevaría a la felicidad.

La historia nos demostraba que personajes muy ilustres trataron sobre estos temas aunque fueron incapaces de marcar unas pautas efectivas que dieran soluciones a lo que nos sucedía.

¿Qué era realmente lo correcto? ¿Lo que marcaba nuestra sociedad o lo que nos marcaba la vida? ¿Lo que nos dictaba el corazón o lo que nos dictaba la razón?

Mi madre también había marcado mi vida inculcándome los valores de la dignidad, de la moral, de las buenas costumbres. Me había enseñado a ser austera, a saber darle valor al dinero, a cómo se debía utilizar y para qué.

Qué golpe tan terrible fue descubrir la verdad; la verdad es menos dolorosa si llega en el momento correcto y puede razonarse. Aunque, ¿a qué verdad me refería, a la mía o a la de ella?

Mi bisexualidad. ¿Por qué debería considerárseme culpable de algo cuando yo ya había nacido así? Lo llevo dentro desde que estaba en el vientre de mi madre. ¿Por qué en la mayoría de las personas se encontraba ese rechazo, ese menosprecio? Y sobre todo, ¿por qué se condenaba y se ajusticiaba a los que no eran como ellos? ¿Por qué la Iglesia consideraba la bisexualidad una abominación y aunque la aceptaba prohibía las relaciones sexuales? No acababa de entenderlo; quizás es que no había nada que

entender y todo se basaba en un rechazo no fundamentado en sí por la homosexualidad, sino que provenía de personas que rechazaban todo lo que no comprendían sin molestarse siquiera en profundizar en ello.

Yo lo haría, bebería de las aguas vivas de los Sagrados Textos.

Sería muy interesante estudiar a quienes han rechazado y perseguido la homosexualidad a lo largo de la historia ¿Qué es lo que verdaderamente esconden?

Laura, ¿por qué actuaba de esa forma tan cruel y vengativa? ¿Qué era lo que ocultaba detrás de sus hermosos ojos y de su corazón?

¿Por qué era yo tan sumisa, tan frágil y con un carácter tan débil? Ahora ya, después de conocer la verdad sobre mi madre, me preguntaba si no era en parte por nuestra genética, porque debían existir personas de diferentes formas de ser, porque nuestros destinos estaban ya escritos antes de nuestro nacimiento.

Rubén, ¿qué es lo que realmente ocurrió entre nosotros? No había vuelto a tener más noticias sobre él.

Alba, mi pilar, mi fuerza, quien secó mis lágrimas ¿Qué es lo que ella sentía realmente por mí? ¿Qué es lo que yo sentía por ella?

Ahora me encontraba en una situación de agotamiento emocional y quería empezar a cerrar puertas y avanzar.

Hay momentos en nuestra vida en que debemos cortar el cordón umbilical que nos une al pasado y mirar a los ojos del presente sin ni siquiera pensar en el futuro. Creo que debería empezar contando mi historia desde la adolescencia.

Me llamo Ana María, Ana para los amigos.

.....

CAPÍTULO II

–Ana, despierta, tienes que venir conmigo. Toca limpieza general en el chalet de los señores –dijo mi madre mientras me zarandeaba suavemente.

Yo estaba muerta de sueño, había estado hasta altas horas de la madrugada mandándome mensajes con una de mis amigas, Soledad. Nuestro sueño era poder ir a la universidad. Ella quería estudiar medicina y yo periodismo. Ninguna de las dos podíamos permitirnoslo.

Mi madre, Adelaida, trabajaba de asistenta en un chalet. De mi padre jamás hablaba. Ella, los días en los que yo que no iba al instituto, me obligaba a ir al chalet para ayudarle a hacer una limpieza más a fondo. Me decía que el trabajo me enseñaría a darle valor al dinero y que con ese dinero me tendría que pagar mis caprichos y al mismo tiempo ahorrar. Según ellano sabíamos lo que nos podía deparar la vida.

Los padres de Soledad estaban separados. Su madre pidió el divorcio porque él la maltrataba, teniendo además que ponerse a trabajar en una empresa de contratas de limpieza donde no había controles horarios. A pesar de que su padre no le costeaba la manutención ni los estudios Soledad se posicionaba al lado de él. Criticaba a su madre diciendo que era la culpable de que su padre se hubiese dado a la bebida. A mí me daba mucha pena porque no era verdad. Su madre parecía una buena persona, tenía treinta y ocho años, la misma edad que la mía, aunque parecía mucho mayor y en su cara siempre había una expresión de sufrimiento.

–Ya voy, mamá, déjame un poco más. ¿Y por qué tienes que llamarles señores? Eso era antes.

El chalet estaba situado en una de las barriadas más lujosas de la ciudad. “Los señores” eran el matrimonio formado por don Rodrigo, médico especialista en cardiología de un hospital privado y doña Rosalía, profesora de matemáticas en un instituto público. Él tenía cuarenta años y era una persona muy agradable y cariñosa, al contrario que su esposa, cuatro años menor que él. Rosalía tenía un hermano, Germán, que era unos años mayor que ella y del que jamás se hablaba. El clan familiar lo completaban sus dos hijos, Rosalía, de dieciocho años como yo, Rodrigo, tres años menor y sus abuelas viudas. Por parte paterna estaba doña Dolores, muy dulce y cariñosa. No era tan amiga de ir a misa como doña Virtudes, la abuela materna, que aunque participaba en todas las actividades de la iglesia no tenía nada de buena persona. Su pasatiempo favorito cuando se reunían todos a comer era malmeter.

Rodrigo era un encanto de niño a diferencia de Rosalía, una de esas pijas estúpidas con aire de grandeza, siempre mirando por encima del hombro y dispuesta a humillarte.

Lo que yo observaba en Rodrigo eran unos modales y formas de expresarse muy afeminadas.

Sería mejor dejar de pensar. Me levanté a regañadientes y me tomé las tostadas y el café que me había preparado mi madre.

Al entrar en el autobús iba medio dormida y casi me di de bruces con esos niñatos chulos de mi barriada que van por la vida demostrando no se sabe qué pero queriendo dar la impresión de que son los que mandan.

–Oye –dijo–, ¿estás gilipollas o es que empiezas a esnifar ya desde por la mañana?

Mi madre le miró pero no dijo nada. De pronto el autobús se había quedado en silencio. Criticamos el ser maltratados por gente de clase superior a la nuestra pero tampoco nos ayudamos cuando quienes lo hacen son de nuestro mismo entorno social.

–¡Gilipollas lo serás tú!–grité– ¡Y por lo colorado de tus ojos el que se ha metido algo ya sabemos quién es!

–Serás hija de...

Levantó la mano como para abofetearme pero le di un rodillazo en sus partes que le hizo doblarse. Entonces se escucharon aplausos.

–¡Muy bien, chavala! –exclamó un pasajero.

Mi madre me pegó un tirón del brazo. El chofer mosqueado nos amenazó:

–¡O se están ustedes todos quietos y callados o ahora mismo paro aquí el autobús y llamo a la policía!

Nadie volvió a decir una palabra. Miré a mi madre que estaba pálida y cuando aquél chulo se bajó del autobús me buscó con la mirada y me hizo un gesto amenazante. La palidez de mi madre se hizo más acusada. Al llegar a nuestra parada ella me agarró del brazo y cuando vio alejarse el autobús me dio una bofetada. Era la primera vez que lo hacía.

–¿Pero cómo has podido hacer semejante cosa? ¿Es esa la educación que te he dado? ¡Enfrentarte así a una persona que seguro que es un delincuente! ¡Habrás visto como te ha amenazado!

Estaba cansada de vivir siempre con ese miedo. Cuando salía con mis amigos por el barrio más de una vez tuvimos que sujetar a alguno de ellos para evitar que se peleara

con este tipo de personas que siempre nos decían palabras soeces y hacían gestos obscenos. Me dolió que mi madre me diera la bofetada pero sabía que los nervios y el miedo habían tenido la culpa de ello.

El chalet era enorme y solo estábamos mi madre y yo para la limpieza. Además de nosotras estaba Melina la cocinera, unos años mayor que mi madre. También estaba Juan que se encargaba del mantenimiento y tenía aproximadamente la misma edad de mi madre. Siempre estaba haciéndole bromas y pidiéndole que saliera con él a tomar unas copas, pero ella le eludía diplomáticamente.

Había terminado de abrillantar todo aquel enorme pasillo cuando Rosalía apareció al principio del mismo y sonriendo me dijo:

–Cuánto lo siento, Ana, pero tengo que pasar. Me esperan para comer y ya voy tarde. Vengo calada de la piscina.

Mientras hablaba iba andando y dejando un reguero por todo lo que yo había abrillantado. No era la primera vez que me fastidiaba algo que ya estaba limpio; cuando no caía el azúcar caía el vaso, un plato, restos de comida...

–No te preocupes–le contesté con una sonrisa irónica–. Precisamente no había terminado porque sabía que aparecerías de un momento a otro. Te vi en la piscina.

Aquella pija no iba a quedarse conmigo. Quizás algún día las cosas cambiaran sería yo quien pudiera cargarse el trabajo que ella hubiera hecho.

Servíamos la mesa entre mi madre y yo. Como solían hacer, el sábado y el domingo se reunían todos para comer. Comentaban que “la pija” iba a ir a la universidad y que estudiaría la misma profesión que su padre, por lo que doña Virtudes y doña Rosalía no cabían en sí de gozo.

A ver si lo consigue, pensaba yo, que no la veía con capacidad. Desgraciaditos los que cayeran en sus manos.

Doña Dolores me cogió suavemente por el brazo.

–Dime, niña–me preguntó en tono cariñoso–, ¿a qué universidad irás?

–Abuela, qué cosas preguntas –saltó “la pija”–. Ellas no tienen dinero para que Ana pueda ir a una universidad.

Se hizo un silencio. Su padre la miró pero no dijo nada. Su madre hizo una mueca sardónica y doña Virtudes comentó:

–Dolores, qué ocurrencia. No todo el mundo puede ir a la universidad y no ya por su nivel económico sino por su capacidad intelectual.

Mejor sería ignorarlo puesto que llevaba en mis manos una jarra de agua.

–Ana María –insistió doña Dolores–, ¿a qué universidad te gustaría ir?

Se escuchó la voz de mi madre:

–Doña Dolores, muchas gracias por su preocupación pero Ana María no quiere ir a la universidad. Ya veremos lo que podrá hacer.

–Perdóname, Adelaida, pero no te he preguntado a ti.

–Señora, me gustaría ir a la universidad y estudiar periodismo, pero...

Se escucharon las risas de doña Virtudes junto con las de su hija y su nieta. Don Rodrigo y su hijo permanecían muy serios sin decir nada.

–Puesno habrá peros. Mañana quiero verte en mi casa. Le daré órdenes a mi secretario para que te abra una cuenta bancaria donde te iré ingresando el dinero para los gastos que se generen de tus estudios de periodismo.

CAPÍTULO III

Estaba con mis amigos en uno de los parques más tranquilos de nuestra barriada; uno de esos donde todavía se podía pasear sin tener problemas. Éramos todos de la misma edad, compañeros de colegio y de instituto.

Me miraban absortos mientras les contaba cómo doña Dolores había abierto una cuenta con cinco mil euros en la que figurábamos mi madre y yo y que con parte de ese dinero había pagado la matrícula.

–Lo único que me ha pedido es que apunte todo lo que vaya gastando, no ya por ella sino para que me dé cuenta de si son gastos necesarios.

Todos coincidieron en que tenía mucha suerte y alguno dijo de broma que le presentara a doña Dolores a ver si había suerte y también les pagaba a ellos una carrera. Mis amigas ya habían salido con otros chicos y alguna de ellas había mantenido relaciones sexuales, sin embargo yo nunca sentí deseos de tener sexo con nadie. No quería que me tacharan de mojigata y me inventé que lo había hecho con Esteban, un chico que era un coquito y me ayudaba con las matemáticas. Nunca se sobrepasó ni me pidió nada a cambio.

Mis amigos eran, además de Soledad, Maite, rubia y con unos bonitos ojos azules, muy gordita. Sus padres tenían una panadería donde vendían también dulces. Ella quería trabajar de dependienta en una boutique. Salía con Ángel que pensaba ser camionero como su padre. Carmen, que tenía el pelo castaño y unos pequeños ojos negros de un brillo especial que resaltaban en su bonito cuerpo. Sus padres tenían un bar y ella quería trabajar de camarera. Carmen era la pareja de Daniel, de pelo castaño claro y ojos del mismo color. Daniel aspiraba a ser policía como su padre.

David era el más guapo de todos; alto, de pelo y ojos color marrón. Decía que le gustaría ser técnico sanitario como su padre. Siempre me estaba dando bromas y tirando indirectas sobre nuestra relación. Yo tenía el pelo moreno y ensortijado, con ojos negros y una figura delgada.

–Al final haré un modulo de peluquería –dijo Soledad–.Tú tendrás suerte y cumplirás tu sueño de ser periodista.

–Sí, pero los sueños a veces no resultan como esperamos, Soledad. Igual podrías ser tú más feliz que yo. A mí lo de ir a la universidad ya me ha costado un disgusto con mi madre. Sabes que es muy orgullosa y no quiere que nadie costee mis estudios. A veces las madres no se dan cuenta del daño que pueden hacer a sus hijos empeñadas en mantenerse en costumbres anticuadas.

–Es cierto lo que dice Ana–comentó Daniel–. Nuestros padres, sobre todo las madres, deberían mantenerse al margen de lo que deseamos estudiar. Mi madre casi me mata por querer ser policía. Se armó una buena entre mi padre y ella. Al principio me hizo la vida imposible, después pasó a ser la víctima y a estar llorando todo el día; hasta que se dio cuenta de que no podía ni conmigo ni con mi padre. Él está muy orgulloso de mí pero no quiero ser policía porque mi padre lo sea sino porque es lo que siempre he deseado.

–Tenéis que comprenderlos–dijo David–. Ellos quieren la felicidad para sus hijos aunque a veces no se den cuenta de que lo que consideran mejor para nosotros podría no serlo. Incluso puede que eso no llegue a hacernos felices nunca.

Me quedé sorprendida por la madurez que demostraba David al hablar de aquella manera.

–¿Qué os parece si vamos a mi casa? –interrumpió Carmen–. Mis padres están muy liados en el bar y llegarán bastante tarde.

No era la primera vez que íbamos a casa de Carmen y sabía que aquello quería decir que se fumarían porros. Ella sabía dónde los tenía su padre escondidos. A mí no me gustaba fumar pero más de una vez tuve que hacerlo para evitar que me miraran con malos ojos o me tacharan de infantil. Carmen dejó el salón con una tenue luz encendida para evitar demasiada claridad.

–Oye, ¿dónde los esconde tu padre?– preguntó Soledad.

–En la caja de su loción de afeitado. Ahí no mira mi madre.

–Mis padres lo suelen dejar –dijo Soledad–debajo del colchón; como fuman los dos.

Me sentía en la obligación de no fumar, no solo por mí sino también por mi madre que sacrificaba su vida para darme una buena educación. Ella solo iba del trabajo a casa y de casa al trabajo para ahorrar. Tratando de evitar gastos ella misma me confeccionaba las camisas. A pesar de que le encantaba leer no se compraba ningún libro, los sacaba de las bibliotecas. Por otra parte estaba también doña Dolores que se portaba de forma tan generosa. No podía defraudar a ninguna de las dos. Unido a todo esto tenía el convencimiento de que se empezaba por los porros y se terminaba con la cocaína. Empezaron a dar caladas y cuando me tocó el turno lo rechacé.

–Siempre tienes que estropear la fiesta con tus sensiblerías. ¿Qué hay de malo en fumar un porro de vez en cuando? Nuestros padres lo hacen. ¿Te crees que tu madre no fuma? –dijo Soledad.

Tenía que haberle partido la cara pero opté por levantarme e irme.

–Me marcho que no quiero estropearos la fiesta.

–Espera –dijo David–, te acompaño. No tengo ganas de fumar hoy.

Sentía deseos de llorar. ¿Es que si querías estar dentro de un grupo había que fumar a la fuerza? Cuando salimos a la calle empecé a aligerar el paso. David me sujetó suavemente del brazo.

–¡Espera, Ana! No hace falta que vayas tan deprisa. Tranquilízate.

Aminoré la marcha y él cogió mi mano.

–Verás, nadie tiene por qué hacer lo que no desea aunque el resto del mundo lo haga. Los porros no son buenos y no creo que mis padres fumen, pero aunque lo hicieran no querría decir que estuvieran actuando correctamente. Creo que en tal caso harían mejor ocultándomelo. Los porros a lo único que nos conducen es a la pérdida de nuestra voluntad por unos momentos de risas, de euforias y para ignorar nuestras faltas y defectos y no sentirnos tímidos, cuando lo que deberíamos hacer es querernos a nosotros mismos y aceptar lo que somos.

Hablaba con firmeza y convencido de lo que estaba diciendo.

– Yo considero –respondí–que hay muchos motivos por los que se fuman porros, pero a veces ni quienes fuman los conocen.

Sin darnos cuenta llegamos al portal de mi casa. Me rodeó entre sus brazos y me besó suavemente en los labios. No noté sensación alguna y eso me causó extrañeza. Los ojos de David, por otra parte, expresaban su alegría.

–¡Te quiero, Ana! ¡Te quiero y deseo que seamos pareja! No tengas miedo, no quiero ir deprisa y esperaremos hasta que tú lo desees.

Estaba confundida. No quería herirle pero tampoco quería atarme a una persona que no me hacía sentir lo que dicen que se siente cuando estás enamorada.

–Tienes que darme tiempo, David. Por favor, dame tiempo. Ahora estoy muy centrada con esto de ir a la universidad.

CAPÍTULO IV

La primera vez que entré en el aula de la universidad tenía el corazón encogido por el miedo. No sabía con qué clase de compañeros me iba a encontrar ni cómo actuarían los profesores.

La universidad significaba entrar en la etapa de la madurez y relacionarnos con todo tipo de personas. Era imposible, con el nivel de exigencia de los estudios, notar una cercanía con los profesores como la que tuvimos en nuestra época del instituto.

Tampoco para ellos sería fácil tratar con alumnos que llegábamos de lugares diferentes y en plena adolescencia.

Pronto me di cuenta de que ya había grupos hechos; quizás debido a que llevaban siendo amigos desde sus institutos, barriadas y urbanizaciones.

Entre aquellos grupos había uno que me llamaba mucho la atención. Lo lideraba un chico moreno, alto y delgado. Tenía unos bonitos ojos negros y a mí, de vez en cuando, me hacía un guiño. Por sus formas de vestir y de comportarse los chicos de ese grupo parecían ser “niños de papá”. Prefería mantenerme a cierta distancia y no tomar confianzas con nadie. De vez en cuando me refugiaba en las redes sociales y observaba cómo funcionaban sin control, provocando confusiones, malas interpretaciones y algún que otro encontronazo. Eran habituales los desengaños en todos los terrenos sobre todo en el de las relaciones de parejas. Había perfiles que no solo tenían fotos falsas sino que además mentían con las informaciones que daban. Observaba que ciertas personas las utilizaban como si fuesen a conocer en ellas a esa persona que no acababan de encontrar.

Tomé la decisión de alejarme de ellas y solo utilizarlas para información.

Me esforzaba en sacar buenas notas para evitar causar más gastos, lo que suponía no tener tiempo para compartir con mis amigos. Quedaba con ellos algún que otro fin de semana y aquello iba provocando que poco a poco nos fuésemos alejando cada vez más. Aquel fin de semana al terminar la clase iba a salir del aula cuando me tocaron suavemente el brazo.

–Ana, ¿por qué no te vienes con nosotros a comer unas pizzas? Mis padres me han comprado un coche y quiero festejarlo.

Era el chico que me guiñaba el ojo. Iba a decir que no cuando escuché la voz de una muchacha de su grupo, una rubia que entraba en el aula como si estuviera haciendo un pase de modelos.

–Roberto, te estamos esperando.

Mientras hablaba con él me miraba con cierto desprecio así que para fastidiar a la “modelo” decidí aceptar.

–De acuerdo, Roberto, iré encantada.

Salimos del aula y ya estaba arrepintiéndome de haber aceptado. Disimuladamente intenté tirar en dirección opuesta a la de ellos pero Roberto me llamó:

–Ana, vamos a coger el coche.

La rubia iba también con él.

–Creo que aunque compartís aula no os conocéis muy bien. Marga, Ana; Ana, Marga.

Iba a darle un beso pero ella me esquivó diplomáticamente:

–La verdad es que no me había fijado en ti. Encantada.

Nos montamos con Roberto en el coche y ella se sentó delante con él. Aunque intentaba disimular sus gestos no podía ocultar su irritación. Roberto conducía de forma temeraria lo que provocaba que ella se riera, desafiándole para que lo hiciera de manera aún más peligrosa. Me daba la sensación de que era porque quería ver la expresión de miedo de mi rostro. A pesar de ello yo permanecía callada.

Llegamos a una de las pizzerías más caras de la ciudad. Mi nivel económico y el de mis amigos no nos permitía ir a ese tipo de establecimiento.

–Ana, te voy a presentar al resto de amigos.

Sus amigos eran tres chicos; Adrián, Antonio y Carlos y tres chicas; su prima Laura, María y Lorena, eso sin incluir a la rubia. Pensaba que al tener un alto status social tendrían una mínima educación pero me ignoraron.

Recordé las palabras de mi madre:

–La educación no la da el dinero ni tampoco el colegio, aunque ayuda. La educación tienes que encontrarla en tu hogar.

La pizza estaba riquísima pero yo no encajaba allí. Solo hablaban de coches deportivos, de fiestas y de moda. Laura parecía ignorarlos y me miraba irónicamente con sus bonitos ojos color caramelo. Comía de forma pausada mientras que ellos lo hacían rápida y compulsivamente.

Se levanto y se acercó a mí.

–Ana, ¿quieres salir a fumar un cigarrillo?

–Sí, gracias.

–Oye ,primita ,no la monopolices –rió Roberto.

Una vez fuera ella sacó un cigarrillo de la cajetilla y me lo ofreció.

–No, gracias, no fumo. Pero me has hecho un favor, me estaba empezando a sentir asfixiada.

Sonrió.

–Me lo imaginaba por la expresión de tu cara. Por eso, aunque no sabía si fumabas, te lo he dicho. Seguro que no te acordarás de mi nombre, Laura; soy prima hermana de Roberto. No son malas gentes solo un poco consentidos.

Le devolví la sonrisa.

–Realmente no los he tratado lo suficiente para saber cómo son y muchas veces ni aún tratando a las personas se las llega a conocer. Me he fijado en tu primo porque suele hacerme gestos cómicos. Al pedirme que le acompañara no pensaba hacerlo pero viendo la expresión de desagrado que puso Marga decidí venir para fastidiarle.

Soltó una carcajada.

–La verdad es que pensé que lo hacías porque te gustaba Roberto.

–¿A mí? ¡No! No... Además ahora no quiero meterme en esos líos. Si estoy estudiando es porque me está pagando la carrera la madre del dueño del chalet donde trabaja la mía como asistenta.

Inhaló y exhaló el humo mirándome fijamente.

–Era muy sincera, otra persona no lo habría contado.

–Jamás me arrepentiré de lo que soy y de lo que es mi madre, que sacrifica su vida para que yo tenga un futuro.

Apagó el cigarrillo en un cenicero que había en una de las mesas de la terraza.

–¿Sabes?, me encanta tu forma de ser. Por supuesto que te tienes que sentir muy orgullosa de tu madre. La vida no es fácil para nadie –su voz se había tornado fría–, unas veces por dinero y otras por cosas más terribles.

De pronto Roberto nos cortó la conversación.

–Oye–se le veía un poco bebido–, ¿qué hacéis ahí las dos? Veníos para adentro que estamos con los postres.

Me había quedado sorprendida por las palabras de Laura. Siempre pensé que los “niños de papa” no tendrían problemas.

Cuando salimos de la pizzería Roberto me cogió por el brazo.

–Ven, te pondrás delante conmigo.

Laura me apartó de él.

–No, primito, Ana se vendrá en mi coche.

–Vaya, vaya, Laura. Te gusta la chica y la quieres para ti.

Me quedé perpleja al escuchar aquello. Laura ni le contestó, solo dijo:

–Vamos, Ana, ahí está el coche. ¿Dónde vives?

Le dije el nombre de mi barriada.

–No hace falta que me lleves hasta la puerta, podrías tener problema con el coche.

–No tengo miedo, no te preocupes.

Nos subimos y Laura dijo:

–Te habrás sorprendido por las palabras de ese bobo de Roberto. Soy bisexual.

Desconozco si el resto del grupo lo sabe o no pero me da exactamente lo mismo. No tengo que hablarle a nadie sobre mi condición y tampoco me voy a dejar ni etiquetar ni clasificar. Si tienes algún problema con eso, pues nada, solo nos saludamos.

Lo cierto era que yo no había profundizado en el tema de la homosexualidad. Alguna vez entre mis amigos se comentó alguna noticia o criticaron a algún chico, pero más bien por su forma alocada de comportarse o de vestirse. Por lo demás ellos lo aceptaban sin ningún tipo de problema. A mí particularmente me daba lo mismo, no me metía con la forma de ser de nadie. Últimamente me preguntaba si esa no sería también mi condición ya que rechacé a David y tampoco me sentía atraída por ningún otro chico.

–Por favor, yo no tengo por qué entrometerme en los sentimientos de ninguna persona ni decirle a quién debe querer o con quién debe tener relaciones sexuales.

No dijo nada, solo sonrió. Al poco llegamos en mi barriada.

–Indícame.

Lo hice y aparcó en mi misma puerta.

–Gracias, Laura, has sido muy amable.

–No tiene importancia, hasta mañana.

Vi alejarse el coche y sin saber por qué algo me decía que mi vida la cambiaría la persona que iba dentro.

CAPÍTULO V

Me despertó el sonido del móvil, era Soledad.

–No me digas que aún duermes.

–Ayer estuve estudiando hasta muy tarde– contesté.

–Hemos hecho una quedada para esta noche en el burger. Contamos contigo. Queremos saber cómo nos va a todos.

Fui a la cocina y mi madre me había dejado una nota:

“Te he dejado una ensalada y pollo en salsa por si no quieres ir a comer al chalet.

Pronto nos toca limpieza, aprovecha para estudiar. Un beso.”

Cuando llegué al burger ellos ya estaban allí. Nos besamos y abrazamos e hicimos comentarios favorables sobre nuestros físicos.

A excepción de Daniel y David, que estaban preparando sus oposiciones, los demás ya habían comenzado a trabajar. Soledad en una de clínica de estética donde también ofrecían servicios de peluquería. Maite había conseguido trabajar en una boutique. Ángel de camionero con su padre. Carmen estaba de camarera en el bar de su familia. Francisco era mecánico en un taller de la barriada.

–Bien–dijo Soledad en tono jocos–, ¿qué tiene que contarnos la universitaria del grupo?

–Eso –apoyó David–, cuéntanos si ya te ha “pillado” alguien.

Sonreí.

–Seguro que vosotros tenéis más cosas que contar que yo. No me ha pillado nadie ni creo que me pille. Por ahora solo me interesan mis estudios, terminar la carrera y ponerme a trabajar. En la universidad no es lo mismo que en el instituto, allí es difícil hacer amigos.

No quise contar lo de Roberto porque había observado el gesto de preocupación de David mientras hablaba.

–Por lo que a mí respecta–dijo Carmen–, estoy hartísima de mis padres. Me exigen más que al otro camarero con eso de que soy su hija. Esto de trabajar con la familia es peor que si trabajaras con personas ajenas. Se pasan el día quejándose de lo mal que está todo, sin embargo los clientes no dejan de ir y encima cada día están más exigentes. Es un milagro el que me hayan dejado salir porque normalmente los fines de semanas es cuando más movimiento hay.

–No sé qué decirte, Carmen –respondió Maite–. No creas tú que es porque sean tus padres pero mi jefa también es un tormento. Para ella nunca están las cosas como tienen que estar. Es una amargada. Creo que lo que le pasa que su ex se largó el año pasado con una de las dependientas y paga con nosotras su frustración.

–Bueno –replicó Soledad–, a mí me pasa lo mismo con la mía. No soporta que sea más guapa que ella. La clínica es unisex y los clientes siempre piden que sea yo quien les corte el pelo –se reía a carcajadas– porque los mimo mucho y ellos me suelen dar buenas propinas.

Era incapaz de decir dos frases y no mostrar su ego, aunque había que reconocer que era guapa y muy sexy.

–¡Eso os pasa por trabajar con mujeres! –respondió Francisco echándose a reír–. Sois terribles y por eso mismo nunca gobernareis el mundo. No por nosotros sino por la envidia que os tenéis las unas a las otras.

Se escuchó un murmullo de desaprobación por parte de ellas y con razón.

–A las pruebas me remito –siguió hablando Francisco–, mi jefe se porta muy bien con nosotros en el taller.

–A mí me va muy bien –dijo Ángel–. El trabajo de camionero es duro pero tiene sus recompensas. Se gana un buen sueldo y se goza en ciertas paradas donde suele haber buenas compañías.

Hizo un guiño.

–¿Qué quieres decir con lo de buenas compañías? –preguntó Soledad recalcando lo último. Él soltó una carcajada.

–Pues eso, a buenas compañías.

–No me estarás contando –dijo Carmen– que tu padre te lleva de... Deberías tener cuidado con tus expresiones porque estás dando a entender que los camioneros disfrutáis de esas “buenas compañías” y como suele decir mi madre, el habito no hace al monje.

Se hizo un silencio.

–¡Hay que ver cómo sois las mujeres! Os queréis enterar de todo. Yo no he querido decir semejante cosa, solo...

Tuvo la gran suerte de que en ese momento llegaran las hamburguesas. Cuando terminamos Ángel nos preguntó:

–¿Queréis venir a mi piso y tomamos unas copas?

–¿Pero tú tienes un piso?–preguntamos todos al unísono.

–Sí, mi madre echó los papeles para uno en esa nueva edificación que está cerca de nuestra barriada. Son viviendas sociales para jóvenes.

El piso, aunque no tenía muchos muebles, era confortable.

Soledad sacó un canuto del bolso.

–¿Qué os parece si echamos unas caladillas y nos ponemos a tono?

Todos aceptaron menos yo.

–Sigues igual de estirada, Ana. Tú te lo pierdes.

Al poco aquello se estaba desmadrando. Con la euforia del porro no tomaban consciencia de lo que estaban haciendo. Tenía deseos de irme pero tampoco quería amargarles la fiesta. David pareció darse cuenta de cómo me sentía.

–Veo que estás a disgusto. Vamos, te acompaño a tu casa. No hace falta despedirnos, ni se van a enterar.

El aire fresco de la calle me tranquilizó. No entendía el comportamiento de mis amigos, quizás era yo la rara. No quería pensar, solo despejar mi mente.

–No somos malas personas porque de vez en cuando nos fumemos un porro, simplemente queremos divertirnos un poco.

–Por Dios, David, claro que no os considero malas personas y mucho menos porque os fuméis unos porros. Pero lo siento, no comprendo por qué para divertirse hay que

fumar. Además sigo considerando que son muy peligrosos y que se empieza por ellos y se termina en la cocaína. Cuando quieres controlarlo ya no puedes.

Me cogió de la mano. Supe lo que iba a hacer y pensaba negarme pero al ver el brillo de sus ojos le dejé.

–Te adoro, Ana y no es por tu físico sino por tu forma de ser. Es cierto lo que dices, debemos saber controlarnos si no seremos cautivos de nuestros sentimientos, de nuestros instintos y haremos costumbres de nuestros vicios. No debemos dejarnos llevar por todo lo que deseamos porque eso nos hará débiles y cuando no podamos tenerlo o bien nos frustraremos o haremos cualquier cosa para conseguirlo. Este verano voy a ver si consigo trabajar en la terraza de algún bar. De esta forma conseguiré un dinero extra para ayudar a mis padres a costear los estudios y también para darme algún que otro capricho. Quiero estar a la altura de mi pareja.

Sentí un escalofrío; solo tenía por él un cariño de amiga.

–David, verás, no sé cómo decírtelo pero de momento no quiero ningún tipo de compromiso solo pienso...

Él puso sus dedos en mis labios.

–No te preocupes, amor mío, sabré esperar.

Me sentía culpable. Debería haberle dicho la verdad, que no me atraía como pareja, solo le consideraba un buen amigo.

Al entrar en mi casa mi madre, como la mayoría de las veces, estaba sentada en el sillón y entre sus manos tenía un libro. Alzó la vista y me miró. Era una mujer guapa y tenía

un bonito tipo. No acababa de comprender por qué no se relacionaba con sus amigas o se buscaba una pareja; a mí no me hubiera importado.

Me acerqué a ella y la besé.

–Hola, mamá. ¿Qué tal has tenido el día en la casa de tus “señores”?

–Mi pequeña rebelde, bien pero han decidido que tenemos que empezar hacer la limpieza mañana sábado porque el domingo viene a comer el hermano de doña Virtudes, el obispo. Quieren que todo esté limpio y perfecto. Me imagino que el señor obispo viene porque Rodrigo quiere ser cura y él desea darles información y ofrecerles su ayuda.

CAPÍTULO VI

Como solía suceder el autobús iba abarrotado de gente.

–Mamá, aquí hay hueco. Quédate ahí que yo me voy al fondo.

Me di cuenta de que el chulo que días pasados se había metido conmigo estaba justo donde yo tenía que ponerme mirándome burlonamente. A su lado estaba un hombre con pinta de ser uno de esos miserables que aprovechan un descuido para tocarte o echársete encima. Intenté acomodarme pero era imposible que no sintiera hasta sus alientos. El trayecto se me estaba haciendo eterno. De pronto vi como el indeseable dirigía hacia mí una de sus manos con la intención de tocarme un pecho. No supe cómo pero ese brazo se quedó suspendido en el aire y escuché la voz del chulo que decía:

–Ten cuidado, Damián y piénsatelo antes de poner ahí tus zarpas.

Habló en un tono que todos los que estaban presentes tuvieron que oírle. No me quedó más remedio que mirarle para agradecerérselo pero me puso los dedos en mis labios impidiéndomelo.

–Ahora –dijo bajando la voz– me debes una.

Nos bajamos del autobús y se alejó sin decirme ni adiós.

–¡Ana, Ana! Te has quedado embobada mirando a ese chico, ¿no te has dado cuenta de que era el chulo del otro día?

–Sí, mamá, pero no le llames chulo.

Cuando llegamos al chalet Juan nos abrió la cancela.

–Buenos días, Juan–le saludó mi madre.

–Hola, Adelaida. Qué guapa estás, Ana. Eres ya toda una mujercita.

–Hola, Juan –contesté–. Gracias, pero no soy una mujercita, soy toda una mujer.

Se echó a reír.

Melina estaba haciendo la comida que desprendía un olor muy agradable. Me sonrió y me dio una de sus deliciosas magdalenas.

–Ana,hija–me dijo mi madre–, empieza por con cristales de los ventanales y procura no hacer ruido.

Cuando iba a entrar en el salón vi venir a Rodrigo sonriendo.

–Hola, Ana. He procurado dejar la habitación ordenada para que no me riñas. ¿Qué tal te va por la universidad?

–Bien, bien, aunque hay que estudiar mucho. Gracias, Rodrigo, ¿y tú cómo estás?

–También bien, gracias. Quiero prepararme para ser cura, Ana. Por eso viene hoy a comer con nosotros el hermano de mi abuela, el obispo.

Nuestra conversación fue interrumpida por Rosalía que salía de su dormitorio.

–Rodrigo, no hables con el servicio quese entretienen y no terminan nunca de hacer sus tareas.

–Por cierto –me miró de forma altanera–, empieza por limpiar mi habitación.

Para qué contestar. Cuando entré en su cuarto me quedé impactada. Parecía mentira que una chica joven pudiera dormir entre tan completo desorden. Había tenido la osadía de hacer dibujos con el pintalabios en el espejo del armario; no se podía ser peor persona.

Fueron llegando el resto de los comensales. Estaba en la cocina ayudando a mi madre y a Melina a preparar los platos cuando apareció doña Dolores.

–Hola, Ana María. ¡Qué guapísima estás! Últimamente no sacas dinero de la cuenta y no quiero que te falte de nada. Podríamos quedar un día para comer juntas y me cuentas qué tal van los estudios.

Mi madre la miró y se adelantó a mi respuesta.

–Muchas gracias, señora, pero Ana está muy ocupada con los exámenes.

Doña Dolores me miró con expresión de tristeza.

–Gracias, doña Dolores, la llamaré. Me encantará comer con usted.

Cambió la expresión y me dio el número de su móvil. Cuando regresamos a las cocinas mi madre me sujetó con fuerza por el brazo.

–Vamos a ver, Ana. ¿Por qué has tenido que contradecirme? Si se enteran los señores a lo mejor no les gusta y pueden hasta pensar que quieres sacarle más dinero.

–Me da exactamente igual lo que piensen tus señores. Doña Dolores deseaba comer conmigo y simplemente he aceptado.

Empezamos a servir la mesa y puse atención a lo que decían; sentía cierta curiosidad por ver cómo se desarrollarían los acontecimientos.

– Verás, hijo mío–decía el señor obispo dirigiéndose a Rodrigo–, ser cura es lo mejor que puedes hacer por Nuestro Señor. Entregar tu vida a su servicio, poder enseñar a tantas personas que ignoran a Dios y lo que está escrito para que cumplamos su palabra. Todo ello requiere una vida llena de sacrificios y entrega.

Le miraba y pensaba a qué tipo de sacrificio se referiría; desde luego no al de alimentarse puesto que se le veía más bien grueso y con un color de cara muy saludable.

–Sí, tío Tomás. Estoy dispuesto a sacrificarme por mis semejantes.

–Ahora puedes llamarme de esa forma pero en presencia de los demás curas y de los fieles tienes que tratarme de señor obispo.

Dejó de hablar para meterse un trozo enorme de chuletón en la boca. Yo no daba crédito ¿Cómo podía masticar tal cantidad de carne?

–No hará falta decirnos–dijo después de haber tragado–que podéis contar con toda mi ayuda y que el niño entrará en el seminario.

Mi madre estaba sirviéndole la comida a Rosalía cuando vi como ella disimuladamente tiraba un panecillo al suelo. Antes de que mi madre tuviera que inclinarse a recogerlo me adelanté y lo hice yo. Rosalía me miró con expresión soberbia pero mi gesto fue de total indiferencia. De pronto doña Dolores rompió el silencio:

–Esperemos que mi querido nieto sepa lo que está haciendo y esté convencido plenamente de ello.

–¡Por Dios, Dolores! –saltó doña Virtudes–.¿Cómo puedes decir eso en lugar de alegrarte de lo que quiere ser tu nieto?

Iba a hablar el obispo pero doña Dolores se adelantó:

–No tengo ningún tipo de predilección por las carreras. De hecho mi hijo estudió lo que él quiso. Creo que ser cura requiere mucho sacrificio y que a Dios se le puede servir de muy distintas maneras. Rodrigo es un niño muy inocente y considero que debería

madurar más antes de tomar semejante decisión. No olvidemos que el celibato tiene que ser muy duro. Aunque...

–Ya está bien, mamá –cortó don Rodrigo–. No empecemos con tus ideas liberales.

–Deja que hable –dijo el obispo–. Nos está demostrando el desconocimiento que tiene y lo equivocada que está. Debería informarse mejor y sobre todo sentirse muy orgullosa de que su nieto quiera ser cura y salve muchas vidas que están descarriadas.

–Tengo conocimiento sobre lo que estoy diciendo–respondió doña Dolores sin alterarse lo más mínimo ante el ataque de quien hacía llamarse portador de la palabra de Dios–. Estoy muy orgullosa de todos mis nietos–recalcó la palabra mis.–Lo que ocurre es que creo que a la hora de elegir nuestros caminos tendríamos que saber a lo que nos exponemos y las consecuencias. Precisamente lo que dices, tener antes conocimiento sobre ello, no solo para hablar, sino también para actuar. En lo que tampoco estoy de acuerdo contigo es en que solo se salvan vidas en las iglesias pues, también en el día a día, con nuestros comportamientos y acciones podemos salvar muchas vidas y llevarlas hacia Dios.

–Bueno, bueno, comamos que se nos enfríala comida –respondió el obispo. Se había quedado sin argumentos. – Démosle gracias a Dios por haberle hecho ver la luz a Rodrigo.

Me preguntaba cómo podían hablar del futuro de Rodrigo y que él no se hubiese pronunciado. Mi madre y yo intercambiamos nuestras ideas sobre el ser periodista; ella consideraba que era una carrera muy peligrosa por tanta porquería que se encontraba por todos sitios. Le contesté que precisamente era eso lo que yo quería hacer, limpiar la basura. Se había echado a reír diciéndome que ya era muy tarde para limpiar este mundo. En el comedor se había producido un tenso silencio. ¿Por qué siempre, por una

razón o por otra, se termina discutiendo en las reuniones familiares?

Después de que ellos terminaran de comer empezamos nosotros. Por supuesto nuestra comida no era de la misma calidad que de la de ellos pero Melina se daba trazas para que cualquier cosa que cocinase supiera a gloria.

Juan nos había ayudado a servir la mesa por lo que también había oído la conversación sobre Rodrigo.

–Bien que la ha liado doña Dolores–dijo sonriente. –Yo le doy la razón, Rodrigo para la edad que tiene es un inocentón y algunos curas se lo van a comer enterito.

–Ya está bien, Juan–le cortó mi madre–, no seas tan burro que está Ana delante.

–No tienes razón, Juan–añadió Melina. –Rodrigo sabe lo que hace. Es un buen chico y no todos los curas son iguales.

Recordé que en las noticias habían salido varios orfanatos donde algunos curas habían abusado de los niños.

CAPÍTULO VII

Estábamos ya en los últimos años de carrera. Había conseguido eludir a Roberto y apenas si nos saludábamos desde la distancia. Con mis amigos también tuve muy poco contacto; de vez en cuando nos juntábamos en alguna quedada, pero por poco tiempo. David, gracias a Dios, estaba muy liado preparándose la oposición a técnico sanitario. Mi madre no había consentido que llamara a doña Dolores. No tenía ninguna razón válida para impedírmelo y eso me hacía sentir mal.

Había salido más temprano que otros días de la universidad y tomé la decisión de ir a verla. La llamé por teléfono y por el tono de sus palabras me di cuenta de que le había dado una gran alegría. Me dijo que no me moviera del campus, que su chofer pasaría a recogerme.

El coche se paró a mi altura y salió el chofer que me abrió la puerta para que entrara. Creí morirme de vergüenza pensando que alguien nos hubiera visto.

Recorrimos varias calles hasta llegar al centro y entonces se detuvo ante una casa de arquitectura antigua pero reformada.

–¿Quiere entrar por la puerta principal o prefiere hacerlo desde el garaje?

–Prefiero por el garaje, gracias.

Cuando entré en aquella mansión me quedé alucinada con la decoración tan lujosa. Abundaban los colores suaves con tonalidades ocre. Los cuadros que colgaban de las paredes estaban firmados por los artistas que los habían pintado. Me recibió una asistente que llevaba puesto uniforme negro y delantal blanco.

–Siéntese, por favor. La señora vendrá enseguida.

Me senté en uno de los butacones. La verdad es que me encontraba un poco acobardada.

–Mi querida niña, ¡qué placer tenerte aquí! ¡Ven a mis brazos!

Me levanté y doña Dolores me rodeó con sus brazos estrechándome contra el pecho mientras me besaba efusivamente.

–Ana, aquí se acabaron los protocolos, llámame Dolores. Sentémonos y dime, ¿deseas tomar un aperitivo antes de la comida?

–Oh, no, doña... Quiero decir, Dolores.

–Como deseas, hijita. Cuéntame, ¿cómo llevas los estudios? Tiene que ser una profesión peligrosa. Debes tener mucho cuidado a la hora de entrevistar a ciertos personajes.

–Tendré precaución pero no miedo. No soporto los abusos que realizan cierto tipo de personas para alimentar su poder y su ego lucrándose con las debilidades de los demás. Hoy día se está viendo que el poder mediático tiene más fuerza que la propia justicia.

–En eso estoy de acuerdo contigo pero ten mucho cuidado, Ana.

Era la primera vez que me sentaba ante una mesa con tanta cubertería y copas. Agradecí a mi madre el que me hubiera enseñado a saber escoger los cubiertos y la cristalería adecuadas. Doña Dolores me miraba con expresión satisfecha.

–Veo que sabes muy bien elegir los cubiertos y que comes de forma muy correcta.

–Sí –contesté sonriendo–, me ha enseñado mi madre.

–Háblame de tu madre si no es una indiscreción.

–Se limita de ir de casa al trabajo y del trabajo a casa. Lo único que le llama la atención es leer libros.

–¿Te ha hablado alguna vez de tu padre?

–No, ese hombre tiene que ser una mala persona. Creo que tuvo que ser aquél novio cobarde que la abandonó cuando se quedó embarazada.

Su semblante se entristeció.

–No juzgues sin escuchar siempre a las dos partes. Es uno de los errores que cometemos los seres humanos, juzgar escuchando una sola versión.

–Mi madre nunca le menciona ni se pronuncia sobre si es buena o mala persona.

La comida había sido exquisita. Terminamos con una deliciosa tarta de chocolate y una copa de champán que por el nombre de la etiqueta tenía que ser francés. Al despedirnos me abrazó y me dio una cajita de plata.

–Ábrela, por favor.

En el interior había una pulsera toda llena de brillantitos y debajo un sobre.

–El sobre no lo abras ahora. La pulsera fue de mi madre y quiero que la lleves el día que te gradúes. ¿Lo harás?

Me quedé aturdida y mirándole a los ojos le dije:

–Por supuesto que la llevaré, Dolores, pero si lo del sobre es dinero, muchas gracias, no lo necesito.

–Te ruego que lo aceptes, a mí me sobra el dinero. Mis negocios, negocios que supo muy bien gestionar mi marido, cada día van mejor. Gástalo en lo que desees.

No me atreví a abrir el sobre hasta llegar a casa. Menos mal que aún no era la hora de que mi madre llegara del trabajo. Ese sobre estaba lleno de billetes de cincuenta euros. Cuando los conté había tres mil euros. ¿Qué debería hacer? ¿Decírselo a mi madre? Sabía que me haría devolvérselos. Pero no podía mentirle, odiaba la mentira, la consideraba de cobardes. Había que enfrentarse a la verdad sucediera lo que tuviera que suceder y perdiéramos o ganáramos. Cimentar nuestra vida sobre la mentira solo causaría que esos cimientos terminasen resquebrajándose y que todo se derrumbase como esos edificios cuyas bases no fueron bien construidas. Sonreí. Me estaba volviendo más profunda desde que había empezado a leer a los filósofos. Me quedaría con el dinero pero solo lo gastaría en caso de mucha necesidad. Entré en mi cuarto dispuesta a estudiar ya que estábamos en época de exámenes. De mis amigos hacía tiempo que no sabía nada. David me había llamado varias veces pero yo había preferido no coger sus llamada ni contestar sus mensajes. No sabía qué decir y no quería herirle. Sin darme cuenta había llegado la noche con sus silencios.

De pronto, como si hubiéramos tenido una especie conexión telepática, sonó el móvil.

–Hola, señorita universitaria. Ya no quiere usted cuenta con la plebe, solo con los pijos.

–Oh, no, David, por favor.

–¿Quieres tomar un refresco en compañía de este pobre técnico auxiliar?

Lo cierto es que hubiera preferido seguir estudiando y esperar a que mi madre llegara a casa pero en el tono de su voz noté cierta tristeza.

–De acuerdo, David. Dame unos minutos.

–Eso, unos minutos.

Las mujeres tenemos esas cosas; fueron unos minutos que se alargaron más de lo debido. David estaba sentado en uno de los bancos y su mirada se iluminó al verme. Cualquiera mujer se hubiera sentido atraída por él, además de ser guapo era atractivo. Apagó el cigarrillo al mismo tiempo que se levantaba del banco.

–Estás preciosa, Ana, cada día más bonita. Los aires universitarios te favorecen.

Le di dos besos en la cara y sentí cómo tembló.

–Gracias, David y tú deberías dejar de fumar. Veo que sigues igual de encantador, seguro que tendrás a más de una chica loquita por ti.

–Ni idea, solo sé que la que me tiene a mí loquito me ignora.

Preferí obviar la respuesta.

Entramos en una de las cafeterías más discretas de la barriada. Me llevé una sorpresa al ver al chulo del autobús sentado en una mesa con un grupo de chicos y chicas. Nuestras miradas se cruzaron y él pareció sorprenderse también. David ni se dio cuenta. Nos acabábamos de sentar cuando le vi venir hacia nosotros.

–Hola, David. Qué de tiempo sin verte. Vaya, ¡qué suerte tienes, qué novia tan guapa!

–Hola, Rubén –se levantó y se dieron un abrazo–. No, no es mi novia. Eso es lo que yo quisiera.

–Preséntanos, ¿no?–dijo él.

–Claro, perdóname, Ana, Rubén; Rubén, Ana.

Él se inclinó y me besó con suavidad en la cara. Desprendía un olor a colonia fresca.

–Bueno, os dejo. A ver si un día de estos tomamos unas copas juntos.

Cuando se marchó, David me miró con preocupación.

–Lo siento si te ha molestado pero es que...

– No, David, claro que no. Parece agradable aunque su forma de vestir sea un poco macarra.

Preferí no decirle nada de los encuentros que tuve con él.

–Pues ahí donde le ves sus padres están forrados. Él no es de aquí, lo que ocurre es que se junta con gente del barrio desde que tuvo una novia que vivía cerca. Su padre es abogado y le obligó a licenciarse en derecho. Rubén quería ser médico para pertenecer a una de esas ONG que trabajan en los países del tercer mundo. Es hijo único, el ojito derecho de su madre que es quien tiene la pasta. Cuando terminó la carrera le entregó el título a su padre diciéndole que ahí lo tenía pero que no pensaba utilizarlo porque iba a vivir del cuento. Y creo que para fastidiar a su padre viene por aquí y suele dar algún que otro espectáculo, aunque sin mucha importancia. En fin, Ana, hablemos de nosotros. Estoy un poco triste porque no he aprobado las oposiciones y...

De pronto se abrieron las puertas del bar y entraron dos chicos, uno de ellos parecía ser extranjero. Venían discutiendo a voces y se les veía colocados. El extranjero sacó una navaja y empezaron a forcejar. David se levantó para intentar separarlos y de pronto cayó al suelo. Su camisa empezó a empaparse de sangre. Estaba aterrorizada. Entonces vi a Rubén que se abría paso y gritaba:

–¡Pedid una ambulancia, rápido!

Yo estaba bloqueada. Permanecía sentada sin ser capaz de levantarme de la silla. No podía ver a David, al que rodeaba una gran cantidad de personas. Llegó la ambulancia al mismo tiempo que la policía. Los sanitarios intentaban reanimar a David pero parecía

que no lo conseguían. Finalmente lo montaron en la ambulancia y con las luces de emergencias puestas se marcharon a toda velocidad. Rubén volvió a mi lado y me agarró de la mano.

–No te preocupes, luego preguntaremos por él. Mejor que no digas nada.

La policía empezó a interrogar a los presentes. Los que empezaron la pelea aseguraron que ellos no habían hecho nada, que el herido se metió con ellos porque pensó que habían insultado a su chica y me señalaron a mí ¿Cómo podían ser tan miserables? El resto de los presentes alegó que no habían visto ni oído nada. Sentí cómo Rubén me apretaba fuertemente la mano. Uno de los policías vino directamente hacia donde nos encontrábamos.

–Señorita, ¿qué tiene que decirnos?

–Ella está en estado de shock –le contestó Rubén–. Lo que están diciendo no es cierto. Yo sí he visto y oído todo. Ellos entraron discutiendo y el herido lo único que hizo fue intentar separarlos.

–Está bien, pero tendrán que venir a declarar a comisaría.

–Por favor, un momento. Voy a recoger las llaves que las he dejado en el mostrador y a pagar la cuenta–pidió Rubén.

Cuando llegamos a la comisaría nos dijeron que esperáramos para tomarnos declaración.

–No te preocupes–me dijo Rubén en un susurro–. No vamos ni a declarar. Cuando fui a recoger las llaves he llamado a mi padre.

Antes de que pudiéramos declarar se presentó un señor vestido de forma impecable y expresión de mal humor. Se dirigió directamente al despacho del comisario. A los pocos minutos el policía que estuvo en la pelea entró también en el despacho para salir pasado un tiempo. Se acercó a nosotros y nos dijo:

–Pueden marcharse. Parece ser que ha habido una equivocación.

Salimos de la comisaria y Rubén se dirigió hacia un coche que estaba allí aparcado.

–Ana, esperemos que pronto saldrá mi padre. Por favor, no te sientas ofendida por lo que vaya a decir.

No había terminado de decir aquellas palabras cuando salió el padre del despacho del comisario y vino directo hacia nosotros. A mí me ignoró.

–No me digas nada. No queda ni rastro ni de ti ni de ella, como me pediste. Solo espero que esto no vuelva a ocurrir. Cuando te metas en alguno de tus líos búscate la vida, pero no acudas a mí. Has tenido suerte de que tu madre estuviera presente cuando has llamado.

–Tranquilo–contestó Rubén–, pagaré tus servicios.

–¿Sí? –contestó sarcásticamente–, por supuesto con el dinero de tu madre.

–No, con el dinero que ganaré. Sé que vas abrir un nuevo bufete de abogados en las costas andaluzas. Durante un año te ayudaré.

La mirada de su padre se suavizó.

–Me parece magnífico–el tono de su voz había cambiado–. Al menos preséntame a tu chica.

–No hace falta. Es por donde tenías que haber empezado. Ahora soy yo quien no te la quiere presentar. Ojalá fuera mi chica, es una persona excelente, universitaria como a ti te gusta. Ni ella ni el chico herido han tenido nada que ver con esos matones. Él quiso intervenir para parar la pelea y fíjate, como suele suceder, el bueno salió perdiendo y no solo eso sino que además le han culpado del suceso.

La expresión de su padre se tornó muy seria.

–Siento decirlo que el chico ha fallecido.

Sentí como si me golpearan en el pecho y me tambaleé. Rubén me sujetó.

–¡Por Dios, no te vayas a sentir culpable! Desgraciadamente ha sido cosa del destino.

El padre se acercó a mí y me cogió suavemente por el brazo.

–Perdona mi comportamiento, siento mucho lo ocurrido. Estas cosas desgraciadamente están al orden del día. Vamos, te acompañaremos a tu casa.

Ni siquiera podía llorar, los pensamientos se agolpaban en mi mente. ¡David, Dios mío! Era todo tan terrible. Rubén se montó conmigo atrás en el coche y tomó mi mano entre las suyas.

–No lo pienses más, Ana. Cuando llegues a casa tómate alguna infusión. No se lo cuentes a tu madre, solo serviría para ponerla nerviosa y preocuparla. Te haría muchas preguntas y no sabrías ni contestarle con la confusión que tienes. Me preocupa que eso le haga desconfiar de ti y pensar mal –dijo sin soltarme la mano–. No olvides que estábamos los dos en esto y que si cuentas la verdad entonces lo que ha hecho mi padre no serviría para nada, tendríamos que ir a declarar. David era un buen amigo, más de una vez me había sacado de un lío. Pero contar lo que le ha ocurrido ya no le ayudaría y

sin embargo a ti te podría causar problemas – vi que también él estaba triste–. Eres una chica muy guapa, encima estudiante universitaria; existen personas muy envidiosas que se cebarían contigo y no pararían hasta desprestigiarte.

Yo no era capaz de pensar, ni siquiera de articular una palabra. Al bajarme del coche solo di las gracias y las buenas noches. Rubén salió detrás de mí y me llevó al portal. Se despidió de mí besándome la mano.

Al entrar en mi casa mi madre se levantó de golpe de la butaca.

–Ana, ¿por qué no has contestado a mis llamadas? Me tenías preocupada. ¡Por Dios hija!

Se abrazó a mí.

–Perdóname, mamá, he sido una irresponsable, tenía el teléfono en silencio. Hablando y hablando he perdido la noción del tiempo.

Intentaba no darle más vueltas. No tenía ganas de cenar ni tampoco quería que mi madre pudiera notar nada. Aunque, cosa curiosa, mi madre se lo había creído. Otras veces que le había dicho la verdad la había puesto en duda.

Me tomé una tila y decidí no pensar.

CAPÍTULO VIII

Cuando me despertó la alarma del móvil me dolía la cabeza. Recordé a David y tuve la sensación de que había vivido un mal sueño; mis ojos se llenaron de lágrimas. Sonó el teléfono, era Soledad.

–¡No sabes la desgracia que ha ocurrido! –hablaba de forma atropellada–. ¡Me acaba de decir Francisco que David ha muerto! Por lo visto estaba tomando una copa con una chica, llegaron dos chulos y empezaron a decirle cosas desagradables a la chica. Entonces David intentó defenderla y uno de ellos le asestó una puñalada mortal.

Sentía una gran congoja, tenía que decirle la verdad.

–¡Qué disgusto, Ana! –se oyó un sollozo–. Vete a tú saber quién sería esa zorra, seguro que tuvo la culpa de todo. El entierro será mañana a las ocho. Te esperaremos a las puertas de la iglesia. ¡Es terrible! Me imagino tu dolor y lo siento por lo de esa chica. Todos sabíamos que empezabais a ser pareja.

Después de escuchar sus palabras desistí de hacerlo, Rubén tenía razón. Además ya habían juzgado y sentenciado.

Ni siquiera me tomé el desayuno y estuve a punto de perder el autobús.

Cuando entré en el aula estaban ya todos dentro. Vi a Laura que me miraba sorprendida porque yo siempre era la primera en entrar.

Al salir todos se habían ido a excepción de Laura que me esperaba apoyada en la barandilla de la escalera.

–No me digas que no te ocurre nada porque no ha sido normal tu comportamiento.

Su mirada expresaba preocupación. ¿Podía confiar en ella? Algo en mi interior me decía que sí.

–No sé ni por dónde empezar.

–Vamos, iremos a comer a uno de esos restaurantes que nos gustan tanto a los pijos.

Se echó a reír.

–No, no, yo no.

–No te preocupes, pagan mamá y papá. Suelo reservar mesa a nombre de ellos y luego se lo cargo a su cuenta.

Al entrar en el restaurante se nos acercó un camarero y nos llevó a una mesa.

–¿Has visto –dijo mientras se sentaba– lo importante que es tener dinero? Todo el mundo a tu servicio.

Su tono era irónico. Miró al resto de los clientes y dijo:

–No te sientas deslumbrada por todas estas personas. Todo esto es superfluo. Si supieras la vida que llevan algunos de los que están aquí te sorprenderías. Fíjate en aquella mesa donde hay cuatro hombres y todos tan bien vestidos. ¿Ves al rubio que no deja de mirar para acá? –Laura señaló con el dedo–. Se llama Rafael. Tiene seis hijos y el menor es de mi misma edad. A pesar de que su mujer y él son íntimos amigos de mis padres y accionistas en la misma empresa el muy cerdo se está acostando con mi madre. Los vi de casualidad en el chalet que tenemos en el campo.

Por unos momentos se quedó en silencio y encendió un cigarrillo.

–Ana, mis padres siempre han sido muy fríos conmigo. Ni una muestra de cariño, solo un distanciamiento que no era normal. Después me enteré de que ellos no deseaban tener hijos. Mi madre no quería perder sus curvas y a mi padre no le gustaban los niños. De hecho se había hecho la vasectomía.

Sonrió contrariada.

–No contaron con que hay algo que se llama destino y que el suyo era el de convertirse en padres; así llegué a este infierno. Mi padre no entendía cómo podía haber pasado y como no se fiaba de mi madre me hizo la prueba del ADN –dijo apagando el cigarrillo–. A pesar de que los resultados mostraban que él era mi padre siguió desconfiando. Debí de pensar que mi madre había comprado al médico. Por una parte la desconfianza de mi padre y por otra la humillación que le infligió a mi madre al tener que hacerse semejante prueba hizo que yo pagara las consecuencias y se mantuvieran alejados de mí–dijo con una sonrisa triste–. Contrataron una niñera, Leni, para que me criara. La adoro, es la única persona que me ha dado un verdadero cariño.

Estaba alucinada. ¿Cómo era posible que unos padres pudieran rechazar a una hija, sobre todo una madre? Qué sufrimiento para esa niña. Tuvo que leer mis pensamientos.

–Note preocupes, cuando no se conoce una cosa no se echa de menos. Por otra parte mis abuelos paternos, los maternos habían fallecido antes de nacer yo, son personas muy liberales que andan siempre viajando y acudiendo a fiestas y nunca ejercieron el papel que les correspondía–yo la miraba sin saber qué decir–. Vivía mi vida sin notar ningún tipo de carencias puesto que Leni me adoraba y me adora. Mi madre es hija única. Mi padre tiene un hermano, mi tío Julián, el padre de Roberto. Solíamos pasar juntos las vacaciones en uno de los chalets que tenían mis abuelos en la costa mediterránea. Una noche que me encontraba mal no quise salir a cenar y mi primo decidió quedarse

conmigo para que no me sintiera sola –encendió otro cigarrillo–. Tendríamos quince años. Roberto puso una película porno. El sexo despertaba nuestra curiosidad. Él empezó a darme bromas mientras veíamos escenas de alto contenido erótico. Yo siempre me había sentido atraída hacia él y no solo por su físico sino también por su carácter alegre. De las bromas empezamos acariciarnos. En fin, me desvirgó. Aquello volvió a suceder en varias ocasiones hasta que en una de ellas nos cogió su madre. Roberto se echó a llorar como un cobarde y yo me limité a mantenerme en un frío silencio. Él me echó a mí toda la culpa–rió amargamente–. Al permanecer callada creyeron que otorgaba. Total, que al final después de castigos, disgustos y un largo etcétera me metieron interna en un colegio.

Se quedó en silencio y sonrió.

–Perdóname, creo que te estoy aburriendo.

–Oh, no, por favor.

–Cuando tomemos el café continuaré si tú quieres.

–Por supuesto, claro que sí, Laura.

Yo miraba la carta pero no acababa de entender la variedad de platos que allí estaban escritos.

–Espera, no hace falta que la leas. Estoy acostumbrada a venir aquí y sé cuáles son sus especialidades.

–De acuerdo–dije cerrándola–, pídemelo mismo que pidas tú.

La comida fue deliciosa. Llegamos al café.

–Había quedado en seguir con mi historia pero creo que estoy siendo egoísta y no estoy teniendo en cuenta que debes tener algún problema. Es muy raro que hayas acudido tarde a la clase y tuvieras tantas equivocaciones a la hora de contestar a los profesores.

Empecé de forma atropellada a contarle todo lo que me había ocurrido. Puso sus dedos en mis labios.

–Un momento, Ana, por favor, no te estoy entendiendo nada. Cálmate.

Encendió un cigarrillo. Comencé de nuevo ahora de forma pausada. En ningún momento interrumpió mi relato.

–Toma, anda, dale una calada.

Lo hice exhalando el humo antes de tomar un sorbo del café.

–No tienes que preocuparte, Ana. Tú no has tenido la culpa de lo que sucedió. Ten cuidado con los comentarios y críticas, a ver si vas a terminar creyéndote culpable. Incluso el pobre David fue quien te buscó. Como suele pasar en la vida hay casualidades trágicas o quizás sea el destino que viene a buscarnos –tomó otro sorbo y continuó–. Cada persona creará lo que desee creer que, por supuesto, nada tendrá que ver con la realidad. Ahora el intentar explicar lo que realmente ocurrió solo provocaría que tu madre se disgustase, sin olvidarnos de las consecuencias para Rubén y su padre. Incluso esto podría llegar hasta la universidad.

– ¡Pero, Laura, esa gentuza se saldrá con la suya! ¿No lo entiendes?

– Indiscutiblemente es un atenuante para ellos el considerar que David fue quien empezó la pelea. Por lo poco que tengo entendido ganar o perder un juicio depende de la clase de abogado que te defiende. Aunque no tengas razón, si sabes demostrar que la

tienes, ganarás el juicio y viceversa. David ya está muerto, lo siento. Seguramente él no querría que tuvieras que pasar por todo eso. Creo que debes dejar las cosas como están y resignarte. Si eres religiosa reza por su alma, es lo único que puedes hacer.

Sabía que estaba en lo cierto, que tendría que callar; olvidarlo sería lo difícil. Llamó al camarero y le pidió unas copas. Entonces apareció delante de nosotras Rafael.

–Buenas tardes, Laura. ¿Por qué no venís a nuestra mesa a tomaros otra copa?

Laura le miró con un gesto despreciativo.

–Porque preferimos estar solas si no te importa

Su rostro se crispó por la negativa.

–¡Ah, entiendo! Esta preciosidad tiene que ser una de tus presas.

–¿Quieres que llame a seguridad?

Terminó marchándose.

–Claro que más cerda habrá sido mi madre, que por lo que él ha dicho, le tiene que haber contado mi historia.

No sabía qué decirle. Sus ojos reflejaban una infinita tristeza.

–Vámonos, Laura.

–Sí –contestó–, será lo mejor.

Nos montamos en silencio en el coche. Llegamos delante de una enorme edificación de más de quince plantas y paró el coche delante del garaje.

–¿Te apetece que tomemos la última copa en mi apartamento?–preguntó Laura.

–Como quieras.

El apartamento era precioso. Los muebles eran de estilo moderno y le daban un aspecto muy hogareño. Tenía grandes ventanales desde los que se veía a las personas como hormiguitas camino de sus hormigueros.

–Ponte cómoda, por favor.

Abrió un mueble y cogió una botella y dos copas. Me dio una de ellas y la llenó de un licor rojizo.

–Es un licor muy suave. Este apartamento fue un regalo de mis padres cuando empecé aprobar las primeras asignaturas. Estarían convencidos de que me expulsarían de la universidad y querían tenerme contenta. Me compran para que dé imagen de buena hija porque, quieran o no, mi forma de vida afecta a su imagen y si mi comportamiento no es el adecuado podrían señalarles a ellos. Si quieres terminaré de contarte mi historia.

–Claro, Laura, por favor.

Encendió un cigarrillo, aspiró y echó el humo.

–En aquél colegio, prestigioso según ellos, te pasaban los porros que quisieras y no solo entre el alumnado. Había una profesora pelirroja, Juncal, que se portaba muy bien conmigo. Me ayudaba con mis dudas y jamás se enfadaba por muy tarde que le presentara los trabajos. Yo tenía una compañera de habitación que se llamaba Lucía. Era una niña muy tímida, lo que me hacía dudar del porqué de su internamiento. Un día se lo pregunté y me dijo:

–Mis padres creen que soy un niña muy confiada, quizás hasta tonta, y que me creo todo lo que me dicen. Todo esto porque una mañana que me encontraba sola en casa llamó a

mi puerta una mujer que decía tener un hijo pequeño que estaba muy enfermo y que no tenía con qué darle de comer. Entonces me quité del dedo un anillo de oro y se lo di. No veas la que se formó. Entonces decidieron meterme interna en este colegio para que al convivir con niñas problemáticas me diera cuenta de lo que en realidad era la vida.

–¡Vaya desgraciados! Lo que habían hecho era, de forma solapada, castigarla y además encerrarla para que no les diera más problemas –dijo Laura con rabia–. Ella me advirtió sobre la profesora; me dijo que tuviera cuidado. No le creí y cuando Juncal se ofreció a darme unas clases extras acepté. No sé cómo, Ana, pero me empecé a sentir atraída hacía ella. Una tarde entre bromas y no bromas nos besamos y de los besos pasamos a las caricias para acabar teniendo relaciones sexuales –sus ojos brillaban–.No lo entendía, no lo comprendía. Era algo más que deseo sexual. Hay preguntas para las cuales jamás tendremos respuestas porque carecemos de la suficiente inteligencia para entenderlo. Por otra parte era todo muy dulce, sus caricias, nuestra forma de hacer el amor...

Se quedó en silencio. Sujetaba la copa con fuerza como si quisiera romperla.

–Una tarde que la clase había terminado antes de lo previsto me dirigí a su despacho y abrí la puerta sin llamar. Me la encontré en los brazos del director. Corrí a mi habitación con el dolor atenazándome la garganta – dijo relajando la mano que sostenía la copa–. Lucía me estrechó entre sus brazos intentando calmarme. Me dijo que se imaginaba lo que me había pasado, que no era la primera que había caído en las redes de Juncal. Ella había oído comentarios de que era una ninfómana y que mantenía relaciones sexuales con hombres y mujeres y hasta que hacía tríos. No me lo había querido decir porque cuando son los sentimientos los que están en juego no se ve la realidad, sino lo que queremos ver y que yo no la habría creído. Juncal no solo no me dio una explicación

sino que me ignoró totalmente –bebió de la copa y siguió con su historia–. A partir de ahí empecé a fumar porros. Me relajaban, me hacían sentir bien. Una de las veces que estaba fumando me pilló un profesor y me expulsaron del colegio. Para morirse de risa puesto que allí fumaba también el profesorado. Mis padres reaccionaron de una forma muy dura y me prohibieron durante un año salir con mis amigos; me quitaron no solo los caprichos sino hasta los postres –dijo con pena en su voz–. En venganza y para enfurecerlos más les conté lo que había estado haciendo, aunque me negué a darles el nombre de Juncal. De no haber sido por Leni, que les suplico que no lo hicieran y porque desgraciadamente le habían diagnosticado un cáncer de mama, me habrían metido en un reformatorio.

Se quedó en silencio. Sus ojos expresaban un profundo dolor.

–Le juré a Dios que si ella se salvaba cambiaría, estudiaría, iría a la universidad.

Se lo dije a mis padres y eso unido a que ellos también la querían les hizo cambiar de opinión. Me metieron en un colegio concertado aunque de marcado carácter religioso.

Encendió un cigarrillo y se dirigió hacia los ventanales.

–Leni se salvó. Eso sí, no voy a describir por los infiernos que pasé. Te diré solo que mi primo, el muy miserable, con el que solo me relaciono porque mi padre parece tener miedo de su propio hermano me buscaba continuamente para tener sexo. Tuve que terminar amenazándole con denunciarle por acoso. Había tenido la precaución de guardar todos los whatsapp. Él en venganza me contó la reacción que habían tenido mis padres cuando mi madre se quedó embarazada – dijo con la vista puesta en el exterior–. Me encontraba totalmente desconcertada y confundida ¿Cómo podía cebarse conmigo la vida de esa forma desde la niñez? No te preocupes, Ana, esto me ha hecho madurar y

ver la vida a través de los cristales de la maldad y la dureza. Lo siento, quizás no debería haberte contado mi historia, es demasiado cruel.

–No, por favor, Laura. Te agradezco mucho la confianza que has tenido conmigo. Hay cosas que no entiendo pero lo que cuenta es que ahora estés bien.

–Gracias por tu comprensión –sonrió–. La verdad es que nunca me había sincerado con nadie como lo he hecho contigo. He llegado a la conclusión de que todo consiste en aceptar, Ana. Aceptar lo que la vida te presenta, aceptar y seguir avanzando sin mirar hacia atrás. El pasado ya nada ni nadie puede cambiarlo.

Accionó el mando de la cadena de música y se empezó a sonar una suave melodía.

–La música me relaja, me transporta al país de los sueños. Aunque disfruté de toda clase de caprichos siempre añoré el calor de una familia y de momentos de intimidad con mi madre.

Se quedó en silencio y con la mirada perdida.

–En fin, no voy a caer en la sensiblería, no me lo puedo permitir. Ahora lo que debe importarme es terminar mi carrera y superar todo aquello que me hiera y me haga daño. Mientras tanto –sonrió– jugaré un poco con lo que el destino vaya poniendo en mi camino.

Añadió divertida:

–Ahora me entretengo con un hombre seis años mayor que yo. Es el hijo de uno de los socios de mi padre. Le conocí en una de esas reuniones de amigos. Estuvo todo el tiempo detrás de mí. Mi padre me advirtió que no le tomara en serio, que ni se me ocurriera salir con él; fue lo peor que pudo haberme dicho. Desde entonces quedo con él

cuando creo conveniente para tomar unas copas y en fin, dejémoslo, estoy siendo una egoísta. Cuéntame algo de tu niñez.

Sonreí.

–Mi vida es muy sencilla. No recuerdo nada que tuviese mucha relevancia. Yo era muy buena y muy tranquila, nunca le di problemas a mi madre.

Laura iba a decir algo pero se quedó en silencio.

–Puedes preguntarme lo que desees.

–No–dijo sonriendo–, nada. Has tenido suerte de que te puedan pagar la carrera y más suerte aún de que tengas una madre que se preocupe por ti.

Se había hecho ya de noche.

–Lo siento, no me he dado cuenta de que mañana tenemos que ir a la universidad. Te acercaré a tu casa. No tengo tu teléfono, ¿me lo das?

Le dije mi número. Durante el trayecto a mi barriada nos mantuvimos en silencio sumergidas en nuestros pensamientos hasta que llegamos a las puertas de mi casa. Me bajé del coche y metí la cabeza por la ventanilla.

–Gracias, Laura, me lo he pasado muy bien. Gracias también por haberme dado ánimos y por confiar en mí.

–Las gracias te las tendría que dar yo a ti porque al final he sido la que se ha desahogado. ¡Nos vemos en la universidad!

CAPÍTULO IX

No podía olvidar los malos momentos que viví en el entierro de David. Estuve a punto de contar lo que había ocurrido y que la chica que había estado con él era yo. La distancia entre mis amigos se hacía más profunda. El tiempo pasaba sin que tuviéramos noción de ello y nos íbamos alejando unos de otros. De Rubén no había vuelto a saber nada, seguro que ya ni se acordaba de mí.

Después de nuestro encuentro Laura empezó a alejarse de mí sin decirme nada y sin darme una sola explicación. Al salir del aula me saludaba con un gesto y luego se marchaba sola. Empezaba a notar que me sentía atraída hacia ella y no lo comprendía. Sentía cierta curiosidad por saber por qué ella estaba actuando de esa forma. Aquél viernes al salir de la universidad la vi y la llamé. Se giró y me miró, entonces ante mi asombro, apareció Rubén que venía hacia donde me encontraba y me rodeaba con sus brazos. Laura nos miró y dándose la vuelta siguió su camino.

–¡Mi chiquilla universitaria, estás preciosa!; Mira el cambio que he dado!

Efectivamente, de aquellos vaqueros y cadenas ahora estaba en presencia de un hombre que vestía un bonito traje de chaqueta. Se había cortado el pelo y estaba guapísimo.

–Es cierto –le dije sonriendo–. La verdad es que nunca pensé que darías semejante cambio.

–Después de aquel fatídico día decidí cumplir la palabra dada a mi padre. Me aparté de los porros y empecé a trabajar en su bufete. Me he tomado unas vacaciones porque tenía unas ganas terribles de verte y menuda sorpresa me he llevado, ¡estás guapísima! ¿No estarás saliendo con algún chico?

–No, tengo suficiente con los estudios–a Rubén se le iluminó la cara–. Ya estamos en el último curso. Además de vez en cuando no puedo evitar recordar a David aunque solo le quisiera como amigo.

–Yo también me acuerdo de él–su semblante se entristeció–. ¡Qué mala suerte tuvo! Pero la vida debe de continuar y es hora de que empecemos a conocernos. He pensado mucho en ti y en lo grosero que fui la primera vez que te vi. Quiero demostrarte que esa persona ya quedó enterrada.

–Estoy orgullosa de ser tu amiga, has demostrado ser una persona muy noble.

–¿Amiga? Vamos a divertirnos, comeremos en un bonito restaurante.

Durante el trayecto no hacía nada más que mirarme y sonreír.

–¡Por Dios, Rubén, mira hacia adelante o terminaremos por chocar contra otro coche!

Casualidades de la vida me llevó al mismo restaurante en el que había estado con Laura. Al recordarla no pude evitar entristecerme. No habíamos hecho más que sentarnos cuando ella apareció por la puerta. Se sorprendió al vernos y me saludó con la mano. Sin saber por qué me levanté y le hice un gesto para que se acercara a nuestra mesa.

Le pregunté a Rubén:

–¿No te importa que una amiga coma con nosotros?

Rubén me miró extrañado pero sonrió.

–Hubiera preferido que estuviéramos solos tú y yo pero si ese es tu deseo por mí no hay ningún inconveniente.

Sin importarme las personas y la seriedad del restaurante la llamé:

–Laura, por favor.

Todas las miradas de los presentes se dirigieron hacia mí pero no me importó. Rubén sonrió y dijo:

–Pero bueno, ahora resulta que la arma escándalos vas a ser tú.

Laura no tuvo más remedio que acercarse a nuestra mesa. Le aparté una silla.

–Por favor, acompáñanos.

–Sí, por favor–añadió él levantándose–, las amigas de Ana son amigas mías si a ti no te importa. Encantado de conocerte, me llamo Rubén.

Sin contestar a sus palabras sobre ser amigos o no respondió:

–Yo soy Laura. Ana es demasiado generosa y os lo agradezco, pero hoy tengo muy poco tiempo. Además reservé mesa. Otro día mejor. Por cierto–miró a Rubén–, me han hablado muy bien de ti.

Sin darnos tiempo a reaccionar se marchó.

–Vaya con tu amiguita, bella pero altiva.

–Oh, no suele ser de esa forma.

–Me ha dado la sensación de que no le caigo bien. En fin, dejémoslo y disfrutemos del momento.

Rubén era un no parar de hablar. Se le veía emocionado, contento, lleno de proyectos. Intentaba prestarle atención pero en mis pensamientos estaba Laura. No podía evitar sentir que prefería estar con ella en aquellos momentos. ¿Por qué habría adoptado esa actitud hacía mí? Una de las peores cosas que existe en esta vida es la incertidumbre.

Terminamos de comer y le pedí que me llevara a casa. Aceptó con la condición de que por la noche saliéramos a cenar.

Ardía en deseos de llamar a Laura pero me contuve. Me fui a la ducha con la esperanza de que al deslizarse el agua por mi piel me tranquilizase. Después de haberme duchado me puse a estudiar. Habrían transcurrido un par de horas cuando sonó el móvil, era

Rubén:

–¡Hola, Ana! ¿Por qué no vamos a tomar unas tapas? Después de todo he venido para estar contigo.

Tras escuchar sus palabras no me sentí con fuerzas para negarme pero tendría que decirle que no sentía lo mismo que él por mí. Me vestí con un pantalón de piel ajustado y una camisa que perfilaba mi pecho enseñando parte de su canal. Al verme en el espejo no me reconocía. Si hubiese estado allí mi madre seguro que habríamos discutido. Cuando salí del portal le vi esperándome apoyado en su coche. Según me iba acercando me miraba a placer de arriba abajo y de abajo arriba.

–Madre mía, Ana, ¡estás bellísima!

Cogió mi mano y la beso.

–Vamos, Rubén, vas a conseguir que me ponga colorada.

Montados en el coche no paraba de darme bromas y reírse. Entramos en el restaurante.

–Te habrás fijado cómo te miran.

–Por favor, Rubén.

Miré nuestro alrededor y entonces vi a Laura sentada en una de las mesas; la vida no deja de sorprendernos con sus casualidades. Estaba en compañía de un hombre que se le

veía mayor que ella. Quería cogerle la mano pero Laura de una forma desenfadada no le dejaba. Tenía que ser la persona de la que me había hablado. Rubén dirigió su mirada en la misma dirección que yo y la vio.

–Vaya, el mundo es un pañuelo. ¿No es esa tu amiga? Parece que está muy bien acompañada.

Sonreí.

–Sí, creo que está con la persona con la que sale.

–Como es tan amiga tuya y tan pija vamos a quedar a la altura de las circunstancias.

Con un gesto hizo venir al camarero.

–Rubén, ¿qué vas hacer?

–Por favor, a los señores de aquella mesa–señaló disimuladamente donde estaba Laura– lléveles de parte nuestra una botella de champán francés.

Al acercarles la bebida Laura y su acompañante levantaron sus copas en señal de agradecimiento. Rubén levantó la suya correspondiendo al saludo. Creí morirme de vergüenza.

–¿Ves? –dijo–, hemos quedado magníficamente delante de esa creída.

–Estás muy equivocado –respondí enfadada–, Laura no es así.

Rubén estaba pletórico. Sus ojos expresaban una gran satisfacción.

–Bueno, dime algo. ¿Qué piensas de todo lo que te estoy diciendo?

Lo cierto es que yo no le había prestado mucha tención.

–¿Yo? Que es perfecto.

–Pues entonces nada, cuando termines los exámenes te vienes a pasar conmigo unos días a la playa. Debemos empezar a convivir, Ana. Es la mejor manera para irnos conociendo.

Estuvo a punto de caérseme la copa de vino. Empezar a convivir. Tenía que parar aquello como fuese.

–Mira, tu amiga se ha marchado y ni se ha dignado a venir a darnos las buenas noches.

–Tendrá prisa–le contesté cortante. Me sentía molesta y dolida.

–Sí, desde luego tendrán prisa por llegar al apartamento.

Le miré de tal forma que se quedó cortado.

–Lo siento, creo que ha sido un comentario desafortunado. Perdóname cariño.

Estaba deseando salir de allí. Ya en el coche Rubén me acarició la cara.

–¿Quieres que tomemos una copa?

–Lo siento, Rubén, mi madre tiene que haber llegado y estará preocupada. Suelo avisarle cuando voy a salir pero esta vez no lo he hecho.

–¿Y por qué no se lo has dicho?

–Porque tendría que haberle dicho que salía contigo. Se extrañaría y empezaría hacer preguntas. Ella solo te ve como el chico que me insultó en el autobús.

Su expresión de alegría cambió.

–Deberías decirle que he cambiado y que has empezado a salir conmigo.

–Por favor, Rubén, no nos precipitemos.

Ya en el portal y sin darme tiempo a reaccionar me rodeó con sus brazos y besó mis labios. Lo hizo con ternura pero sin embargo no sentí las mariposas volando en el estómago. Él, por la expresión de sus ojos al mirarme, tuvo que sentir ese algo especial.

–Cariño, qué dulces son tus labios. Por favor, habla con tu madre.

Cuando abrí la puerta del piso vi que mi madre, como la mayoría de las veces, se había quedado dormida con un libro en las manos. Se despertó al sentirme.

–Hija, Ana, ¿cómo no me has avisado que vendrías tan tarde?

Me acerqué a ella y mientras la besaba le dije:

–Perdóname, mamá, se me ha pasado el tiempo volando.

En mi dormitorio mientras me desnudaba para ponerme el pijama escuché el sonido de entrada de los mensajes, eran de Laura:

“Perdóname, Ana. Sé que no son horas de mandar mensajes pero no quería que pensaras que soy una grosera. No me despedí porque Federico, mi acompañante, iba bebido y no consideré oportuno acercarme a vuestra mesa. Por cierto, el tal Rubén es todo un señor, aunque un poco borde, jajajaja.”

Dejó de estar en línea. A pesar de ello le respondí:

“No tengo nada que perdonar. Rubén es buena gente. Buenas noches.”

CAPÍTULO X

El tiempo se desliza como el agua en nuestras manos. Laura seguía alejada de mí y no me atrevía a dirigirme a ella o a llamarla por teléfono.

Los estudios me tenían totalmente absorbida, lo que me impedía ayudar a mi madre en la limpieza del chalet. Al preguntarle por Rodrigo me comentó que hacía ya varios fines de semanas que no aparecía por el chalet. Sobre doña Dolores no le pregunté porque sabía que no me diría nada.

Rubén regresó con su padre. Me hizo prometerle que antes de empezar el máster iría a pasar unos días con él. No era consciente de la espiral en la que me estaba metiendo.

Era el último día para echar la solicitud del máster y no sabía qué hacer. Por un lado los conocimientos que podía adquirir serían muy importantes para acceder a un puesto de periodista y por otro me daba vergüenza que doña Dolores tuviera que seguir pagando mis estudios. De pronto sonó mi móvil, era Laura.

—Ana, ¿solicitaste una plaza en el máster? Hoy es el último día para hacerlo.

—No, Laura. No quiero que doña Dolores tenga que seguir costeadando mis estudios.

—Déjate de bobadas, Ana. Es importantísimo que lo hagas, seguro que se enfadará cuando sepa que no has solicitado la plaza. Además, si no lo hace ella te lo puedo costear yo. Haz el favor de echar la solicitud.

No sé por qué hay veces que actuamos sin conocer los motivos por lo que lo hacemos.

Salía por las puertas de la universidad cuando sentí cómo me daban en el hombro.

—Hola, Ana. ¿Has hecho lo que te he dicho?—era Laura.

–Sí y ahora me arrepiento, es muy caro. Aunque en la cartilla tengo suficiente dinero me parece que estoy abusando. Por otro lado dicen que hay mucha demanda y es difícil que te lo concedan.

–No tienes por lo que preocuparte, ya te he dicho que puedo pagártelo y tampoco te agobies por si te lo conceden o no.

–Laura, no voy a consentir que me pagues el máster y mi madre menos.

Sonrió.

–Tú no te preocupes, ya veremos lo que va ocurriendo. Tengo unos ahorros y puedo hacer con ellos lo que desee. Anda, vámonos a comer y olvidemos por unos momentos la universidad.

Esta vez elegí yo mi menú.

–Te preguntarás por qué me he alejado de ti.

Le miré y mentí:

–Oh, no, tú tienes muchos amigos. Entre eso y los estudios...

–No, no ha sido ese el motivo. Si quieres vamos a tomar una copa a mi apartamento y te lo explico. Hay cosas que solo cuento en la intimidad de mi casa.

Entramos en su apartamento.

–Ponte cómoda, te serviré una copa.

¿Por qué estaba dejándome llevar sin saber qué era lo que quería y después de que, hasta ahora, me había tenido ignorada? Empezaba a darme cuenta de que se apoderaba de mi voluntad y desgraciadamente también de mi corazón.

Apareció con una camisa que le cubría el principio de sus muslos. Se podía apreciar que no llevaba ropa interior. En la boca llevaba un porro y en la mano una copa.

–Vamos, Ana, alegremos un poco el ambiente. Dale una calada.

–No, lo siento, Laura, ni siquiera fumo.

–Tú te lo pierdes.

Se sentó a mi lado sonriendo.

–Ahora te explicaré los motivos que me hicieron alejarme y cómo prohibí a mi primo que se acercara a ti.

Me quedé sorprendida ante semejante comentario. Dio una calada al porro y bebió un sorbo del licor.

–No somos una buena compañía y no es porque beba o fume mucho, solo lo hago en contadas ocasiones o cuando estoy nerviosa.

–No considero que fumar un porro o tomar una copa de vez en cuando sea un delito, aunque quizás por no hacerlo se me pueda considerar rara.

No sé por qué me auto culpaba. Laura Sonrió.

–La verdad es que las raras son no las personas como tú. Es triste, Ana –su semblante se había oscurecido–. Lo que debería de ser natural ha dejado de serlo y viceversa. No deberíamos ni beber ni fumar para evitarnos sufrir o para alegrarnos la vida.

Dejó su copa y apagó el porro. Se acercó a mí y tocó suavemente mi rostro.

–Eres preciosa. Tan sincera, tan auténtica... No he conocido a nadie como tú.

–Vas a hacer que me sienta avergonzada.

Estábamos tan cerca que nuestros cuerpos casi se rozaban. Sentía que mi sangre empezaba arder y no lo comprendía. Me besó suavemente. Fue como si en mi interior se mezclaran miles de sensaciones que aunaban el placer y un fluir de deseos que necesitaban ser saciados. Sus manos me desnudaban, nuestros cuerpos se fundían, sus labios recorrían cada rincón de mi piel parándose en aquellos lugares donde ella notaba que yo temblaba. Era una experta con sus manos y su boca. Sabía cómo trabajar mi cuerpo y sabía cómo llevarme a mí para darle placer a ella. Profundizó con los dedos y sentí cierto dolor, me había roto el himen. Se apartó y me miró a los ojos.

—¡Perdóname, perdóname, no pensé que fueras virgen!

Sonreí.

—¿Te dolió mucho?

—No, no te preocupes.

Ella entonces volvió a recorrer con sus labios mi cuerpo, friccionando mi sexo con mucho cuidado y acariciando con ellos mi clítoris. Sentí esa sensación que te hace estallar, como si tu cuerpo se abriera por completo al placer y no puedes evitar que los sonidos se escapen de tu garganta. A pesar de haber sentido cierto dolor, creía morir de placer.

Después llegó una calma que me hizo caer en el mundo de los sueños. Cuando me desperté estábamos desnudas. Laura tenía sus brazos alrededor de mi cuerpo. Estaba dormida y su respiración era pausada. Yo estaba confundida y sentía temor ¿Compartía la misma condición que ella? Nunca me había sentido atraída por ninguna mujer, tampoco por ningún hombre. Era cierto que me había masturbado aunque muy pocas veces y siempre motivada por alguna escena erótica, no porque pensara en nadie. Mis

pensamientos se vieron interrumpidos al despertarse Laura. Besó suavemente mis labios.

–Perdóname, Ana, no debí haberlo hecho. Lo siento, habrá sido ese maldito porro .

–Por favor, no te sientas tan mal. Si no hubiera querido no lo habría hecho.

–Eres demasiado noble, he sido una miserable.

–No, no digas eso, por favor. Me has hecho sentir algo muy especial.

–Tienes que olvidarlo–el tono de su voz había cambiado, era muy frío–. No soy buena para ti. Además ahora me marchó a París, allí haré el máster y las prácticas.

Se incorporó del sofá .

–Vístete –sus palabras eran contundentes–.Debo llevarte a tu casa, es ya muy tarde.

No entendía nada. De pronto aquella dulce persona que me había hecho el amor se convertía en otra que parecía querer deshacerse de mí de forma cruel. Durante el trayecto a casa no nos dirigimos ni una sola palabra. Mientras conducía ella fumaba con nerviosismo. Cuando llegamos a la puerta de mi casa, frenó en seco. La miré, no sabía qué decirle, cómo actuar. Mi cabeza parecía a punto de estallar

–Ana, no sé si nos veremos en la graduación. Adiós, suerte.

Me quedé como si me hubieran clavado en el asfalto mientras veía alejarse el coche. No sabía ni qué pensar, no comprendía nada. Mi madre estaba dormida y con un libro en las manos. Al sentirme entrar se despertó y me miró.

–Qué aspecto tienes, ¿te encuentras mal?

–No, mamá, solo un poco cansada. Voy a acostarme.

–Hija, habrás solicitado el máster.

–Sí, mamá, he solicitado el máster. Doña Dolores dijo que costearía todo lo de la carrera. El máster te aporta unos conocimientos muy importantes a la hora de trabajar como periodista.

No le comenté lo que me había dicho Laura.

–Por cierto, la graduación es dentro de quince días.

Me dirigí a mi cuarto y sin desnudarme me tumbé en la cama dejando que las lágrimas fluyeran en silencio.

¿Qué es lo que había hecho yo para enamorarme de una mujer que actuaba tan cruelmente? ¿Por qué se me negaba el amor y el calor de un padre y de unos abuelos? ¿Pagaban los hijos las acciones de sus padres? ¿Dónde encontrar las respuestas?

Mi madre me había enseñado buenos principios y a valorar las cosas pero no me había advertido hasta qué punto eran crueles las personas. En la filosofía tampoco había encontrado respuestas a mis dudas sobre la felicidad. Era como si solo se basasen en controlar las emociones y los sentimientos. Lo que quizás no se había tenido en cuenta es que tú podrías llegar hacerlo, pero ¿y si el descontrol se producía entre las personas que tú amabas? ¿Cómo controlarlas a ellas?

CAPÍTULO XI

–Vamos, Ana María, despierta.

Sentí que me tocaban el brazo suavemente.

–Lo siento, hija mía, pero ya no puedes faltar más, te necesito. Hace ya tiempo que deberíamos haber hecho la limpieza.

El día anterior había sido mi graduación y entre los nervios y la falta de tiempo estaba molida. Mi madre me había regalado un vestido precioso y ella había elegido uno bastante más juvenil que los que solía ponerse. No había consentido que le dijera nada a doña Dolores. A mí me hubiera gustado que me acompañase en un acontecimiento tan importante. Le había tomado cariño y tenía que estarle agradecida; de no ser por ella no habría podido estudiar periodismo. No se lo dije a mi madre pero me había puesto la pulsera que doña Dolores me regaló para la graduación.

Tampoco vi allí a Laura y ni me hizo una sola llamada. Abrí varias veces su contacto para enviarle un mensaje pero terminaba por no hacerlo. Tenía que actuar con firmeza, no podía perder mi dignidad. No dejaría que me humillara y acabara arrastrándome a sus infiernos.

Mientras desayunaba sentía la mirada inquisitiva de mi madre.

–A ti te ocurre algo, Ana María. ¿Por qué no me lo cuentas, hija?

No quería mirarle, sabía que si lo hacía leería en mis ojos el dolor y la tristeza.

–No me pasa nada, mamá. Por favor, no empieces con tus obsesiones. Solo estoy cansada por los exámenes, la graduación y todo el estrés de última hora.

Al montarme en el autobús recordé a Rubén. Podría ser una buena opción dejarme caer en sus brazos y olvidar a Laura. Antes de entrar en el chalet mi madre me sujetó por el brazo.

–Sé que no me estás diciendo la verdad, a ti te ocurre algo que te hace sufrir. Te pido por favor que tengas paciencia, ya sabemos que Rosalía es una borde.

–No te preocupes, mamá.

Juan estaba limpiando el patio, abrió la puerta y nos saludó:

–¡Buenos días, bellezas! ¡Ana estás más hermosa que tu madre!

–Gracias, Juan, siempre tan amable.

Mi madre le miró sonriendo.

–Eso ya lo sé –respondió divertido. Apareció entonces Melina y me abrazó al verme.

–¡Qué guapa está mi niña! Te voy a dar una par de esas magdalenas que te gustan para que cojas fuerzas. Hoy vienen doña Virtudes, el señor obispo y doña Dolores.

Había tal silencio en la casa que ni siquiera se escuchaba el ruido de una mosca. Debían de estar todos dormidos. Empecé limpiando el salón. Lo odiaba, estaba todo lleno de fotografías con portarretratos de plata. Sentí que me estaban observando, entonces miré hacia la puerta y allí estaba don Rodrigo mirándome con mucha atención.

–Hola, Ana María. Mi enhorabuena, sé que has terminado la carrera. Ya solo te queda hacer el máster y las prácticas.

Me quedé extrañada. Era la primera vez que se dirigía a mí con tanta familiaridad y demostrando interés por mis estudios.

–Buenos días, don Rodrigo, así es.

Le dije el máster que había elegido.

–Ese está muy solicitado. De todas formas yo tengo ciertos contactos.

–Oh, no hace falta, pero se lo agradezco.

–No tienes que agradecermelo, Ana María. Tu madre lleva muchos años en esta casa, es lo menos que puedo hacer.

Fuimos interrumpidos por Rosalía:

–Hola, papá, ¿qué haces aquí? Mamá te espera. Ana María, ve a limpiar mi habitación.

–Rosalía, ¿no puedes esperar unos minutos a que ella termine?

–¿Qué ocurre, papá? ¿Vas a quitarme la razón delante de una asistenta?

Antes de que pudiera responder lo hice yo:

–Subiré ahora mismo.

Salí del salón y me dirigí a su dormitorio. ¿Cómo podían existir personas tan imbéciles y prepotentes en este mundo? Debería tener más cuidado, la vida es como una especie de bumerán y todo lo que tiras al aire puede volver con el doble de fuerza.

La habitación estaba peor que una leonera. Terminé y me dirigí a la de Rodrigo. Cuando iba abrir la puerta escuché unos sollozos y me quedé paralizada sin saber qué hacer.

Finalmente abrí la puerta y entré. Rodrigo estaba tumbado en la cama cubriéndose la cabeza con la almohada intentando ahogar el sonido de su llanto. Se giró y me miró.

Pensé que se enfadaría por haber invadido su intimidad.

–Entra, Ana y cierra la puerta, por favor.

Tenía que estarle sucediendo algo muy grave para actuar como lo estaba haciendo. Al acercarme a él observé su extrema delgadez y sus grandes ojeras. Me quedé sorprendida. Sus labios esbozaron una especie de sonrisa.

–No has podido ocultar tu asombro al verme tan mal, ¿verdad?

–No, Rodrigo. Lo que ocurre es que veo lo que has crecido.

–Qué más da, Ana, gracias por intentar disimular. Estoy mal, muy mal.

Se echó a llorar. Apreté contra mi pecho su cabeza queriéndole infundir ánimo.

–Por favor, cuéntamelo.

Al contrario que a su hermana a él le había cogido apego. Era amable y cariñoso. Lo demostraba con frases amables y procurando darme el menor trabajo posible. Se apartó de mí y me miró a los ojos. Un intenso dolor se reflejaba en su rostro.

–Soy homosexual, Ana.

A pesar de que no había querido pensar demasiado en lo ocurrido con Laura y en lo que intuía sentir por ella, había comprendido que una persona podía enamorarse de otra de su mismo sexo. Tampoco me había condicionado sobre lo que podría opinar mi madre. En más de una ocasión algo se comentó con Juan y Melina. Él parecía estar muy abierto al tema pero no así Melina que decía no entenderlo. También es cierto que no era tan radical como una de sus amigas que decía que prefería un hijo muerto a que fuese homosexual. En el caso de Rodrigo la situación se complicaba bastante teniendo unos padres como los que tenía, una abuela tan religiosa y manipuladora y para terminar un tío obispo.

Sentí un escalofrío. No encontraba las palabras que decirle. De pronto se abrió la puerta y apareció Rosalía.

–Ana, ¿estás intentando seducir a mi hermano?

No se podía tener más maldad. Rodrigo se levantó y en un tono frío le respondió:

–¿Quién te crees que eres para tratar de esa forma a Ana? Ha venido a limpiar mi cuarto y he compartido con ella unas palabras. No te voy a consentir que la trates de ese modo y menos tú, que... Me voy a callar. ¡Pídele disculpas ahora mismo!

Rosalía estaba roja de indignación al ver cómo su hermano me defendía y a ella le atacaba.

–No, gracias, Rodrigo, no hace falta –dije yo.

En aquellos momentos entró doña Rosalía.

–¿Qué hacéis aquí todos? –me miró de forma altanera–. ¿No crees que deberías estar limpiando? Luego ocurre lo que ocurre, que al hacerlo rápido queda todo mal.

Rodrigo me miró pero yo le hice un gesto para que mantuviera silencio.

–Iba a limpiar esta habitación.

–Bien, salgamos entonces de aquí.

Me daba pena Rodrigo, lo tenía todo en contra y de su hermana no creo que recibiera ninguna ayuda.

Llamaron a la puerta del chalet. Al abrir vi a doña Dolores que sonriente me abrazó y me besó cariñosamente.

–¡Mi querida niña, qué alegría verte! ¡Mi enhorabuena por haber terminado ya la universidad! Sé que tu madre ha estado reticente a la hora de aceptar mi dinero pero aún así me ha tenido informada.

–Ha sido gracias a su generosidad, Dolores.

–Por cierto, ¿habrás solicitado un máster?

–Sí, aunque me parece abusar.

Puso sus dedos en mis labios.

–Silencio, no quiero que sigas hablando. La cuenta seguirá abierta hasta que termines ese máster y después ya hablaremos.

En ese momento apareció doña Rosalía.

–¿Cómo te encuentras, Dolores? Te veo espléndida.

–Tú que me miras con buenos ojos.

Qué cinismo tenía a veces; había discutido más de una vez con su marido porque la criticaba.

–Felicitaba a Ana por sus magníficas notas.

Doña Rosalía ignorando el comentario le dijo:

–Bueno, ven a ver a tus nietos. Rosalía está preparándose el MIR y con Rodrigo Tomás está contentísimo. Le tiene vista una parroquia para cuando termine en el seminario.

Llegaron doña Virtudes y el señor Obispo. Hablaban animadamente sobre Rodrigo mientras esperaban a que les sirviéramos la comida.

–Ya veréis el magnífico sacerdote que va a ser Rodrigo. Me han dicho que tiene una inteligencia que le hace sobresalir del resto de los seminaristas. De aquí a nada ocupa mi cargo—decía el obispo mientras se reía y su estomago se movía al unísono.

Rodrigo se puso nervioso y vertió su vaso de agua.

–Lo siento —susurró.

Su padre le miró con frialdad.

–Rodrigo, pareces un niño pequeño.

–No pasa nada—dijo doña Rosalía—, le puede pasar a cualquiera.

–Sí —añadió doña Virtudes—, a cualquiera pero no a él.

Cómo podían estar tan ciegos y no ver el sufrimiento de Rodrigo.

–No te preocupes, Rodrigo, yo lo limpio—dije.

–Tú no eres quién —cortó doña Rosalía— para decirle a mi hijo si se tiene que preocupar o no.

Me quedé cortada. Rodrigo le respondió:

–Mamá, ella sí es quién para decirlo porque es la que lo está limpiando. Además, Ana para mí es más amiga que asistente. No la infravalores, ha terminado una carrera universitaria y tiene la humildad de venir a quitar nuestras porquerías.

Se hizo un frío silencio que con toda temeridad rompí.

–Gracias, Rodrigo, eres muy amable y también muy especial para mí.

Antes de que pudieran decir nada más me retiré a las cocinas. Entré en tromba y mi madre sujetó la puerta para evitar el ruido del portazo.

–He escuchado todo lo que ha pasado y no tienes razón. Ellos son los señores y no tienes por qué meterte en sus asuntos.

–Para mandar hay que saber primero respetar. Se creen que están en la época de mis abuelos y no, ¡por supuesto que no! Si pagan es porque nosotros hacemos un trabajo pero tenemos nuestros derechos.

–Ana, hija–dijo Melina de forma cariñosa–, tiene razón tu madre. Ellos son los que nos están dando de comer y nos pueden despedir en cuanto lo deseen.

Iba a responder pero Juan se adelantó.

–¡Ya está bien! Vosotras no tenéis que discutir y mucho menos por los señores. En parte tenéis razón las tres. Ana, siéntate a comer, yo seguiré atendiendo la mesa.

Terminando de comer apareció Rodrigo en la cocina.

–Ana, ¿puedes venir conmigo al jardín?

Mi madre me hizo un gesto para que me negara a lo que me pedía. Sabía que no podía hacerlo porque él estaba pidiéndome ayuda en aquellos momentos.

–Claro que sí.

Salí sintiendo sobre mí la mirada de mi madre.

El jardín tenía unos rincones muy acogedores. Nos sentamos en uno de los bancos, Rodrigo sacó un porro y se lo encendió. Me quedé sorprendida y asustada, no ya porque fumara porros sino por hacerlo en el jardín de su casa.

–Rodrigo...

–No te preocupes, ya me da todo lo mismo. ¡Ojalá y me vean y se acabe todo de una vez!

–Dios mío, Rodrigo–cogí su mano–,¿cómo puedes estar tan desesperado?

–¿No crees que es terrible lo que me ocurre? ¿Por qué no a mi hermana? Tan fina y pura. ¿Por qué no es ella lesbiana?

Cómo si eso se pudiera elegir, pensé.

–¿Cómo sabes que eres homosexual?

Después de haberle hecho la pregunta me arrepentí, era algo absurdo.

–La verdad es que antes de irme al seminario nadie me había atraído. Siempre estudiando, siempre queriendo quedar bien ante mis padres y mis abuelas;sobre todo de mi abuela Virtudes y hasta de mi tío el obispo. Cuando llegué al seminario iba con todas la ilusión, con la esperanza de hacerlo a la perfección para que se sintieran muy orgullosos de mí y para llegar a ser un gran sacerdote.

Se secó con el dorso de la mano sus lágrimas.

–Al principio todo iba muy bien hasta que apareció él. Venía a sustituir a uno de los profesores.

Sus ojos se iluminaron.

–No tengo palabras para decir lo que sentí al verle. Allí sentado en la mesa de la clase y mirándonos a todos sonriendo. Con qué aplomo y tranquilidad se explicaba. Se llamaba Darío y venía como sustituto del profesor anterior; estaría con nosotros hasta

acabar el curso –dijo tirando el porro–. Al principio creí que era admiración y curiosidad. No acababa de comprender cómo un hombre de sus características había elegido ser sacerdote. Dejé de hacerme preguntas, solo deseaba que llegara la hora de acudir a clase. Un sentimiento muy profundo estaba apoderándose de mí. Tuvo que darse cuenta de lo que yo sentía porque empezó a mirarme de una forma especial. Una mañana al terminar la clase me dijo:

–He observado que no has entendido muy bien el tómate espero dentro de unos minutos en mi despacho y me dices qué es lo que no has comprendido. No sabía a lo que se refería porque me había enterado muy bien, pero de todas formas estaba decidido a ir a verle –dijo visiblemente emocionado–. Miraba el reloj constantemente esperando a que volara el tiempo. Pasados esos minutos me dirigí a despacho y llam  entrando sin esperar a que me diera permiso. Me disculp  y él amablemente me pidió por favor que me sentara y esperase un momento. Estaba leyendo unos papeles que tenía encima de la mesa –Rodrigo hizo una pequeña pausa mirándome–. Cuando termin , sonriendo, me mir  directamente a los ojos. Dijo haber observado que ponía mucho interés en las clases y que pens  que sería bueno para mí recibir unas clases extras un día a la semana. El corazón me dio un vuelco, poder estar a solas con él. Nos juntábamos los miércoles; era maravilloso porque además de las clases empezamos a hablar sobre nuestras familias y nuestros proyectos. Una tarde, al ir a coger un lápiz que se le había caído nuestras caras coincidieron a la misma altura, entonces bes  suavemente mis labios. Sent  miles de mariposas revoloteando en mi pecho. Se retir  rápidamente y siguió dándome la clase como nada –la amargura se dibujaba en su rostro–. En los días sucesivos hizo como si lo del beso no hubiera sucedido. Llegó el miércoles y me encontraba muy nervioso. Al llamar a la puerta Darío la abrió y luego la cerró con llave. Desabroch  mi camisa y me baj  los pantalones

poniéndome contra la pared. Con una de sus manos empezó acariciarme la espalda y el pecho, con la otra masajeaba suavemente mi miembro hasta que sentí un fuerte orgasmo me invadía.

Estaba alucinada, cómo podía estar contándome semejantes cosas. Qué dolor y qué soledad tan grande debían de invadirle para estar haciéndolo. Se echó a llorar de forma convulsiva. Por un lado visualizaba la escena de lo que me estaba contando y sentía rechazo pero por otro entendía que en Rodrigo existía amor ¿Y por la parte de Darío?

–¿Te habla de sus sentimientos? –pregunté.

–No me dice nada. Cuando nos acostamos me susurra palabras que no entiendo mientras me acaricia.

Comprendí que por mucho que yo hubiera querido profundizar Rodrigo no me sacaría de dudas y que tampoco podía ser objetivo. Era más grave de lo que él creía, no solo ya por el lugar donde estaba ocurriendo, sino porque eran profesor y alumno. No quería asustarle pero debía advertirle.

–No pasa nada, Rodrigo, no es ningún crimen. No creo que sea pecado lo que hacéis si hay amor. Pero debes tener mucho cuidado y entender que él es un profesor y tú un alumno. Por otro lado tampoco le conoces lo suficiente. ¿Por qué no intentas informarte sobre él?

–¿Informarme sobre él? –por la entonación de sus palabras noté que se había enfadado–
¿Por qué me dices eso? Darío es muy buena persona. Tiene mucha paciencia con todos nosotros. En nuestra relación sí existe el amor. El temor que tengo es que esto pueda salir a la luz y llegue a oídos de mi familia. He leído la Biblia y se considera una

abominación. En el Catecismo católico se acepta pero sin que existan relaciones sexuales. Eso es arrancar la esencia más hermosa del ser humano.

Me miró con los ojos llenos de lágrimas.

–No sé si tú estás enamorada pero cuando amas a una persona te invade el deseo de poseerla, de hacer el amor con ella. Así es cómo me siento por él.

–Debes tranquilizarte, Rodrigo. Desconozco lo que está escrito en ese catecismo. La Biblia no la he leído a fondo pero sí que sé de algunos de sus textos a través de los sacerdotes de mi parroquia. Por lo que recuerdo y siento por Dios, Él no puede condenar el amor aunque haya relaciones sexuales de por medio. Un ser humano no elige nacer con una determinada condición.

Alzó la cabeza y mirándome con los ojos brillantes de inocencia dijo:

–¿Tú crees eso, Ana? Sé que eres una mujer inteligente y de gran templanza, siempre lo he sabido. Solo hay que ver cómo sobrellevas a esta familia que, a excepción de mi abuela Dolores y a pesar de lo que los quiero, tengo que reconocer que son todos unos intransigentes y unos ególatras.

Le sonreí.

–Por supuesto que lo creo. Debes tener mucho cuidado, Rodrigo, eres muy joven. Creo que lo que debes hacer es enfrentarte a tu realidad, descubrirte a ti mismo, quererte mucho y saber qué es lo que siente Darío por ti.

–¡Él me quiere, Ana!; Sé que siente lo mismo que yo!

–No quiero disgustarte, Rodrigo, pero a veces las cosas no son lo que parecen. Además, ¿te has planteado qué es lo que vas hacer? Porque tendrás que elegir entre él y ser sacerdote.

Me miró con una expresión que oscilaba entre la sorpresa y la duda.

–La verdad es que eso ni siquiera se me había ocurrido. ¡Dios mío, Ana! ¡Tienes razón!

En esos instantes se escuchó la voz de doña Rosalía:

–Rodrigo, hijo, ven que tu tío quiere hablar contigo. Tú–dijo dirigiéndose a mí de forma despectiva–,¿qué haces ahí parada con todo el trabajo que hay en la cocina?

–Mamá, la he llamado yo para que me explique qué tal le va en la universidad.

–No creo que eso sea de tu incumbencia. Te preocupas demasiado por las personas.

Terminamos nuestra jornada y nos marchamos a casa. Mientras nos dirigíamos al autobús no dejaba de darle vueltas a lo que me había dicho Rodrigo. Observaba cómo mi madre no me quitaba la vista de encima.

–Ana, os he visto a Rodrigo y a ti hablar en el jardín. Me dio la sensación de que estaba llorando. ¿Qué es lo que te estaba contando?

Me quedé sorprendida ante su interés porque no era de esas madres curiosas que quieren enterarse de todo.

–Eso es algo entre Rodrigo y yo. No considero que deba contártelo.

Se paró en seco.

–Creo que entre una madre y una hija no debe haber secretos.

–Mamá, eso es cuando puede afectar a alguna de las dos, pero en este caso el hecho en sí solo afecta a Rodrigo y cuando ha elegido contármelo a mí será porque no quiere que se entere nadie más.

–¿Tan grave es?

–Mamá, no empieces que te conozco y sé que al final termino contándotelo todo. Esta vez no lo vas a conseguir. Además, date prisa si no quieres que perdamos el autobús.

Ya en mi dormitorio me dirigí hacia la ventana. Alcé los ojos hacia el cielo cuajado de estrellas que iluminaban la noche. Quizás cada uno de nosotros tuviera una donde estaban escondidos nuestros secretos junto con la pócima para cicatrizar nuestras heridas.

Recordé a Laura. Empezaba a darme cuenta de que cada uno de nosotros llevabasu propia cruz. ¿Era cuestión de saber qué hacer para soportar su peso? ¿O era cuestión simplemente de aceptar dicho peso? Me aparté de la ventana y me metí entre aquellas sabanas que al tocar mi piel desnuda me hicieron sentir una especie de escalofrío.

Mañana sería otro día y un nuevo comienzo.

CAPÍTULO XII

La claridad del día hizo que me despertara. Miré el móvil, era muy tarde y mi madre se había ido ya al chalet.

Descansar tantas horas me había fortalecido física y mentalmente después del estrés al que había estado sometida con el máster. Las clases me habían aportado unos conocimientos muy interesantes para saber cómo desenvolverme en el mundo del periodismo. Ahora ya solo me quedaban las prácticas.

Sonó el móvil. Miré la pantalla, era Rubén.

–Hola, cielo ¿No me dirás que sigues acostada?

–¡Uf, pues sí! Mi madre se ha apiadado de mí y me ha dejado dormir. Tengo que aprovechar estos días porque la semana que viene empiezo las prácticas.

Se escuchó una especie de soplido.

–Pero bueno, ¿no habíamos quedado en que te vendrías unos días conmigo?

La verdad es que entre unas cosas y otras no había pensado siquiera en él.

–Rubén, he estado muy liada y pensaba que las prácticas tardarían más en empezar.

–Eso son excusas –su voz sonaba alterada–. Yo no podré ir hasta que pasen unos meses y tenía unas ganas locas de verte. Por lo que parece no sientes lo mismo que yo por ti.

No sé por qué tuve que mentirle, algo que odiaba.

–Oh, no, Rubén, claro que deseo verte. Pero no te puedo prometer nada, no sé si mi madre me dejará ir.

–¿En qué siglo vive tu madre? ¿Desde cuándo una chica no puede pasar unos días con su novio en la playa?

Me quedé cortada. ¿Mi novio? Debería aclararle que no deseaba tener pareja pero su ímpetu al hablar me impedía contestarle.

–Bueno, cielo, te voy a dejar. Me reclama el jefe, mi padre. No me olvides y ve convenciendo a tu madre. ¡Ah!, de los billetes olvídate que te los mando a través de una agencia. Tú sólo dime qué días piensas venir. Un beso en tus jugosos labios.

Colgó sin dejarme decir nada más.

Al salir de la ducha volvió a sonar el teléfono. Pensé que sería él pero resultó ser Laura; me dio un vuelco el corazón.

–Hola, Ana. Había pensado que podíamos comer juntas. Me voy a Paris a terminar el máster y las prácticas y me gustaría que antes de irme nos viéramos para contarnos cómo nos van las cosas.

No tuve fuerzas para negarme, deseaba estar con ella, volver a verla. Acepté y quedamos en que me recogería. No había hecho más que salir del portal cuando vi venir su coche y no pude evitar ponerme nerviosa. Aparcó en doble fila, asomó la cabeza por la ventanilla y me dijo sonriendo:

–Vamos, Ana, que me van a multar por estar mal aparcada.

Me monté a su lado. Estaba preciosa.

–¡Hola, Laura! Gracias por acordarte de mí.

–Estás muy linda, Ana. Gracias a ti por aceptar mi invitación. Empiezas las prácticas la semana que viene, ¿no?

–Sí, estoy un poco nerviosa.

–Eso te fumas un porro y se acabó –sonrió–. Es una broma.

Nos dirigimos a las afueras de la ciudad, a una enorme finca que además del restaurante contaba con un hotel.

–Espero que te guste este sitio, es muy pijo. Iremos primero al hotel.

Nada más entrar nos saludó el recepcionista:

–Señorita Laura, qué placer verle por aquí.

–Hola, Pedro, ¿está libre la habitación 303?

Me sorprendió que pidiera una habitación y encima una concreta.

–Sí, la tiene reservada.

–Vamos, Ana, entremos en el restaurante.

Otro chico uniformado nos recibió. El restaurante estaba al completo pero en cuestión de minutos nos montaron una mesa en un rincón. Lo de la habitación volvió a rondarme la cabeza. Imaginaba por qué había reservado una pero seguía sin entender el por qué de que fuera esa en concreto. No podía evitar sentir la mordida de los celos, seguramente era porque ya la habría compartido con otra persona.

–¿Has visto, Ana, lo que hace tener dinero? No había mesas *et voilà*.

Laura demostraba una gran desenvoltura y yo sin embargo parecía boba.

–Si quieres pedimos dos de sus especialidades, crema de calabaza y chuletas de cordero a la brasa.

–De acuerdo, como tú prefieras.

Después de haber pedido se quedó mirándome fijamente.

–¿Qué te ocurre? Estás poco habladora y muy seria.

Me notaba insegura, nerviosa y asustada. Me iba dando cuenta de que estaba muy enamorada de Laura, más de lo que yo creía. Me sentía el juguete con el que ella se divertía.

Observé que estaba bebiendo más vino de lo normal.

–¿Sabes por qué te he llamado, encanto? Estoy loca por una mujer que se burla de mí constantemente. Había quedado como otras veces en venir aquí conmigo pero me ha dado plantón a pesar de que sabe que mañana me iré y que tardaré en volver.

Sentí como si me hubieran clavado un puñal en el pecho. Ella estaba enamorada de otra mujer y me había llamado para utilizarme como comodín y mitigar así su pena. No parecía tener en cuenta siquiera mis sentimientos y el dolor tan profundo que me estaban causando sus palabras.

–Bébette otra copa. Nos quedaremos en el hotel a pasar la tarde.

Mevejaba y humillaba pero lo que sentía por ella me forzaba a quedarme a su lado.

–¿En qué piensas, Ana? Sé que estás loca por mí, no puedes evitarlo. No es que te gusten o te atraigan las mujeres es que te has enamorado de mí y eso es, a pesar de lo que te he dicho, lo que impide que te marches y me dejes sola.

Cada vez me encontraba más hundida y más asqueada de mí misma. Laura estaba en lo cierto y encima tenía la maldad de burlarse con una crueldad inaudita. Todo ello parecíamotivado por el dolor que debía de sentir a causa de la humillación infligida por

la mujer a la que decía amar. Lo pagaba conmigo para fortalecer su ego, para sentirse mejor, para saciar su venganza contra la vida.

Se levantó de la mesa y sonriendo me dijo:

–Vamos, cielo, nos espera una tarde de lujuria. Mañana ya no estaré aquí y no sé si regresaré.

No podía entender cómo era posible que la siguiera y estuviera accediendo a lo que me pedía. En la habitación empezó a quitarse los zapatos, los pantalones, la camisa. Su mirada me incitaba. Se desabrochó el sujetador y luego dejó al descubierto su rasurado sexo. Luchaba contra mis sentimientos, contra mis deseos de hacer el amor con ella, de dejarme llevar por sus caricias; ansiaba lo dulce de sus besos y el ardor de su sexo. Me atrajo hacía ella con fuerza. Lamió mi cuello y lo mordió. Sentí la sangre manar y luego su lengua manchada recorriéndome la cara. Me echó encima de la cama. Mi cuerpo temblaba, ni siquiera sentía el dolor del mordisco. Mientras Laura me desnudaba su boca iba recorriendo todo mi cuerpo. Se paró en mis pechos y con los dientes mordía suavemente mis areolas. Nuestros cuerpos se reconocían, nuestros sexos se fundían provocando que los fluidos nos empaparan los muslos. La sentía dentro de mí y cuando estaba a punto de llegar al orgasmo se apartó bruscamente y me dijo:

–Pídeme que te penetre. ¡Pídemelo!

Intenté cogerle las manos para que sus dedos me penetraran. Busqué su boca pero ella se negaba. Sentía que iba a morir de deseo y dije lo que ella pedía. Entonces Laura volvió a beber de mí, sus dedos y su lengua entraron dentro de mí con movimientos rápidos haciendo que mis gemidos inundaran la habitación. Se puso encima buscando la postura para que coincidiesen nuestros sexos. Con movimientos suaves consiguió nuevamente que nos invadiera el placer. Cuando terminamos Laura se quedó

profundamente dormida. Me levanté con cuidado para mirarme en el espejo. Tenía sangre en el cuello y en uno de los muslos. Me había hecho daño pero yo solo sentí placer. Volví a la cama y me acurruqué junto a ella. El sueño me envolvió.

Me desperté al sentir cómo me movían suavemente.

–Ana, despierta, ya es de noche. Tengo que salir muy temprano para el aeropuerto y tu madre estará preocupada.

Debía de haberse duchado porque llevaba puesto un albornoz. Me había hablado como si no hubiera sucedido nada. A mí me parecía estar viviendo un sueño más que una realidad. Sentía una presión en el pecho y unos deseos terribles de llorar porque me daba cuenta de que me tenía tan enganchada que anulaba mi voluntad. Me duché y me vestí. Laura estaba ya lista y miraba por los ventanales.

–Cuando quieras nos podemos ir.

Salimos del hotel y un chico con uniforme nos tenía ya listo el coche en la puerta.

Mientras conducía en dirección a mi barriada Laura sonrió cínicamente diciendo:

–Has estado muy bien, Ana. Estás aprendiendo cada día más –rió burlonamente–. Eres una buena chica.

Sentí hervir la sangre. Debería haberle dicho que tenía una fantástica profesora, una que era una zorra que me estaba utilizando.

–Creo que te estás pasando.

Se puso a reír a carcajadas.

–¡Venga! No me vayas a decir ahora que tú no lo deseabas también. Estabas ardiendo.

Me entraron deseos de abofetearla.

–No me mires con esa expresión de niña buena.

Estaba a punto de echarme a llorar, no solo de pena, sino de rabia por no saber afrontar semejante situación. Afortunadamente llegamos a mi casa. Me bajé del coche sin decirle nada.

–Vaya –dijo Laura en voz alta–, ¿no me deseas suerte? Quería comentarte algo, la redactora jefa de dónde vas hacer las prácticas es amiga mía; Alba. Es de las nuestras. Ya te he recomendado.

Ni siquiera me volví para contestarle. Entré en el portal sintiendo las lágrimas resbalar por mis mejillas. Antes de abrir la puerta de casa me sosegué por si mi madre estuviese despierta, no quería que me viera en semejante estado.

–¡Ana, hija! ¿Cómo vienes tan tarde? Me tenías preocupada.

–Lo siento, no me he dado cuenta de la hora. Acuéstate si quieres, voy al lavabo.

Le había hablado evitando mirarle a los ojos. Esperé a oírla irse a su habitación. Salí y cerrando la puerta de mi dormitorio me eché sobre la cama. Sentía una especie de garra en el corazón. ¿Por qué estaba soportando este trato vejatorio? ¿De qué estamos hechos los seres humanos?, unos tan fuertes y crueles y otros tan débiles y sumisos. Entendía que existía siempre de lo uno y de lo contrario, ¿pero qué era lo que motivaba que unos fuesen de una forma y otros de otra? Quizás en el caso de Laura era comprensible que actuara como lo hacía pero mi madre no pagaba con nadie el infortunio de haber sido abandonada por mi padre.

Mis lágrimas iban poco a poco empapando la almohada y llorando me quedé dormida.

CAPÍTULO XIII

Había empezado las prácticas y me encontraba muy contenta de nuevo. Enfocaba mi vida hacia el periodismo y eso me mantenía entretenida; ayudaría a arrancar a Laura de mis pensamientos.

No quería hacer amistades nuevas y me mantenía un poco apartada de mis compañeros. Mi meta era concentrarme en lo que estaba haciendo y conseguir un puesto como periodista. Iba camino de la redacción del periódico cuando sonó el móvil. Me dio un vuelco el corazón, era Laura. Por unos instantes me quedé mirando la pantalla indecisa sobre si cogerlo o no. En mi fuero interno sabía que no debía hacerlo, que era mejor mantenerme apartada de ella aunque no pude evitar dejarme llevar por mis sentimientos.

–Hola, Laura.

–¿Qué tal te va la vida, encanto? No me has llamado ni una sola vez.

–Lo cierto es que las prácticas me tienen todo el tiempo ocupada.

Me estaba sintiendo cada vez más impotente por no haber tenido el coraje suficiente y no contestar a su llamada. ¿Por qué debía darle explicaciones después de la forma tan cruel y prepotente como se despidió? Tuve que haber cortado la conversación.

–¿Has hablado con Alba?

Me quedé indecisa. ¿Alba? Luego recordé lo que me dijo de su amiga bisexual.

–No, nos da de vez en cuando alguna charla de refuerzo pero nunca se ha dirigido directamente a mí.

–Esa mujer es terrible. Qué despiste tiene, se lo recordaré.

–Gracias, Laura, pero no te preocupes. ¿Cómo te van las cosas por allí?

Se escuchó una carcajada.

–La verdad es que no me van nada mal, esto es un aprendizaje continuo.

Sus últimas palabras las dijo con cierta ironía. Sentí celos al mismo tiempo que rabia por seguir escuchándola y no haber cortado la llamada.

–Te dejo, Ana. He quedado con unos amigos para tomar una copa. Se buena chica y acuérdate de mí,*mon amour*.

Sin darme tiempo a contestarle colgó. Tenía que tomar una decisión, no podía dejarme arrastrar de esa forma tan cruel por unos sentimientos que terminarían por destrozarme. Me quedaban dos caminos, ponerme a llorar o avanzar y centrarme en mi trabajo. Me tragué las lágrimas y me concentré en mi tarea con la esperanza de que lo conseguiría a pesar de todo.

Iba a marcharme cuando vino hacía mí Alfonso. Era quien se encargaba de las fotocopias, subir los desayunos, etc.

–Ana, espera, por favor. Doña Alba quiere que vayas a su despacho.

Llamé suavemente y vi que estaba preocupada ¿Habría hecho alguna cosa mal?

–Adelante, Ana –dijo Alba levantando la vista de sus papeles– y siéntate, por favor– sonrió al ver mi expresión de preocupación–. No te preocupes, es una buena noticia. Aunque hasta ahora no me haya dirigido a ti personalmente te he estado observando y he preguntado por tu trabajo. Me han dicho que eres una chica encantadora, educada e inteligente, aunque algo reservada. También tengo que decirte que Laura me ha hablado muy bien de ti pero si tus trabajos de redacción y tu comportamiento no hubieran estado

a la altura ahora esta conversación no estaría sucediendo. Te he llamado para decirte que si sigues en esta línea, cuando termines las prácticas, podrías quedarte a trabajar con nosotros.

Sentí cierta vergüenza por sus palabras de halago y me remordió la conciencia por no haber tenido en cuenta a Laura.

–¡Muchas gracias, Alba! No sé cómo agradeceréte. Por supuesto que intentaré por todos los medios seguir superándome. Laura ha sido muy generosa.

Sonrió.

–Perdóname, quizás me meta en tu intimidad pero por la expresión de tus ojos al hablar de Laura me da la sensación que le tienes un cariño especial.

Sentí el calor subir a mi cara. ¿Se notaban mis sentimientos?

–No te preocupes, seguro que ella te habrá dicho que yo también soy bisexual. Lo que quizás no te ha contado es que en nuestra adolescencia ella y yo fuimos pareja.

Al decirme aquellas palabras no pude evitar fijarme en su físico. Era guapa y tenía un bonito cuerpo. Su melena rubia hacía resaltar unos hermosos ojos azules.

–Fue terrible no solo por lo que ella me hizo sufrir sino porque me enfrentaba por primera vez a unos sentimientos que no entendía. La Iglesia y la sociedad previamente ya los había etiquetado, clasificado, juzgado y ajusticiado–dijo de forma seca–.Creo que ella nunca estuvo realmente enamorada de mí. Su obsesión era una antigua profesora suya, Juncal, y ahora mis sospechas se confirman cuando ella ni siquiera te ha dicho la relación que tuvimos. Ten mucho cuidado Ana.

Tuvo que ver en mis ojos reflejadas la tristeza y el dolor que sentía al estar escuchando sus palabras.

–Lo siento, me parece que he hablado demasiado. Tampoco me creo con derecho a decirte nada sobre, ella aunque veo que eres como una gacela en el punto de mira de un experto cazador –dijo seriamente–. Te preguntarás que por qué sigo en contacto con ella y encima le hago favores. Pues porque soy incapaz de guardar rencor y creo que no se debe huir nunca de lo que te daña sino al contrario, debes enfrentarte a ello. Perdóname, he sido demasiado brusca.

–Muchas gracias, Alba. Efectivamente Laura no me había hablado de ti y sí de Juncal. Te agradezco mucho que me hayas advertido sobre su comportamiento.

Alba asintió y me dijo que podía volver a mi trabajo. Después de la conversación con ella no era capaz de concentrarme. En aquellos instantes me encontraba tan sola y sin saber en quién refugiarme. No podía contarle ni a mi madre ni a nadie lo que me ocurría. Ahora me daba cuenta de que hay momentos en los que realmente necesitas una mano amiga, un corazón que te escuche, ¿pero en quién confiar?

Al salir del periódico vi a Alba que desde un coche me hacía señas con la mano para que me acercara.

–Sube que te llevo.

–No hace falta, gracias. El autobús está cerca.

–Venga, no seas tonta, nos iremos a comer. Sé que te encuentras mal y que no puedes desahogar tu angustia con nadie. A mí también me ocurrió.

Durante el trayecto al restaurante nos mantuvimos en silencio. Estaba cada vez más sorprendida por la nobleza con la que se portaba Alba.

El restaurante no era tan lujoso como a los que Laura me llevaba pero era muy acogedor. Estaba situado en una barriada muy bonita rodeada de grandes superficies comerciales. Los camareros saludaron a Alba cariñosamente y uno de ellos nos acompañó a una mesa un poco alejada de las demás.

–Espero que te encuentres cómoda.

Me entregó la carta.

–Gracias, Alba.

Al mirar el menú y ver los precios me di cuenta de que no llevaba dinero suficiente y que lo lógico hubiera sido no solo pagar mi comida sino también la suya. Sentí que los colores me subían a mi cara. Me miró con expresión sorprendida; debió de intuir lo que me ocurría y sonriendo me dijo:

–Pide lo que quieras, hoy pago yo y otro día tú.

Mi opinión sobre ella mejoraba por momentos pareciéndome cada vez más una magnífica persona. Con qué diplomacia se hacía cargo de la cuenta. Y cómo para no humillarme me daba la oportunidad de poder pagar yo la próxima vez.

–Gracias, Alba, por supuesto.

Cerré la carta y se la entregué.

–Pediré lo mismo que tú.

Ella no quiso cogerla y me respondió:

–De eso nada, en esta carta es muy sencillo entender lo que se ofrece en los platos. A pesar de que no es un restaurante tan lujoso como a los que te lleva Laura, tiene una buena cocina, selecta y variada. Debes acostumbrarte a ser tú quien elija.

Mi tensión iba desapareciendo a medida que ella hablaba.

–Si quieres pido yo el vino, en eso sí hay que tener cuidado.

–De acuerdo, aunque no suelo beber vino.

–Este te gustará, es muy suave y según tengo entendido es saludable regar los alimentos con buenos caldos.

Durante la comida solo hablamos de si nos gustaba más o menos lo que estábamos comiendo. Alba incluso me dio algún trozo de la carne que ella había pedido para que comparara. El tiempo pareció volar, me sentía feliz, había reído y por unas horas olvidé a Laura.

A la salida del restaurante, Alba sonriendo me dijo:

–Vivo cerca de aquí, en un pequeño apartamento. Si quieres podemos ir a tomar una copa. Eso sí, sin alcohol.

Entramos en el apartamento que estaba decorado en colores blancos, grises y negros

–Ponte cómoda, te traeré una copa.

El licor era suave y dulce.

–Ana, no he querido comentarte nada en el restaurante porque siempre hay personas que escuchan todo lo que dices. Cuando te hablé de Laura no pensé que te afectaría tanto.

Hice un gesto para quitarle importancia.

–No, por favor, escúchame. Si algo tengo es que enseguida me doy cuenta de lo que está sintiendo la persona con la que estoy hablando. Eso me ha servido mucho en el mundo del periodismo, para reconocer cuándo me mienten y cuándo no. También es cierto que a veces he sido engañada –añadió seria–. Al ver tu reacción cuando hablé de Laura he creído que debía darte más información sobre ella. Lo cierto es que es muy difícil definir su conducta: ¿Malrotadora psicológica? ¿Cruel? ¿Vengativa? Dicen ciertos filósofos que no existe la maldad, solo la falta de sabiduría. No lo sé, solo te puedo decir que a mí me hizo mucho daño y que me costó bastante apartarme de ella. Se quedó unos momentos en silencio y bebió de su copa. Cogió una cajetilla ofreciéndome un cigarrillo.

–No, gracias, no fumo.

–¿Te importa que lo haga yo?

–Para nada.

Dio una calada despacio al cigarrillo.

–Laura y yo nos conocimos en una de esas fiestas de cumpleaños, como ya te he dicho, cuando aún éramos unas adolescentes. Me llamó la atención no solo por lo guapa que era sino por su forma de estar. Con qué encanto hablaba tanto con chicos como con chicas. Era la primera vez que me enamoraba y además de una mujer –sonrió con tristeza–. Creo que siempre supe que los chicos no me atraían, pero cuando realmente tomé consciencia de mi condición fue al conocerla. Laura tan pronto me quería y me buscaba como me rechazaba y se alejaba. Entré en una especie de infierno, cuando menos me lo imaginaba aparecía en mi vida. Buscábamos los momentos en los que sus padres o mi madre no estaban y teníamos sexo salvaje durante horas. No diré que fue ella la que me metió pero empezamos con los porros. Me apartó de todos mis amigos.

Mi vida, mis momentos tenían que ser para ella. No encontraba salida –su rostro se oscureció–. Te diré algo que nadie sabe, solo mi madre y la psicóloga que me trató. Uno de esos días que estábamos juntas, después de habernos dejado llevar por nuestros instintos, me dijo que ya no le aportaba nada, que realmente ella estaba enamorada de otra mujer. Se vistió y dando un portazo se marchó. Me corté las venas.

Se quedó en silencio por unos instantes. Noté como si hubiera recibido un golpe en el pecho.

–Gracias a que ese día mi madre llegó pronto a casa pude salvar la vida.

Sus ojos adquirieron el brillo de las lágrimas.

–Fue terrible, me cansé de vivir, quería morir. Mi madre estaba desesperada por verme sufrir de aquella manera siendo tan joven. Dado que ella no tenía capacidad para ayudarme a salir del pozo en el que estaba sumergida optó por llevarme a una psicóloga. No tengo padre, murió cuando yo era una niña de un cáncer de pulmón. Había trabajado como comercial en una sucursal de un concesionario de coches y la pensión que le quedó a mi madre no era suficiente para pagar mi carrera, por lo que ella tuvo que ponerse a trabajar en una contrata de limpiezas. Ni con ayuda psicológica era capaz de salir del infierno en el que había caído –sus ojos se llenaron de lágrimas–. Por desgracia a mi madre le dio un infarto y fue cuando tomé consciencia de la realidad. Juré ante la Cruz que si ella se salvaba apartaría para siempre a Laura de mi vida y lucharía por olvidarla. Se salvó y cumplí mi promesa. Mi abuela paterna, Carlota, también fue un gran pilar donde me apoyé y bueno, –sonrió–sigo apoyándome. No he querido buscar nuevos amigos, los que dejé en el camino y no quisieron volver cuando llame a sus puertas. En el fondo los comprendo porque fui una desagradecida y me porté muy mal con ellos.

Su historia me dejó un nudo en la garganta. Qué infierno tendría que haber pasado y sin embargo Laura ni siquiera la había nombrado cuando me habló de su pasado. Empezaba a sentirme identificada con su historia, lo que me estaba generando angustia y ansiedad.

Por unos momentos se hizo el silencio.

–Poco a poco lo he ido superando y avanzando sin sentir ningún tipo de rencor hacia ella. En el fondo creo que estas personas que actúan con tal maldad tienen que estar motivadas por su genética y sus vivencias; deberíamos sentir pena por ellas. Perdona, seguro que te estoy aburriendo y además estoy siendo egoísta aprovechándome de tu generosidad al escucharme.

–¡No, al contrario! Te agradezco mucho que me hayas contado lo que has vivido con Laura. Has sido muy amable al advertirme y por supuesto me ha venido muy bien para conocerla mejor. Creo que lo que sucede es que nuestros sentimientos hacia la persona amada nos hacen distorsionar la realidad y no la vemos como es en realidad. La verdad tarde o temprano aflora y entonces es terrible. –Alba me miraba con atención–. Lo cierto es que hay personas que son incapaces de amarse a ellas mismas o no tienen amor en su corazón o no saben portarse con nobleza con los demás.

No quise traicionar la confianza de Laura y no le conté a Alba lo que ella me dijo que había vivido.

–Eres muy generosa al considerar que la maldad que tienen las personas puede ser debido a la genética y las vivencias. Yo también considero que nuestro carácter nos hace actuar y que ese carácter lo podemos modelar y así ver lo positivo que hubo en nuestras vivencias. Siempre pienso en mi madre, a ella tampoco le ha tratado muy bien la vida y sin embargo su comportamiento es noble y ejemplar.

Se llevó la copa a sus labios y bebió lentamente.

–No lo sé, Ana, tampoco me creo capacitada para analizar a fondo los comportamientos de los demás, ni siquiera sería capaz de hacerlo con los míos. La vida me ha venido demostrando que también se suele actuar sin saber por qué. Ahora solo me interesa ser una gran profesional, dedicarme en cuerpo y alma al periodismo. También quiero estar al lado de mi madre y si algún día se me cruzara alguien en mi camino, tendré muy mucho cuidado de analizar –sonrió– hasta sus pestañas. También tengo seguro que de momento y durante algún tiempo no quiero arriesgarme a buscar ni a dejar a nadie entrar en mi vida. Estoy viviendo una magnífica etapa profesional, me siento feliz y no tengo deseo alguno de que ningún elemento extraño la destroce. Se ha hecho ya muy tarde y creo que te he aburrido bastante con mi historia. Te acercaré a tu casa.

–Alba no me has aburrido sino al contrario. No hace falta que te molestes, cogeré el autobús.

–No voy a consentir que cojas un autobús a estas horas.

Mientras íbamos camino a mi casa nos manteníamos en silencio sumergidas cada una en nuestros pensamientos. Alba ya conocía la barriada al haber hecho algún que otro reportaje sobre ella. Al llegar al portal, amablemente, me dijo:

–Bueno, Ana, podemos intercambiarlos teléfonos y ser amigas. Aunque tengo un tiempo libre muy limitado–sonrió– me debes una comida.

–Por supuesto, Alba, para mí sería un gran placer. Me quedé unos instantes viendo cómo se alejaba el coche. A pesar de saber que me había dicho la verdad sobre Laura mi corazón no quería terminar de verlo.

CAPÍTULO XIV

Las prácticas estaban a punto de terminar. A medida que se nos agotaba el tiempo nos mandaban redactar más artículos, archivar, clasificar reportajes...

Alba no acababa de contactarme conmigo y lo comprendía. A última hora todo suele ir más rápido y se acumula el trabajo. Al estar tan imbuida en mis tareas el recuerdo de Laura, sumado a su ausencia, gracias a Dios, iban diluyendo su recuerdo.

No había vuelto a saber nada de Rubén. Me imaginaba que se le habría cruzado alguna chica y se olvidó de mí.

Vivíamos en un continuo estrés. Me dirigía a coger el autobús cuando oí el sonido de un claxon que procedía del otro lado de la calle. No quería mirar, a veces solo era algún gracioso para llamar la atención. Ante la insistencia dirigí la mirada hacia el lugar de donde procedía el ruido y vi a un chico al lado de un deportivo blanco. Me quedé de piedra por la sorpresa, era Rubén y me hacía gestos con la mano para que me acercara. Crucé la calle y me dirigí hacia allí, estaba guapísimo. Sin darme tiempo a reaccionar me rodeó con sus brazos y besó mis labios. Fue un beso dulce y no pude evitar recordar los de Laura y cómo me hacían vibrar.

—¡Amor mío, qué ganas tenía de poder hacer esto! ¡Tus labios saben a miel!

Le sonreí.

—¡Eres un adulator, anda!

Me agarró de la mano e hizo que me girara.

—¡Estás preciosa!

–Me vas a sacar los colores.

–Vamos, iremos a comer por ahí. Tengo que contarte tantas cosas.

Dentro del coche volvió a rodearme con sus brazos y me besó fugazmente en los labios.

Me sentía mal por no cortar aquello y decirle la verdad. Pero era tal su entusiasmo que me avasallaba.

Estuvimos comiendo en un restaurante italiano. No paraba de hablar de sus proyectos.

Había empezado a llevar algunos casos importantes y cada día se encontraba más adaptado y disfrutaba con lo que hacía.

–¿Sabes, cariño? Me he comprado un apartamento con vistas al mar. Tienes que ir para ayudarme a amueblarlo; después de todo tú también vas a vivir en él.

La cucharilla llena de helado se me resbaló y cayó al suelo. Él rápidamente se agachó y la recogió.

–Ana, ¿no me digas que te has puesto nerviosa?

–No, claro que no. He sido una tonta.

–Me estoy quedando cerca de aquí. Podemos tomarnos unas copas–sonrió–sin alcohol y hablamos de ello.

No quería ir, no sabía lo que podría ocurrir. Sin embargo no tuve el valor de decírselo.

El apartamento estaba situado en una lujosa edificación. Cuando entré observé que era bonito pero quizás un poco frío, se notaba la falta de un toque femenino.

–Ponte cómoda, verás que licor tan suave y sin alcohol.

La verdad es que tenía un sabor muy especial.

Me iba a sentar en un sillón pero él, agarrando mi mano, me sentó en el sofá y se puso a mi lado. Su mirada me inquietaba, me ponía nerviosa. Acarició mi rostro con suavidad e intentó besarme pero le esquivé. La lujuria se reflejaba en sus ojos. Intenté no pensar demasiado y bebí hasta dejar vacía mi copa. Me sentía eufórica y mis instintos sexuales empezaron a aflorar con una fuerza tan increíble que me dejé llevar por ellos. De pronto me vi desnuda en el sofá y a Rubén penetrándome suavemente mientras me besaba una y otra vez. Tuve un tibio orgasmo mientras que él se convulsionaba fuertemente y sus gemidos inundaban la habitación. Sentí entonces un gran sopor, una sensación rara y el sueño me invadió. Me despertaron los besos de Rubén. Me dolía la cabeza y me sentía mal.

–Despierta, cielo, es muy tarde. Tengo que llevarte a tu casa, tu madre podría asustarse. Ha sido magnífico, ¡nunca había sentido tanto placer!

Estaba confundida. ¿Cómo me había dejado llevar de esa forma? La bebida, la bebida tenía que contener algo que hizo aflorar mis instintos sexuales y portarme de una forma tan desinhibida. Me vestí con una sensación de mareo y confusión. Le miré con un gesto desafiante.

–¿Qué tipo de bebida es la que me has dado, Rubén?

Sonrió.

–¿Cómo puedes pensar eso de mí?

–Será mejor que me digas la verdad, Rubén. Por cómo me he sentido sé que esa bebida tenía que llevar alguna cosa. Sabes que tarde o temprano me voy a enterar y después va a ser peor.

Le vi titubear haciendo que mis dudas se confirmaran.

–Bueno, realmente no es nada. Solo que la bebida es un poco explosiva.

No quería hablar más ni tenía fuerzas para ello. Deseaba con toda mi alma salir por aquella puerta y no volver a verle. Se puso delante de la puerta impidiéndome que saliera.

–¡Por favor, por favor, Ana! ¡He sido un imbécil! No pensé que te diera una reacción tan fuerte–sonrió– pero, cielo, tú también has disfrutado. No vengas a decirme ahora que no.

Me estaba haciendo dudar y sentir mal; me avergonzaba de mí misma. Yo no quería tener sexo por vicio, sino por amor.

–¡Déjame pasar, por favor! ¡Apártate y ya hablaremos! Deseo irme a mi casa.

–Te llevaré yo, no son horas de que vayas por ahí sola.

–No me vas a llevar a ningún sitio. Cogeré un taxi.

–Un taxi te costará bastante dinero. ¡Por favor, Ana, te lo suplico!

Tenía razón sobre lo de las horas y aparte tampoco llevaba suficiente dinero para poder pagar un taxi. Montados en el coche el silencio se podía cortar con un cuchillo. Mis pensamientos se mezclaban. Me pesaba sobre todo la sensación de haber sido una boba inocente. Qué desilusión tan terrible.

–¡Ana, por favor! ¡No sé cómo pedirte perdón!

–¡Mejor que no digas nada! ¡No te puedes imaginar cómo me siento! ¡Sabes que esto es una violación!

Dio un puñetazo en el volante.

–¡Eso no te lo voy a permitir, no! ¡Hablas con esa frialdad y ha sido consentido! Daba por hecho que al aceptar venir a tomar una copa a mi apartamento querías acostarte conmigo. Lo único que pretendía es que fuera más agradable. ¡No me vengas ahora con sensiblerías y haciéndote la víctima, no te lo consiento!

Sus ojos ardían de furia y por unos momentos sentí tanto miedo que decidí no volver a decir nada.

–¿Ahora qué pasa? ¿Te callas después de haberme llamado violador?

Empezaba a ver al Rubén que conocí en el autobús. Pedí a Dios llegar cuanto antes a mi casa. Hizo un derrape y se metió por un descampado. Estaba aterrada. Frenó de golpe. Se quitó el cinturón y manipuló mi asiento echándolo hacia atrás. Se bajó los pantalones y se echó encima de mí. El pánico me impedía actuar. Me parecía imposible que estuviera ocurriendo aquello. Si hubiese querido podría haberme penetrado pero no lo hizo, se retiró y se subió los pantalones.

–¡Eso! ¡Eso sí hubiera sido una violación! No acostumbro a violar a las mujeres. Al contrario, son ellas las que se me ofrecen. Me has hecho un daño terrible.

Permanecí en silencio con los ojos cerrados pidiendo a Dios que terminara cuanto antes esta pesadilla.

Por fin llegamos a la puerta de mi casa. Me bajé del coche sin que ninguno de los dos dijera una sola palabra. Haciendo un derrape se marchó. Rogaba al Cielo para que mi madre se hubiera dormido pero no fue así y al verme entrar se levantó de golpe.

–Ana, hija, ¿qué horas son estas de llegar a casa? Qué cara tan pálida. ¿Qué te ha ocurrido?

–No me ha ocurrido nada, mamá. Me he entretenido por ahí hablando con un compañero de la universidad y ahora tengo dolor de cabeza. Tomaré un calmante con un vaso de leche y me iré a la cama.

Unas lágrimas silenciosas brotaban de mis ojos. No acaba de comprender a las personas.
¿Qué era lo que no encajaba en este mundo?

CAPÍTULO XV

Rubén se marchó sin decirme adiós. En el fondo de mi corazón agradecí a Dios que se hubiese ido de la forma en la que lo hizo. No es que le odiara pero sentía un fuerte rechazo hacía él. Era incapaz de comprender cómo podía sentirse dolido. ¿Por qué actuó de esa forma? ¿Era esa su verdadera naturaleza? Intentaba concentrarme en terminar el artículo que tenía sobre la mesa, nos quedaban unos pocos días para terminar las prácticas. No había vuelto a hablar con Alba. Estábamos todos agobiados por el trabajo pero desconocía si ese era el motivo de su alejamiento.

De pronto apareció Alfonso.

–Ana, doña Alba me ha dicho que hagas el favor de ir a su despacho.

Llamé suavemente a la puerta y entré; Alba sonrió.

–Siéntate, por favor. Te habrás preguntado por qué no te he vuelto a llamar. Esto al final, como suele suceder en la mayoría de los casos, se ha complicado y en lo que pensábamos tardar una hora hemos tardado un día entero. Bien, quiero que me presentes un artículo de la temática que tú prefieras. Dependiendo de la calidad del trabajo te quedarás o no a trabajar aquí. Te aviso de que no solo depende de mi criterio, están además Luis, el jefe de sección y algunos socios. Me imagino que tu sueño será el de poder trabajar con nosotros.

Sentí una gran alegría al escuchar aquellas palabras.

–¡Por supuesto, Alba! ¡Claro que sí, para mí sería un honor!

–Si quieres comemos juntas y hablamos de la temática que podrías tratar.

Me sentí avergonzada porque me di cuenta de que de nuevo no llevaba suficiente dinero para pagar la comida y no sabía qué decirle. Me miró y supo lo que ocurría.

–Ana, tienes un gran problema y es que tu cara refleja tus pensamientos. No te preocupes, esta vez pagará el periódico.

La comida fue muy agradable, en ningún momento nombramos a Laura y tratamos temas intrascendentes.

–He preferido que comiéramos con tranquilidad. Ahora si quieres vamos a mi apartamento y hablamos sobre el artículo que vas a escribir.

–Por supuesto que quiero y te agradezco el interés por mí.

–Oh, no–contestó ella sonriente–, me encanta hablar contigo. Se te ve tan inocente.

Entramos en su apartamento y se dejó caer en uno de los sillones.

–Ponte cómoda, por favor, Ana. Ahora tomaremos café o un licor y me dices qué temática es la que piensas elegir para escribir el artículo.

–Me encantaría tratar sobre el estoicismo.

–¡Espera, espera! Ahora necesito esa copa. ¿Te importa que fume?

–Por supuesto que no.

–Bien –encendió un cigarrillo y le dio una calada–, sabes que ese es un tema muy profundo –exhaló el humo suavemente– y que por otra parte tienes a los que defienden la doctrina de Epicuro y que no piensan igual que los estoicos.

–La verdad es que solo he leído sobre Epicteto.

–Soy de las personas que piensan que para conocer la verdad sobre algo se debe valorar qué es lo que tiene a favor y qué en contra.

Me fijé en sus ojos, además de hermosos, desprendían una gran sinceridad. Te miraba directamente sin parpadear y sin temor a que tú pudieras leer en ellos. Sonrió.

–¿Por qué me miras de esa forma?

Sentí cómo los colores subían a mi rostro.

–Perdóname, no me he dado cuenta. Por un momento me he dejado llevar por mis pensamientos.

–No te preocupes, era broma. Te sugiero que estudies y escribas sobre los dos. Sería muy interesante.

–Por supuesto, me parece una gran idea.

–Mañana viernes iré a ver a Carlota. Vive en un pueblecito en la montaña. El paisaje que lo rodea es maravilloso, con riachuelos y arboledas. Transmite una gran paz espiritual. ¡Podrías acompañarme! Es un sitio ideal para pensar y empezar allí a escribir.

Me quedé sorprendida por su generosidad y sus deseos de ayudarme.

–¡No sé qué decir, Alba! Me siento muy halagada por tu ofrecimiento. Lo que ocurre es que mi madre posiblemente no aceptará.

–No te preocupes. Me la presentas y yo la convenceré. Sé lo que estás pensando. ¿Por qué me preocupo tanto por ti? Verás, desde el primer momento me di cuenta de que eras una bella mariposa atrapada en una tela de araña, como me ocurrió a mí. Ya te dije que tuve la gran suerte de que, además de la ayuda de mi madre, tuve la de Carlota. Ella fue el bálsamo que terminó curando mis heridas.

Mis ojos se humedecieron.

–Por favor, no llores. Ya verás como consigues superar esta pesadilla. Solo necesitas que alguien sostenga tus manos y quiero hacerlo yo porque te comprendo, porque sé lo que duele. Solo cuando pasamos por las mismas situaciones que los demás es cuando nos damos cuenta de la magnitud de las mismas.

En esos momentos sonó mi móvil, era Laura. Sentí una opresión en el pecho e instintivamente miré a Alba.

–Contesta la llamada, no pasa nada. Voy hacer café.

Se levantó del sofá y se dirigió a la cocina.

–Hola, Laura, ¿qué tal estás?

–Perfectamente, mi palomita. Mañana regreso de París para pasar el fin de semana y me encantaría quedar contigo.

Me puse nerviosa. ¿Qué debía hacer después del generoso ofrecimiento de Alba? Sabía que irme con ella me sería de gran ayuda pero sentía unos deseos terribles de ver a Laura, de estar con ella. Oí la voz de Alba:

–Ana, ¿quieres el café solo o con leche?

Su voz me hizo volver a la realidad y comprender que no podía quedar con Laura. Tapé con mi mano el altavoz y contesté:

–Con leche, gracias, Alba.

Quitó la mano del teléfono para poder seguir hablando y puse el manos libres para que Alba escuchara la conversación.

–Lo siento, Laura. Mañana tengo que ayudar a mi madre con la limpieza del chalet.

–¡Venga, Ana! ¿Me vas a dejar tirada por la limpieza de un chalet? Además llego mañana por la noche.

–Ya, pero es que tengo que acostarme temprano. Suelo trabajar el sábado y el domingo.

–No sé por qué no me creo lo que estás diciendo. Si me estás evitando dímelo claramente. ¿Ya has encontrado a mi sustituta? Te advierto que no consiento que me planten y suelo ser muy vengativa con quienes lo hacen.

Su voz sonaba alterada, daba la sensación de estar desquiciada. Ni siquiera me había dado cuenta de que Alba estaba a mi lado con el café. Me hizo un gesto de silencio con el dedo.

–Déjala, Ana–me hablaba con un tono de voz bajísimo–. No quedes con ella, recházala de forma cordial.

–Ya hablaremos, Laura. Me coges ahora en la calle camino de la parada de autobús. Un beso.

No le di tiempo a contestar y corté la comunicación. Me tapé el rostro con las manos. Estaba a punto llorar, sentía dolor y tristeza mezcladas con la incertidumbre de si ella volvería a llamarme. Alba retiró mis manos.

–No sufras, Ana, es mejor así. Solo te hará padecer porque ella no puede dar la felicidad que no tiene. Se siente frustrada por lo que hubo de soportar con Juncal y en su corazón hay una lucha infernal entre el amor y el odio. Está prisionera de esa pasión y lo paga con las personas más débiles, con las que sabe que la aman. Existe ese tipo de

comportamiento y no solo en lo referido a parejas, también en otros ámbitos de la vida.

Al principio será duro pero lo superarás. Te haría muy bien que vinieras conmigo.

–Gracias, Alba. Tienes toda la razón, tengo que estar agradecida a Dios por haberte puesto en mi camino.

–No digas bobadas y tómate el café. Aún no es muy tarde, te llevaré a tu casa y podrás presentarme a tu madre para convencerla de que te deje ir de viaje.

Le sonreí.

–Mi madre es muy cabezona y desconfiada.

Durante el trayecto a mi casa no dijimos nada. Alba estaba concentrada en conducir ¿Por qué era tan generosa conmigo? ¿Realmente era una buena persona o me quería utilizar para acercarse a Laura? Cuando salimos del coche le advertí:

–Perdona a mi madre si dice alguna cosa inadecuada, a pesar de no ser muy mayor es muy conservadora.

–Por favor, Ana.

Mi madre al vernos entrar a las dos miró con curiosidad a Alba. Ella conocía a mis amigas de la barriada pero nunca las llevaba a casa.

–Mama, te presento a mi jefa–sonreí– y amiga Alba. Alba, ella es Adelaida, mi madre.

Ambas se dieron dos besos.

–Encantada de conocerte. Me tomo la libertad de tutearte porque veo que eres muy joven y también muy guapa –dijo Alba.

Mi madre sonrió.

–Muchas gracias, Alba, por supuesto que puedes tutearme. Tú también eres muy guapa. Me gustas, se te ve buena persona. Por favor, sentaos. ¿Queréis tomar algo, un refresco, café?

–Un café, por favor.

–Otro para mí, mamá.

No sé por qué me sentía feliz, contenta.

–Adelaida, además de venir a conocerte he venido a decirte que tu hija debe hacer un artículo y que eso servirá para que la cúpula del periódico valore si está capacitada o no para trabajar con nosotros –dijo y bebió un sorbo.–Mañana me voy a ver a mi abuela a un pueblecito que está perdido entre montañas y me gustaría, solo si estás de acuerdo, que tu hija me acompañara. Mi abuela es un erudita del estoicismo que es el tema que ha elegido Ana y podría serle de gran ayuda.

Mi madre me miró con expresión de incredulidad. Yo nunca había salido de casa ni siquiera para ir a la de una amiga.

–La verdad, mamá, es que me vendría muy bien. No solo ya para el trabajo, también para empezar a acostumbrarme a salir a otros lugares.

Se hizo un silencio. Mi madre tosió nerviosa.

–Lo cierto es que es toda una sorpresa. Para una madre sus hijos nunca se hacen lo suficientemente mayores como para salir de sus hogares. ¡Estoy tan orgullosa de ti!

–Mamá, por favor–la interrumpí–, vas hacer que me sienta avergonzada.

–No, hija, nunca te lo había dicho y ahora no me importa hacerlo delante de Alba, a la que tengo que agradecer su generoso ofrecimiento y que acepto de todo corazón y con gratitud.

CAPÍTULO XVI

Estaba terminando un artículo y solo faltaban unos minutos para la hora de salida. Laura no había vuelto a llamarme. Me preguntaba qué pensamientos pasarían por su cabeza. Había cogido el móvil más de una vez para contactar con ella y no sé qué fuerza, quizás mi Dios, me hacía dejarlo. El hecho de irme con Alba mantenía entretenida mi mente y me ayudaba a olvidar a Laura, aunque en mi interior sabía que si me la llegaba a encontrar no podría resistir su influjo. Me había llevado la maleta al trabajo para que Alba no perdiera tiempo en ir a mi casa. Me asomé por los ventanales y me quedé helada, allí estaba Laura recostada en su coche. Llevaba unos pantalones muy ajustados por encima del tobillo, se la veía preciosa. Estaba segura de que me esperaba. Me invadieron unos terribles deseos de ir a su encuentro, estrecharla entre mis brazos y besar sus dulces labios.

–Ahí la tienes, te está esperando.

Me volví, Alba sonreía.

–Podría ser a ti, ¿no?–respondí.

–Oh, no–sonrió–, me lo habría dicho.

– A mí tampoco me ha dicho nada.

–Te querrá dar una sorpresa. Tú decides, Ana.

–Por supuesto y decido irme contigo. Te agradecería que saliésemos por la puerta de atrás.

Sonrió.

–Por supuesto.

Montada ya en el coche no podía evitar que mi cuerpo temblara. Alba me miró y sonrió con tristeza.

–¡Vamos, Ana, tú puedes! ¡No te vengas abajo, lo conseguirás! Verás lo bien que lo pasaremos. Carlota es la persona más atípica que puedas encontrarte. A pesar de tener ya setenta y cinco años posee una jovialidad envidiable.

–Perdóname y gracias por tener tanta paciencia conmigo.

Conecté la música y decidí dejarme llevar por aquellas melodías suaves y relajantes.

Llegamos a la ladera de una gran montaña.

–Mira hacia arriba, Ana. ¿Ves ese pueblecito lleno de casas blancas? Una de las fincas de alrededores donde vive Carlota.

–Es preciosa la vista.

Nos paramos delante de una cancela que estaba abierta. La finca parecía enorme.

–Como es habitual nunca se cierran las puertas.

Al irnos acercarnos pude ver a una señora mayor de pelo blanco que nos saludaba con las dos manos. A su lado estaba un hombre que debía de ser un trabajador de la finca. Alba salió del coche y corrió para fundirse con su abuela en un cariñoso abrazo.

–¡Mi querida niña, qué de tiempo! Pensé que ya te habías olvidado de mí.

–Pero, Carlota, si no ha pasado tanto tiempo desde la última vez que vine –se giró hacia mí–. Ven, Ana, te voy a presentar a la persona más estupenda y original que hayas conocido en tu vida y a la que quiero con locura.

–¡Vamos, chiquilla, ven a darme un abrazo! Las parejas de mi nieta son para mí de la familia.

Alba se echó a reír.

–Por favor, Carlota, Ana no es mi pareja, es una gran amiga.

–Había creído que sí. Ya ves, los años no pasan en balde.

Alba se dirigió entonces al hombre que estaba junto a su abuela.

–Pedro, ¿qué tal tu mujer y tu hija?

–Señorita Alba, están muy bien, gracias. Ahora saldrán a saludarla.

–Por favor, no me llames señorita.

Entramos en la casa y aparecieron la esposa y la hija de Pedro. A la mujer, que rondaría los cincuenta, se la veía más envejecida que a él, no tanto por los años sino porque parecía haber sufrido mucho. La chica tendría alrededor de veinte años y daba la sensación de que tenía una pequeña discapacidad. Ambas se aproximaron y nos besaron.

–Había preparado una sola habitación –dijo Carlota– pensando que ella sería tu pareja.

–Por mí no hay ningún problema en compartir la habitación –comenté. Alba pareció titubear pero al final no dijo nada.

La habitación era preciosa. Estaba decorada al estilo rústico pero con todas las comodidades de ahora. Tenía hasta un cuarto de baño propio. Me asomé a la ventana y vi que el paisaje era maravilloso; bosques, llanuras y pequeños riachuelos. No solo era el aire el que daba frescura, las vistas me llenaban de paz y sosiego.

–¿Qué te ha parecido Carlota? ¿Y del resto qué me dices, te agrada todo?

Me volví y la miré. Pude ver que se había duchado porque estaba envuelta en una toalla.

Tenía el pelo mojado y le caía por su espalda desnuda.

–¡Oh, Alba, todo es perfecto, maravilloso! Carlota me ha parecido una mujer admirable y franca. Me ha caído muy bien. ¡No me esperaba que pudieran existir personas y paisajes tan bellos!

Alba se echó a reír.

–Anda, dúchate. He sido una maleducada, debería haberte dejado ser la primera.

–Por favor, no tiene importancia.

Más tarde llamé a mi madre. Le dije que estaba encantada, contenta y feliz pero que la echaba de menos. Se echó a reír y me dijo que era una mentirosa.

A la llegada de la noche, sentadas Alba y yo en un balancín y Carlota en una hamaca, mirábamos un cielo lleno de estrellas que parecían hacernos guiños y unirse a nosotras.

–La belleza de la naturaleza es infinita. Mirad esas estrellas tan lejos y a la vez con sus reflejos tan cerca, ¡son maravillosas! Cómo iluminan nuestras noches de forma tan generosa sin pedirnos nada a cambio.

–Carlota, sigues siendo la romántica de siempre –bromeó Alba.

–Oh, sí, mi querida niña, no puedo evitar serlo. Creo que lo he demostrado con mi forma de vivir la vida.

Me encontraba maravillada por la complicidad con la que se hablaban. Carlota me miró sonriendo.

–Alba, creo que antes de irnos deberíamos contarle a Ana mi historia.

–Como tú desees. Por cierto, ella tiene que escribir un artículo para poder quedarse en el periódico y ha querido hacerlo acerca del estoicismo ¿Podrías ayudarla?

Carlota abrió una cajita de madera que había encima de una mesa. Sacó una pipa y una bolsita con tabaco. Me quedé sorprendida viendo la gran habilidad con la que llenaba la pipa y luego la encendía. Después de exhalar una bocanada de humo dijo:

–Mi niña, por supuesto que sí. Pero antes de hablar de los estoicos podríamos hacerlo del juicio de Sócrates. Así podremos introducirnos en lo que es el arte de la filosofía y entender a sus predecesores, aunque sus doctrinas para llegar al equilibrio y la verdad de lo que nos rodea sean distintas.

–Dame una calada –le dijo Alba–. Sabes que de pequeña me encantaba y me apetece recordar los viejos tiempos.

Carlota limpió la boquilla de la pipa y se la pasó a Alba. Esta dio una calada profunda y después de exhalar el humo la limpió y me la ofreció.

–Fuma un poco, ya verás lo bien que te hace sentir.

Hice lo que me pedía. Era cierto, tuve una sensación de calma.

–Bien, mis queridas, el filósofo para mí es esa persona que investiga cómo debería ser y actuar el ser humano a la hora de vivir la vida. Son rebeldes, no aceptan los estereotipos, buscan la verdad, el equilibrio. Sócrates es mi filósofo favorito por su valentía a la hora de defender sus argumentos. Era de origen griego y nació en el 399 antes de Cristo. Proclamaba la necesidad de conocerse a sí mismo pues al hacerlo adquirimos conciencia de nuestra ignorancia, fuente de toda culpa. Hacer cosas buenas

nos ayuda a sentirnos bien. Creía en la inmortalidad del alma y en una divinidad suprema que lo gobernaba todo, poniendo en entredicho la sabiduría de aquellos que se consideraban conocedores absolutos de la vida. Sócrates aseguraba: «*Solo sé que no sé nada*». Fue maestro de Platón y cuando le pidieron que se retractase de sus creencias e ideas él se negó y fue condenado a muerte; ese mismo día se tomó la cicuta. Antes le dijo a sus discípulos que no sintieran pena que él, ya que estaba condenado por la propia naturaleza.

Carlota se quedó en silencio y se llevó la pipa a los labios. Nosotras la mirábamos absortas. ¿Cómo era posible que tuviera tantísimos conocimientos y que a su edad no los hubiese olvidado? Me miró y me guiñó un ojo.

–¡Ah!, sé lo que estás pensando. Siempre me gustaron los libros, los buenos libros y mis neuronas son lo único que el tiempo no ha conseguido destruir. Decidme mis niñas, ¿qué os parece la doctrina de Sócrates?

Alba me miró dándome el privilegio de que empezara la primera.

–Estoy totalmente de acuerdo con sus creencias.

–Eso no me vale –dijo Carlota,– tendrás que argumentarlo.

La verdad es que pensaba que Sócrates tenía toda la razón, pero al intentar explicarlo no encontré las palabras. Alba se percató de mi azoramiento y se adelantó.

–Primero lo haré yo. Centrándome en su criterio sobre conocernos a nosotros mismos creo que es eso lo que nos hace entender lo que sabemos y lo que ignoramos. Considero que es nuestra ignorancia la que nos lleva a cometer errores. Me resulta curioso que él creyese en la inmortalidad del alma y en una divinidad superior que lo gobernaba todo.

Referente a «*solo sé que no sé nada*», creo que los enunciados de Sócrates

podría deberse a que llegó a la conclusión de que cuanto más se profundiza sobre las cuestiones que mueven la rueda del mundo más caminos se abren y más difícil es llegar a la propia realidad. Debía de tener un alma generosa al considerar que el ser humano es bueno. Por mi parte creo que hay dos tipos de seres humanos, los que son buenos y los que actúan con maldad.

–¿En qué te basas para decir esto último? –preguntó Carlota.

–En algo tan sencillo que puede causar estupor; en que tiene que existir la maldad y la bondad y que van unidas al igual que la vida y la muerte. O como otras tantas cosas, la risa y el llanto, lo dulce y lo amargo... No se conocería lo uno sin lo otro.

–Por lo que llegaríamos a la conclusión de que todo es relativo –argumentó Carlota.

– sí es, soy una defensora a ultranza del relativismo –contestó Alba.

Por la expresión de mi mirada Carlota debió de intuir que yo desconocía lo que era el relativismo.

–El relativismo, mi querida Ana, sostiene que los puntos de vista no pueden ni tienen que llegar a poseer verdad ni validez universal, sino que solo la tienen de una forma subjetiva encuadrada en diferentes marcos de referencias.

–Considero –siguió argumentado Alba– que es cierto porque no conozco nada demostrable al cien por cien a excepción del campo de las matemáticas. Lo único que creo que es absoluto es Dios.

–Efectivamente Dios tiene que existir, lo demuestra la historia –dijo Carlota–. Aunque la interpretación que hacen sobre su mensaje podría suponerse relativa.

–Creo que también –añadió Alba– deberíamos tener en cuenta que Él está por encima del mundo y del universo y que no nos habrá otorgado la inteligencia suficiente para entender ciertas cosas. Quizás no solo por Él sino por el impacto que tendría en nosotros mismos.

–En fin, dejémoslo por hoy, mis queridas niñas. Además creo que estamos aburriendo a Ana.

–No puede aburrirse, Carlota. Tiene que hacer un magnífico trabajo y todos estos conocimientos le vendrán muy bien.

–Por supuesto, estoy muy agradecida de poder tener esta información sin tener que ir a buscar en Google –dije bromeando.

Carlota sonrió.

–Con Google hay que tener cuidado y ver de dónde proviene la información de las fuentes. Mis queridas niñas, los años nos pasan en balde, estoy agotada.

Nos levantamos cuando ella lo hizo. Carlota se acercó a Alba y la besó cariñosamente en la frente. Vino hacia mí e hizo lo mismo.

–Buenas noches, espero que tengáis un buen descanso.

Sentí sana envidia. Cuánto habría dado yo por tener una abuela y que hubiera sido como Carlota. En la habitación me acerqué a la ventana y miré a un cielo donde el resplandor de las estrellas iluminaba la noche.

–Carlota impacta –dijo Alba. La miré y sonreí.

–Te doy las gracias de todo corazón por haberme hecho participar de un día maravilloso. Te diré que me siento feliz como nunca. No lo había sido hasta ahora

aunque con mi madre también he tenido momentos de gran alegría. Carlota es magnífica, siempre la recordaré como recordaré estos momentos compartidos con vosotras.

CAPÍTULO XVII

Nos levantamos temprano y después de un copioso desayuno de tostadas con mermelada y mantequilla caseras, nos fuimos a dar una vuelta por el prado. Alba quería que disfrutásemos del aire puro que se respiraba, que contempláramos la belleza de las flores silvestres. Me incliné para arrancar una pero ella me lo impidió.

–No, Ana, déjala. Solo acaríciala, siente la suavidad de sus pétalos y quédate en tus pensamientos con su imagen. Ellas también están vivas y no tenemos derecho a segar sus vidas.

Nunca lo había visto de esa manera y ella tenía razón.

–Lo siento, Alba, a veces no somos conscientes del daño que podemos causar.

–Vamos, te enseñare el huerto, el gallinero y el granero.

Después de disfrutar viendo un huerto sembrado de verduras, hortalizas y legumbres, un gallinero lleno de gallinas entre las que se paseaban altaneramente dos gallos y un granero con los aparejos de labranza y sacos llenos con los frutos de la cosecha, nos dirigimos hacia una arboleda y allí nos sentamos en unas rocas, cansadas y felices. Por unos momentos nos olvidamos de todo lo que nos producía estrés y preocupaba.

Regresamos, relajadas y felices. Sentada a la mesa, Carlota nos esperaba con una alegre sonrisa

–Qué cara de felicidad traéis. Mirad la tortilla que os ha hecho Antonia con los huevos de nuestras gallinas. Nada que ver con esos que compráis en los centros comerciales.

Tenía toda la razón, tampoco aquellos tomates y lechugas del huerto tenían nada que ver. Todo estaba muy sabroso y muy rico.

–Carlota, aunque me llames pesada tienes que ayudarnos con los estoicos. Yo moralmente no debo ayudar a Ana, pero tú sí puedes.

Ella sonrió.

–Qué forma de evadirte de tu culpa. No olvides que formo parte de tu familia y tú eres quien me está pidiendo que le ayude. No seas pillina.

Alba esbozó una sonrisa e insistió:

–Sé buena y hazlo tú.

–Está bien pero me tenéis que dejar descansar un ratito. Después nos iremos a mi pequeña biblioteca y allí con un café y un licorcito hablaremos sobre ello.

Estábamos viendo un reportaje sobre los bosques del Amazonas y de cómo estaban siendo talados sus gigantescos árboles cuando Antonia nos dijo Carlota nos esperaba en la biblioteca con los cafés y los licores. Me quedé sorprendida al ver tantos libros de diferentes tamaños colocados en estanterías de madera maciza. Detrás de una mesa de madera noble, sentada en un sillón de cuero, estaba Carlota. Encima de la mesa nos esperaban dos cafés, unas copas y varias botellas.

–Ahí tenéis los licores y los cafés, mis niñas, cuando queráis empezamos.

–Gracias, Carlota–le dije–. Si estás de acuerdo podríamos comenzar por los estoicos.

–Los estoicos –bebió un sorbito de café–. Se ha discutido mucho sobre su doctrina, con unos a favor y otros en contra, como es el caso de Epicuro. El primer pensador estoico fue Zenón de Citio; Ana, por favor, mira la fecha en Google. Creo que era griego. Decía que había que llevar una vida virtuosa y aplicando la razón, es decir, de acuerdo con tu naturaleza.

–Nació en el 336 antes de Cristo y efectivamente era griego.

–Muy bien, Ana, gracias. Los estoicos distinguían entre la lógica, donde defienden que todo conocimiento viene a través de los sentidos y que no hay ideas innatas. La física, representada por el fuego como fuerza creadora que conforma todo y se rige por leyes que van inherentes al universo, no dejando nada fuera de ellas. Nada escapa al destino universal y todo es inevitable por las leyes divinas–continuó–.El ser humano también se rige por estas leyes y, conforme a la ética estoica, debemos abandonarnos a ellas para acercarnos a la divinidad y apartarnos de la pasión y los sentimientos. Para esto hacen falta técnicas, armas para luchar contra ellas–los ojos de Carlota brillaban de emoción–.La vida es una escuela y los seres humanos hemos venido a aprender. Ellos no creían ni en la suerte ni en el azar o la coincidencia y la casualidad. Sí en la causalidad, en la relación causa-efecto. Otros filósofos siguieron su doctrina, como Epicteto, Séneca o Marco Aurelio. ¿Estoy en lo cierto, mi querida Alba?

–Oh, sí, desde luego lo has descrito perfectamente. Ellos basaban sus principios en el control de las opiniones, los deseos o las aversiones siempre dentro de unas circunstancias y un contexto. Por ello hay que aprender a manejar nuestras limitaciones y lo que no podemos controlar, lo que no depende de nuestras acciones tales como el cuerpo, la reputación y la honra.

Alba dejó de hablar tomó su copa y bebió.

–Mi querida nieta, ¿cuáles son tus criterios?

–La verdad es que no me considero capacitada para rebatir las opiniones de personas tan inteligentes y que parecen tener el don de la sabiduría, sin embargo lo que sí veo es que

nos dan muchas pautas a seguir pero no nos aclaran mucho cómo se pueden llevar a efecto.

–¿Qué opinión tienes tú, Ana?

La pregunta de Carlota me cogió desprevenida. Lo cierto es que a mí me encantaba oír las hablar y no estaba haciendo ningún tipo de análisis de lo que decían. Ahora tendría que demostrar mi grado de inteligencia y sabía que eso sería muy valorado por parte de Alba. No debía refugiarme en nuestra amistad y dejar que ese hecho influyera. Tenía que hacer un análisis que llenara los espacios en blancos que quedaban entre renglón y renglón.

–Estoy de acuerdo con lo que dice Alba, sin embargo considero que en el campo de la filosofía quizás tendríamos que ser nosotros los que buscásemos los caminos para llevar a la práctica todo lo que los eruditos nos dicen. Yo diría –continué– que para sabernos controlar deberíamos haber recibido una educación muy disciplinada desde nuestra niñez. Deberían habernos enseñado a valorar lo que tenemos y hemos adquirido con honradez y moderación y no a llenarnos de lo que nos gusta y nos da placer. Tendríamos que aprender a aceptar que no lo sabemos todo ni somos conocedores de las verdades absolutas. Ser más humildes y potenciar nuestra razón, incluso por encima de nuestros sentimientos.

La expresión de los ojos de Alba era de gran sorpresa. Carlota encendiendo su pipa y dando una gran calada sonrió.

–Tu amiga tiene una inteligencia brillante, creo que te supera.

–Me he quedado alucinada –sus ojos mostraban una expresión de alegría–. ¡Magnífico, Ana! Yo también demostraré a Carlota que tengo una inteligencia brillante como tú. Me

remitiré a las cosas que ellos decían que no dependen de nuestras acciones; el cuerpo, los bienes materiales, la reputación o la honra.

–¿Qué deberíamos hacer para controlarlas? –preguntó Carlota con cierto tono de ironía.

–Analizar –respondió Alba–el valor que tienen para nosotros las acciones de los demás. Tendríamos que fortalecer nuestra autoestima y actuar con prudencia. Por muy difícil que sea debemos aceptar los actos de quienes nos maltratan, nos critican y nos hacen sufrir como una simple crítica, no como un hecho. Y sobre todo debemos apartarnos de ellos –hizo una pequeña pausa y continuó–. En lo referente a los bienes debemos comprender que hoy nos puede ir muy bien y tener un alto status económico y mañana podríamos estar en la ruina, así que cuando vengan los años de bonanza no debemos dejarnos llevar por la alegría y el dispendio. Tenemos que saber guardar para cuando tengamos años de precariedad económica y de esta manera nos apenemos y caigamos en la desesperación. Hay que saber conformarse con lo que la vida nos entrega y tener la esperanza de que todo mejorará –bebió para aclararse la voz–. En lo referente a las enfermedades deberían empezar a enseñarnos desde la niñez que el cuerpo tiende a enfermar, unas veces por desgaste físico, otras por genética y otras por los malos hábitos en nuestra alimentación y costumbres.

Carlota la miró con orgullo.

–¡Maravilloso, mi querida niña! Ahora seguiré yo. Los estoicos además hablan de emociones constructivas: la alegría, el amor y la felicidad. También lo hacían sobre las destructivas; la rabia, el odio o el miedo. ¿Cómo potenciar unas y desechar otras? Todo consiste en conseguir que solo se queden en emociones y no convertirlas en sentimientos.

Alba sonrió con una expresión escéptica.

–Es fácil decirlo pero nosotros funcionamos con emociones y sentimientos y dependemos de la intensidad de los mismos.

–¿Funcionar Eso nos remite a lo que hemos expuesto anteriormente sobre controlarnos?–dije yo.

–Si te das cuenta, Ana, todo se basa en el control sobre nosotros mismos; control de sentimientos, control de emociones. Considero que eso nos llevaría a ser fríos, como así definen muchas personas al estoico.

–Yo difiero contigo en eso. No hay por qué considerar que eso es ser frío, solo equilibrado. La mayoría de los seres humanos se dejan arrastrar por el sexo y el poder. Si nos fijamos en los animales ellos tienen sus épocas de apareamiento, lo que significa que no viven constantemente controlados por sus deseos sexuales. Tienen un solo jefe en la manada que dirige y coordina al resto para proteger a los que son más pequeños y débiles –continué cada vez más segura–. Debemos aprender de los animales que van en manada. Ese instinto de grupo nos demuestra cuál es la mejor forma de protegerse pues la unión hace la fuerza. Somos tan orgullosos como para no ver en ellos ejemplos de vida.

Carlota aplaudió con énfasis mis palabras. De pronto tomé consciencia de mi contradicción.

–Lo siento, me he dejado llevar y debo decir que tampoco es que cumpla estas ideas a rajatabla.

Alba sonrió.

–No te sientas mal por ello, ni tú ni muchas personas cumplimos las reglas que aplicamos a los demás.

–Es cierto y me pregunto por qué aun reconociendo lo que deberíamos hacer bien no lo hacemos.

–Muy sencillo, Ana –contestó Alba sonriendo–, porque no somos fríos sino ardientes.

–Mis niñas, ha sido maravilloso vuestro análisis. Aunque queda todavía mucho por analizar deberíais aprovechar vuestra estancia en estos maravillosos lugares. Os quedan ya muy pocas horas para iros a la gran urbe.

–Podríamos caminar hasta la arboleda–dijo Alba.

–Como tú quieras –respondí.

Caminábamos en un silencio que no pude evitar romper.

–Qué gran suerte tener una abuela tan inteligente y maravillosa.

Alba sonrió.

–Sí, ella ha sido un gran soporte para mí como ya te he comentado. Mi madre por supuesto que también, pero a ella no me he atrevido a hablarle sobre mi bisexualidad. Sin embargo a Carlota le he contado todo lo que me ha ocurrido en la vida y he tenido la gran suerte de que siempre me dijo la frase adecuada y me regaló un amor inmenso en el que refugiarme.

–Tampoco yo se lo he dicho a mi madre.

Se sentó apoyada en una roca y con sus manos acariciaba la hierba seca. La luz del sol jugaba con sus rubios cabellos haciendo que el color de estos adquiriera distintas tonalidades doradas. Era una bonita imagen.

–Alba, ¿por qué no le hemos dicho a nuestras madres que estábamos enamoradas de una mujer? Si hubieran sido chicos lo habríamos dicho. Creo que somos nosotras mismas quienes nos echamos tierra encima aunque queramos demostrar que no nos importa–dije con tristeza–. Realmente lo digo por mí porque, aunque he pretendido no dar importancia al hecho de haberme enamorado de una chica, no me he atrevido a decírselo a mi madre.

–No tenemos culpa de ello. Nos atacan diariamente asegurando que no somos normales, que estamos enfermas. A lo largo de la historia hemos podido ver a millones de hombres y mujeres cuyas vidas se truncaron simplemente por ser homosexuales; perseguidos, juzgados y ajusticiados por tener una condición distinta a la norma –Alba siguió–. Jesucristo, en su parábola sobre la castidad voluntaria, dice que nacemos con ciertas condiciones establecidas en el vientre de nuestras madres. ¡No es justo! ¡No somos culpables de haber nacido diferentes a lo que esa gente considera normal! Yo me considero cobarde, muy cobarde por mantener oculto lo que siento.

–Lo cierto, Alba, es que nunca me había planteado por qué empecé a sentirme así hasta que me enamoré de Laura y ni siquiera he profundizado sobre ello. No solo no se lo he dicho a mi madre, tampoco lo he comentado con nadie a excepción de ti.

Ella me miró a los ojos, sonrió y se levantó.

–Vamos a dar un paseo y dejemos de pensar. A veces es mejor dar un descanso a nuestra mente. ¡Disfrutemos del paisaje!

Después de haber cenado nos sentamos en el porche. Se podía palpar nuestra tristeza, solo nos quedaban unas horas para partir hacia la ciudad.

–Alba, ¿no le has contado a Ana mi historia?

–No, Carlota, he considerado que deberías ser tú quien lo hiciera.

Carlota me miró, encendió su pipa y dejó que el humo saliera despacio por su nariz.

–¿Sabes, Ana, que las tres compartimos la misma condición? A pesar de que me casé siempre sentí que me faltaba algo y eso que mi difunto esposo era un ser maravilloso que me amó con locura. Ese amor culminó cuando me quedé embarazada y tuve a mi pobre Carlos, el padre de Alba, y digo pobre por lo joven que murió. ¡Ojalá nuestro Dios me hubiera llevado a mí antes que a él!

En sus ojos brillaron las lágrimas.

–Vamos, Carlota no sufras–dijo Alba levantándose y abrazándola–, ya hace tiempo que todo pasó.

–Sí, mi querida niña, pero la muerte de un hijo es lo más terrible que te puede suceder. En fin, no quiero disgustaros. Todo era perfecto, todo era pleno. Julián, mi marido, era un prestigioso constructor. Solía portarse muy bien con sus empleados. Cierta día me llamó por teléfono diciendo que había contratado a una arquitecta que venía de fuera. Me preguntó si me importaba que la llevara a comer a casa. Por supuesto acepté.

El brillo de sus ojos pareció apagarse.

–A mí me causaba asombro que una mujer unos años menor que yo hubiera elegido semejante profesión, ¡que tontería! Andrea resultó ser un encanto de mujer y a pesar de eso estaba soltera. Julián tenía muy buenas referencias sobre ella, así que la contrató para que se hiciera cargo de la construcción de un edificio. Andrea empezó a formar parte de nuestras vidas. Los momentos que pasábamos juntas eran maravillosos y quería con locura a Carlos. Su amistad y su compañía hicieron posible que Julián se animara a viajar más para adquirir nuevos terrenos y construir en ellos – Alba y yo seguíamos con

atención su historia—. Andrea nunca hablaba de hombres ni de parejas que hubiera tenido. Empecé a darme cuenta de que la añoraba cuando no estaba. Disfrutaba más con ella que con Julián. Decidí que ya que vivíamos en una casa tan enorme se mudara con nosotros.

Dejó la pipa y miró hacía las estrellas.

—Amor mío, pronto estaré a tu lado —dijo emocionada—. Sin ser consciente y ni siquiera percibirlo me fui enamorando de ella y pude intuir por su forma de comportarse que ella también me amaba. En fin, después de mucho sufrimiento, de no saber qué hacer y de muchas noches en vela, me armé de valor y se lo dije a Julián. Nunca olvidaré la expresión de su mirada, era una mezcla de sorpresa y dolor. Pensé que se dirigiría a mí con palabras de rechazo y de incompreensión por haberme enamorado de una mujer. Sin embargo solo dijo que se lo merecía, que no se había percatado de que había abandonado lo que más quería en este mundo y que alguien más listo que él lo había sabido aprovechar. Añadió que lo aceptaba y que no pondría impedimentos— se dirigió a nosotras—. Es curioso, mis niñas, cómo las personas suelen responder siempre de una forma diferente a la que pensamos. Se fue a vivir a un apartamento pero venía a comer, a jugar con Carlos y a compartir con nosotros tres su vida. Lo aceptamos como él aceptó que Andrea siguiese trabajando en su empresa. Un aciago día los dos se marcharon a una ciudad cercana donde él había comprado unos terrenos. Poco antes de llegar su coche cayó por un barranco y murieron.

Se quedó callada. En su silencio se leía un gran dolor.

—No quiero pensar mal, Señor—sus ojos se alzaron hacia el cielo—, no dejes que haga eso nunca. Así que dejé la ciudad y me vine a vivir aquí.

Alba parecía tener la mirada perdida. Yo estaba impactada, confundida. No encontraba palabras que decir. Ya en la habitación Alba se acercó a la ventana y dijo:

–Quizás en las estrellas estén las respuestas a muchas de nuestras preguntas. Ana, no te sientas mal por no entender, por no comprender. Yo ni entiendo ni comprendo a mi abuelo y tampoco quiero hacerlo. Carlota se niega a analizarlo pero creo que en el fondo se considera culpable de esas muertes– Alba seguía mirando por la ventana–. Cuando nos sentimos golpeados por el dolor siempre hay algún motivo o situación que nos hace dudar de nuestro comportamiento y nos sentimos culpables de lo que ocurre. Ya sea por un motivo u otro, lo que ocurrió no se sabrá jamás. Carlota solo quiso vivir su amor. No estoy en contra del matrimonio pero sí de que sea obligatorio por creencias religiosas. Considero que no se debe de obligar a nadie convivir con una persona que haya cambiado radicalmente de forma de ser– hizo una pequeña pausa–. Si queremos seguir casadas que sea porque amamos a esa persona a pesar de sus defectos. Pero también que podamos tener la opción de separarnos sin ningún tipo de costes, tanto materiales como morales. Por supuesto creo que deben existir condiciones como en el caso de tener hijos para que a ellos no les falte de nada. Otro factor a tener en cuenta es que en un futuro podríamos cruzarnos con otra persona y enamorarnos de nuevo.

Me incorporé de la cama y me dirigí hacia ella. Alba me miró, sus ojos brillaban por las lágrimas y llevándose mi mano a los labios la besó.

–Gracias, Ana, eres una buena chica. Vamos a dormir, mañana tendremos que preparar el equipaje y regresar a la ciudad.

CAPÍTULO XVIII

Llegó el momento de decir adiós. Creo que esa palabra siempre estará envuelta en la esencia de la nostalgia, la tristeza e incluso el dolor.

–Mis niñas, ya sabéis dónde tenéis vuestro segundo hogar. No me olvidéis. Ana –me dijo–, cuida de mi nieta. Con toda esa fuerza que parece tener es más sensible de lo que aparenta. Por cierto, no terminamos de hablar sobre esos filósofos tan brillantes, nos faltó Marco Aurelio. Indaga en sus obras, son muy profundas.

–¡Gracias, Carlota! –la estreché entre mis brazos–. Volveremos antes de lo que tú piensas. Me alegro de haber compartido contigo este tiempo que se me ha hecho tan corto.

Alba también la abrazó pero no le dijo nada. Al marcharnos miraba por la ventanilla, quería llevarme aquella imagen grabada en mi corazón.

–Alba, ¿volveremos, no?

Ella sonrió.

–Se nota que te has sentido feliz. Por supuesto, Ana, claro que sí. Le has caído muy bien a Carlota.

Conecté la música, quería dejar volar mi imaginación a través de las notas. De pronto sonó mi móvil, era Laura. Sentí una presión en mi pecho. No sabía si responder o no. Alba me miró por unos instantes.

–¿Por qué no contestas? ¿Es Laura, no?

–Sí y no sé qué hacer.

–Cógelo. Tienes que enfrentarte a ella, si no percibirá tu miedo y no te dejará en paz.

–Hola, Laura. ¿Cómo estás?

–Hola, cariño. Podríamos quedar esta noche para tomar algo, hasta mañana no me iré a París.

Al escuchar su voz sentí una dulce sensación. Puse el manos libres para que lo oyera Alba.

–¿Qué quieres, quedar para tomar una copa?–le pregunté a sabiendas de que era eso.

–¡Por Dios, Ana! ¿Estás boba? ¡Sí!

Alba hizo un movimiento de afirmación con la cabeza pero yo me resistía a aceptar. Se desvió a un área de servicio y paró el coche. Tapó el móvil con la mano y dijo:

–Ana, tienes que acudir a esa cita. Luego te lo explico Di que sí, por favor.

–De acuerdo, Laura. Si te parece bien a las siete.

–Perfecto, palomita, a las siete paso a recogerte.

Alba puso de nuevo el coche en marcha.

–¿Por qué me has hecho quedar con ella? No quiero.

–Ana, veces no se pueden eludir los problemas; el no afrontarlos te hará un ser débil.

Los problemas siempre retornarán y cuando lo hagan no estarás fortalecida para enfrentarte a ellos –me miraba fijamente–. Sé lo que sientes porque también me pasó a mí. Ella sabe cómo usar su gran atractivo y tiene un poder de persuasión infinito a la hora de salirse con la suya. No se dará por vencida y a las pruebas me remito con lo sucedido el viernes pasado. No soporta no poseer lo que ella quiere.

–Es qué realmente no sé cómo voy a reaccionar.

–No podemos anticipar nuestras reacciones por mucho que lo intentemos. Siempre aparecerá un nuevo factor que te desorientará, así que creo que antes de actuar deberíamos prever las distintas consecuencias. Lo que ocurre es que hay veces que carecemos de ese tiempo y tenemos que actuar sin margen de maniobra.

El solo hecho de saber que me iba a encontrar con Laura me desequilibraba y me hacía sentir nerviosa al tiempo que unos deseos incontrolables de estar de nuevo en sus brazos me poseían. Permanecimos calladas hasta llegar a mi casa, Alba salió del coche para abrir el maletero y darme la maleta. Sonrió.

–¡Qué expresión en tu mirada! No te preocupes, ya verás como todo sale bien.

Se acercó a mí y me dio un beso.

–¡Suerte! Cuando quieras puedes llamarme.

–Gracias, Alba. ¡Muchísimas gracias por unos días tan magníficos y por apoyarme y ayudarme!

Me quedé mirando cómo se alejaba el coche y me sentí abatida. Los momentos compartidos con ella habían estado llenos de paz, tranquilidad y felicidad. Cuando entré en casa mi madre había llegado ya de su trabajo.

–¡Ana, cariño, qué alegría! ¡Qué aspecto tan saludable tienes!

Me estrechó fuertemente entre sus brazos.

–¡No sabes cuánto te he echado de menos!

Sonreí.

–Yo también a ti mamá. La verdad es que me lo he pasado muy bien. He tenido mucha tranquilidad y también he aprendido mucho con la abuela de Alba, ¡es una mujer magnífica!

–Vas a hacer que me sienta celosa.

Sonreí.

–No, mamá, no te preocupes ¿Y cómo que estás ya en casa?

Su semblante se ensombreció.

–No quería decirte nada para no disgustarte–sus ojos se llenaron de lágrimas–. Rodrigo ha caído en una profunda depresión y se lo han tenido que traer del seminario. Los señores quieren que estemos lo menos posible por el chalet para que no veamos lo que está sucediendo.

Sentí una mezcla de dolor y pena. Mi madre me miró queriendo leer mis pensamientos

–¿Qué es lo que le habrá ocurrido a ese niño para llegar a semejante estado?

Creo que intuyó que yo lo sabía pero que nunca traicionaría la confianza que Rodrigo había depositado en mí, ni siquiera con ella.

–Algo terrible tendrá que haberle ocurrido –insistió.– ¿Tú no sabrás nada, verdad, hija?

Me sentía mal por tener que mentirle pero seguía pensando que era lo que debía hacer y que ella sabría respetar mi silencio.

–No, mamá.

–Creo que le han ingresado en una de las mejores clínicas que hay para estos casos.

–Mamá, ¿tú crees que si voy a esa clínica me dejarían verle?

–¡Por Dios, hija, ni se te ocurra! A los señores no les haría ninguna gracia y claro que no te dejarían.

–Se lo pediré a doña Dolores, ella sí me llevará –insistí–. Por cierto, hace tiempo que no la llamo y me encantaría verla.

–¿Por qué eres tan cabezona, Ana? No debes sentirte obligada con esa señora.

–Haz el favor, mamá, no digas eso. Me voy a la ducha, he quedado con una compañera de la universidad.

No le di opción a poder decir nada y me fui directa al cuarto de baño. Después me puse un vestido muy ajustado que marcaba mis curvas y tenía un gran escote. El canal de mi pecho se veía demasiado. Mi madre puso el grito en el cielo.

Vi venir el coche de Laura que pegó un frenazo al llegar a mi lado. Yo ni siquiera moví un pie, si ella era borde yo también. Se bajó del coche, llevaba unos pantalones muy ajustados y una camisa estrecha que marcaba sus senos. Tenía recogido su bonito pelo en una coleta. Había adelgazado y a pesar del maquillaje le vi unas enormes ojeras.

–¡Qué borde te estás volviendo!–dijo riéndose–. ¡Estás guapísima!

Me estrechó entre sus brazos y besó fugazmente mis labios; todo mi cuerpo tembló.

–No hace falta que me digas cómo estoy, la expresión de tus ojos habla por sí sola.

–¡Oh, no, Laura! Tú también estás muy guapa.

Hizo un gesto irónico y entró en el coche.

–¿Qué tal todo? ¿Cómo se porta mi amiga?

No sé por qué decidí no contarle lo del viaje ni la intimidad que había alcanzado con Alba.

–Bien, me ha dicho que si hago un buen artículo sobre el tema que le planteé podrían contratarme como periodista.

–¿Has elegido ya la temática a tratar?

–El estoicismo –respondí.

Soltó una carcajada.

–¡Pero si tú te acercas más a la línea de Epicuro!

– Sí, quizás tengas razón y por ese motivo inconscientemente he virado a lo contrario.

– ¡Ay, qué profunda te has vuelto!

Por unos instantes aminoró la marcha y me miró.

–Ya está bien de intercambiar ideas. La cuestión radica en decirnos qué es lo que deberíamos hacer para conseguirlo. Me gustaría saber si esos filósofos llevaron a la práctica todo lo que dijeron o se quedaron a mitad de camino.

Me quedé en silencio. Laura había llegado a las mismas conclusiones que Alba, Carlota y yo.

–Sí, tienes razón. No basta con decir lo que tenemos que hacer, también deberían explicar cómo.

–Entonces algo falla. Si somos incapaces de decir cómo hacerlo podríamos llegar a desestabilizar más a la persona que tenemos delante y frustrarla. En fin, dejemos de filosofar y disfrutemos de unas horas locas.

Paró a las puertas de un restaurante y vinieron a recoger el coche. Ella me agarró de la mano diciendo:

–Vamos, cariño, no te dejes impresionar por las luces de neón.

El *maître* vino hacia nosotros sonriendo.

–Señorita, Laura, tiene reservada su mesa de siempre.

Nos llevó hasta una mesa situada en un lugar apartado e íntimo en la zona de fumadores. Retiró nuestras sillas para que nos sentáramos y nos entregó la carta.

–Eliges tú hoy, Ana.

Nos mantuvimos en silencio mientras comíamos. De pronto cogió mi mano y se la llevó a los labios.

–Te he echado de menos, ¿no sabes cuánto!

No podía creerle después de cómo nos había tratado a mí y a Alba. A pesar de ello no pude evitar responderle:

–Yo a también a ti.

Se echó a reír.

–Qué mentirosilla eres. Lo dices solo por educación.

–No, es cierto.

La expresión de sus ojos se oscureció.

–Tengo que decirte algo muy importante pero prefiero hacerlo tomando unas copas en mi apartamento. Debería haberme negado a ir porque sabía que haría todo lo que ella

me pidiera. No podía evitar sentir su influjo, una atracción que no controlaba. No comprendía cómo la vida me estaba vapuleando de esta forma; quizás fuese yo la culpable por consentirlo. Durante el trayecto a su apartamento no intercambiamos ni una sola palabra. Nada más entrar me estrechó entre sus brazos. Sentí arder mi sangre por el deseo de besar sus labios y de hacer el amor con ella.

–Ana, eres tan inocente y generosa y yo no soy buena para ti. A pesar de lo que te voy a contar no puedo evitar seguir queriendo a esa maldita mujer y la verdad es que no sé si por vicio o amor.

Sentía los celos mordiendo mis carnes.

–Por favor, ponte cómoda mientras voy a por unas copas –sonrió–, por supuesto la tuya sin alcohol.

Después de oír aquellas palabras sentí deseos de huir de allí, de no escucharla, pero por otro lado me moría por caer en sus brazos de nuevo. Regresó con las copas y un porro en la comisura de sus labios.

–Perdona, pero si no me drogo no tendré valor para contarte todo.

Después de darle dos profundas caladas dijo secamente:

–Tengo sida.

La copa se me cayó de las manos estrellándose contra el suelo.

–Por eso no estoy haciendo el amor conmigo. No quiero ser tan cabrona como quien me lo contagió a mí.

No podía contener mi temblor y me agaché para coger los cristales rotos.

–Ana, ahora los recojo yo.

–Por favor, si me traes una nueva copa–articulé atropelladamente–que sea con alcohol.

Se sentó un poco apartada de mí.

–No quiero acercarme mucho. Será una tontería pero no podría contener mi impulso de besarte y después hacer el amor contigo. Sobre mi enfermedad existen muchas leyendas aunque solo podría contagiarte a través de la sangre y de los fluidos vaginales.

–Lo sé, Laura. No me importa si me besas y, bueno, usando protección...

Sonrió con amargura.

–No, cariño. Verás, mis padres, para mantenerme callada y alejada, me llevaron a una de las clínicas más prestigiosas que hay en Estados Unidos para someterme al mejor de los tratamientos.

Podría haberse callado, podría no haberme dicho la verdad y sin embargo me lo había contado; eso demostraba que no tenía tan mal corazón.

–Sigues siendo igual de respetuosa, otra persona en tu lugar me habría asatado a preguntas. A mi manera te quiero y me siento unida a ti y creo que te debo una explicación. Mi relación con Juncal ha sobrepasado ya todos los límites, además de tóxica es perversa, y al final me empujó a hacer tríos con hombres.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y sentí un gran dolor que me oprimía el pecho.

–Había intentado dejarla miles de veces pero siempre volvía a sus brazos. Estando en París fue a verme en compañía de un chico y terminó por convencerme para hacer un trío. Una mañana al despertarnos vimos que nos había dejado una nota encima de la mesilla donde nos decía que éramos unas zorras y que tenía sida. Aparentemente se

había contagiado por culpa de una golfa que no se lo advirtió y en venganza afirmaba que se iba a dedicar a putear a todos. Nos decía también que nos hiciéramos las pruebas –bebió lentamente un trago–. En aquellos instantes tendría que haber cogido a Juncal y matarla con mis propias manos. Nos hicimos las pruebas, yo di positivo y Juncal negativo. Fue como si de pronto se hiciera la luz y viera mi auténtica realidad. ¿Para qué recriminar ya nada a nadie? Ni siquiera a ese chico, no valdría la pena. Somos la consecuencia de nuestras acciones y debemos ser lo suficientemente valientes para afrontarlas.

Me acerqué a ella y besé sus labios, el sabor era dulce y ardiente. Me devolvió el beso y sonrió con tristeza.

–Me llené de valor y rompí con Juncal. Nunca olvidaré su mirada llena de escepticismo y sus palabras: Volverás a mí y antes de lo que te imaginas, no olvides que la enferma eres tú. Te juro, Ana, que antes de volver con ella me pego un tiro con la escopeta de caza de mi padre.

Sentí un frío helado recorrer mi cuerpo al escuchar aquellas palabras. Ella tuvo que ver por la expresión de mis ojos el efecto que me había causado su historia.

–No te preocupes, intentaré rehacer mi vida. Pero no lo voy hacer contigo, no quiero que estés al lado de una enferma. Al menos no hasta saber qué posibilidades tengo y a qué me enfrento.

–¡Por favor, Laura, no hables de esa forma, no digas tonterías! ¡Yo te amo y quiero estar a tu lado! Hoy en día la medicina está muy avanzada.

–Cariño, tú me quieres pero no me amas. Eres una niña que acaba de soltarse de las faldas de su madre y yo solo te he deslumbrado. Me he me he introducido en tu vida arrasándola, invadiéndola.

–No solo son instintos sexuales–protesté. Su expresión se tornó seria.

–Pues lo siento, Ana–desvió la mirada de mis ojos–. Yo solo he sentido por ti deseo sexual. Eres muy sensual, muy niña y eso me da morbo. Te habría dicho que te quería para que no te sintieras mal.

Mientras hablaba se había vuelto de espaldas y miraba por los ventanales. Sentí un mazazo en el pecho. ¿Cómo podía ser tan cruel? Yo solo era para ella un objeto donde saciar su lujuria. Salí de allí sin decirle adiós antes de que pudiera ver cómo fluían mis lágrimas. Ella tampoco hizo nada por retenerme, ni se ofreció como otras veces para llevarme a casa.

Estuve dando vueltas sin ni saber ni dónde me hallaba. Vi una parada de autobús y me dirigí a ella. Antes de subir al autobús intenté tranquilizarme. Desde lo profundo de mi corazón le suplicaba a Dios que me tendiera sus manos porque aunque no me lo mereciese Él había ayudado hasta a los más miserables de la tierra. Cuando llegué al portal me propuse sosegarme, no quería que mi madre viese el estado en el que me encontraba.

Al entrar en mi casa vi que ella se había dormido en el sillón. Me sintió entrar y se despertó.

–Ana, cariño, qué mala cara tienes.

–Sí, mamá, creo que me ha sentado mal la cena.

–Vete a la cama que te llevaré una infusión de hierbas.

La infusión que me dio mi madre calmó mis nervios y me hizo caer en un cálido sopor que agradecí. Mañana sería otro día.

CAPÍTULO XIX

Me desperté cansada, como si me hubieran dado una paliza. Di un gran suspiro y me fui a la ducha. Dejé que el agua resbalara por mi piel con la esperanza de que se llevara mis pensamientos. Me puse delante del espejo y me maquillé cubriendo aquellas negras ojeras y perfilándome los labios.

Desayuné un café cargado y un par de tostadas. Salí de casa y me dirigí a la parada del autobús. Llegué al trabajo y me puse a ordenar los papeles de trabajo pero la cabeza no dejaba de darme vueltas. No consentiría que mi vida quedara destrozada y mi futuro arruinado. Tenía que olvidarla, era cuestión de proponérmelo, de arrancar y avanzar sin pensar en el pasado. Sería difícil pero no imposible. No debía dejarme llevar por el pesimismo o por la creencia de que no podría salir del pozo en el que me había metido. Hasta el bache más profundo se puede superar, todo es cuestión de querer hacerlo y de intentarlo, eso si tragándote las lágrimas y soportando el dolor o de lo contrario siempre seremos una marioneta de las circunstancias.

Recordé la doctrina de los estoicos, potenciar lo positivo y rechazar lo negativo.

Realmente en esa relación, ¿qué había sido lo positivo? Tampoco debía olvidar tan pronto lo que sentí por Laura y caer en los brazos de otra persona, no sería justo.

Debía poner todos mis sentidos en hacer un magnifico escrito para poder quedarme en el periódico e irme perfeccionando cada día más. Los pensamientos danzaban en mi mente y una preguntame golpeaba el corazón: ¿Por qué había seres que actuaban con tanta crueldad? El tiempo sería mi gran aliado pues en él terminan diluyéndose los sufrimientos más grandes y quienes nos los provocan.

Por fin llegó la hora de salida del trabajo, la mañana se me había hecho eterna. Al salir del edificio vi aparcado el coche de Alba. Ella desde dentro me hacía señas para que me acercara.

–Hola, Ana, he pensado que quizás te gustaría que fuéramos a comer a mi apartamento y habláramos del artículo. Lo tienes que presentar antes de que acabe la semana.

Mientras me hablaba evitó mirarme a los ojos y no me preguntó qué había ocurrido en mi encuentro con Laura. Durante el trayecto mantuvimos un discreto silencio. Al entrar en el apartamento me dijo:

–Ponte cómoda. ¿Quieres comer algo especial, estás a dieta?

–No, comeré lo mismo que tú.

Durante la comida estuvimos hablando del periódico y de cómo la prensa rosa estaba acaparando cada vez un mayor espacio mediático. Deseaba contarle lo de Laura pero me parecía traicionar la confianza que ella había puesto en mí. Al final no pude callarme por más tiempo y le dije:

–Alba, Laura tiene sida. Por favor, sé discreta porque no quiero que esto trascienda.

Las palabras me salieron de forma abrupta. Ella me miró directamente a los ojos.

–Vaya, lo siento y mucho. Por mi parte no habrá problemas, nunca cuento lo que me confían y menos aún algo de tal naturaleza.

–Perdóname, Alba, quizás no debería de haber dicho...

Ella interrumpió mis palabras:

No, Ana, he sido yo la que tendría que haberse expresado de otra manera. No sé si vas a tener en cuenta a Marco Aurelio.

Comprendí que daba por zanjado el tema de Laura.

– Por supuesto que le tendré en cuenta.

–Vamos –dijo levantándose y sonriendo–, ven conmigo a mi despacho. Siéntate, por favor, buscaré al famoso filósofo.

Cogió un libro de las estanterías, se sentó y lo abrió.

–Ya tengo algunas citas. Te las dictaré, empieza a copiar: «Todo lo que escuchamos es una opinión, no un hecho».

Se quedó en silencio mirándome.

–Bien –dije yo–, considero que es cierto y también se debería tener en cuenta quién es la persona que opina.

–Sí y fundamental además saber cómo actúa. La siguiente: «Si no es correcto no lo hagas». Es muy interesante este consejo, hay que darse cuenta de todo lo que puede abarcar. Si no es correcta la acción puede perjudicarnos.

–Por lo tanto –dije yo–, después no deberíamos llorar por las esquinas.

Sonrió.

–Como se dice vulgarmente, aplícate el cuento, Ana. Otra más: «La mejor venganza es ser diferente a quién te hizo el daño».

Sonriendo levanté rápidamente el dedo como si fuera una alumna en clase contestando al profesor. Alba se echó a reír.

–De acuerdo, mi querida alumna, usted dirá.

–Aunque me parece algo difícil de llevar a la práctica considero que es cierto que al portarnos de manera diferente a quien nos hirió–no pude evitar que mis ojos se humedecieran–estamos demostrando que tenemos mejor corazón que ella y dejamos en evidencia su comportamiento.

–Muy bien, Ana, vamos a por otra: «Un hombre no debería tener miedo a la muerte, debería tener miedo a no empezar a vivir nunca». ¿Quieres analizarla tú?

–No, gracias –dije sonriendo–, no quiero ser egoísta.

Alba soltó una carcajada.

–Si hemos venido a esta vida para vivirla deberíamos hacerlo afrontándola, disfrutándola sin miedos. Otra: «La vida de un hombre es lo que su pensamiento hace de él».

–¡Cómo eran de machistas! ¡Siempre el hombre!–dije bromeando–. Es cierto, aunque en parte considero que también la genética tiene algo que ver con nuestra forma de actuar, admito que los pensamientos pueden dirigir nuestros actos.

–La clave está –cortó Alba– en conseguir que esos pensamientos no nos calen tan hondo que se conviertan en nuestra realidad.

–¿Cómo crees tú que podríamos conseguirlo?

–La verdad es que no lo sé, Ana. Considero que cada persona es diferente a las demás hasta en el más pequeño átomo, por lo que no todo es aplicable a cada persona. Creo que una buena alternativa sería centrarnos en lo positivo que nos rodea, en nuestros

sueños, aunque quizás a otras personas les beneficiaría más tenerlos presentes. Debemos analizarlos a fondo e ir desmenuzándolos poco a poco.

–Qué complicado es todo.

–No, Ana, lo complicamos los seres que nos llamamos humanos. Fíjate en esta última cita que te voy a leer, es mi favorita aunque no estoy segura de si es de Marco Aurelio: «Dios mío, dame el valor para cambiar las cosas que quiero cambiar, la serenidad para aceptar lo que no puedo cambiar y la sabiduría para distinguir entre las dos».

Me quedé sorprendida por la gran sabiduría y hermosa humildad que encerraba aquella cita. Alba permanecía en silencio esperando que yo la analizase.

–Es una frase muy profunda, Alba. Tiene una sabiduría e inteligencia para mí insuperables; creo que no hará falta ni analizarla. Cada una de sus palabras es sencilla de entender, toda ella es una hermosa enseñanza y un valioso consejo.

Cerró con suavidad el libro y me miró a los ojos.

–Es todo más sencillo de lo que parece. Quizás sea por nuestra forma de complicarlo todo por lo que no veamos incapaces de ver su fondo. Todo consiste en educar nuestras formas exteriores e interiores; estas últimas son las que tendríamos que educar con más atención y esmero –dijo seriamente–. La mayoría de los filósofos se aferran a que el ser humano debería actuar desde la razón más que desde el corazón porque eso nos hará más equilibrados en nuestras actuaciones y decisiones. En fin, creo que esto puede ser el bonito final de tu artículo.

–Por supuesto que sí, es un magnífico final. No sé cómo agradecerte todo lo que haces por mí.

–Puedes agradecermelo empezando a madurar, a aceptar que no podemos conseguir todo en la vida y que quizás si lo consiguiéramos podría no ser como lo soñamos.

La miré a los ojos y entonces no pude evitar romper en un llanto.

–No te sientas mal por llorar, Ana, el llanto libera del dolor al alma.

Sequé mis lágrimas y me levanté del sillón.

–Gracias, Alba por estar ahí a mi lado dándome tanto calor y ayudándome a caminar de nuevo.

–Creo que me das más valor del que merezco.

–¡No, no, Alba! Podría ser que te de menos del que tienes.

Sin darnos cuenta había oscurecido.

–He sido una egoísta y no me he dado cuenta de la hora que es y mañana tenemos que madrugar.

–No te preocupes, he disfrutado mucho de este rato juntas. Ahora te llevaré a casa.

Durante el trayecto la observé con atención. Poseía una gran serenidad y reconozco que era muy bella. Se mantenía concentrada en conducir y no sé por qué me asaltó la duda de si ella estaría con alguien. Como solía ocurrirme no lo pensé dos veces y le pregunté:

–Alba, ¿tienes a alguien en tu vida?

Después de hacerle la pregunta me sentí avergonzada por mi atrevimiento. Me miró sonriendo y al ver cómo los colores habían aflorado en mi rostro se echó a reír.

–¡No pasa nada! Tu subconsciente te ha jugado una mala pasada. No, ni tengo a nadie en mi vida ni estoy enamorada. Aparte de mi relación con Laura en la adolescencia

estuve saliendo con un chico, nada serio –comentó tranquila–. Como ya te he dicho, antes de meter a alguien en mi vida le analizaré hasta las pestañas.

–Lo siento, he sido una impertinente.

–No, por favor, tú me has hablado de tus sentimientos, era lógico que quisieras saber algo de mí. Posiblemente me hubiese ofendido si no te hubieras interesado. Bueno, ya hemos llegado. ¡No te olvides del artículo, no queda mucho tiempo!

–No me olvidaré, Alba. ¡Gracias por todo!

Mi madre estaba despierta leyendo un libro, levantó la vista y dijo:

–Buenas noches, hija. Parece que tienes mejor color de cara ¿Te preparo algo para cenar?

–No, mamá, gracias. Ya he comido, no te preocupes.

Le di un beso y me dirigí a mi dormitorio. Aquella noche cuando alcé los ojos a las estrellas le di gracias a Dios por haber puesto a Alba en mi vida.

CAPÍTULO XX

Hay una cosa que aunque queramos pararse desliza como lo hace el agua por nuestros dedos y eso se llama tiempo. Gracias a eso las cosas se van dejando atrás y entran en nuestras vidas elementos nuevos que hacen posible que podamos olvidar lo que nos hizo sufrir.

Les encantó mi trabajo sobre el estoicismo y me quedé en el periódico. Sé que Alba tuvo que influir en ello. De momento me limitaría a clasificar las noticias, acompañar a algún periodista para hacer un reportaje y a lo que fuera surgiendo hasta que llegase mi momento de entrevistar a algún personaje importante.

Alba se había mantenido algo alejada de mí y nos veíamos solo en el trabajo. No había vuelto a tener noticias de Laura; de hecho una mañana al mirar su contacto la imagen de perfil había desaparecido. Me intrigaba saber si había eliminado o solo había bloqueado mi número. Me dije a mi misma que ese sería mi primer desafío, procurar no saber nada de ella y mucho menos llamarla. Me costó muchas lágrimas y noches de desesperación que me hacían morder las sabanas para no gritar de dolor, pero poco a poco lo iba superando. Los conocimientos adquiridos a través de la filosofía me ayudaron y también el que mi trabajo me tuviese totalmente absorbida. Mi madre se dio maña para que no volviera al chalet porque con mi sueldo tenía más que suficiente. Me dijo que Rodrigo parecía estar recuperándose. Había vuelto a casa y hacía cursos online. También le dio las gracias a doña Dolores y le pidió que cancelara la cartilla porque yo ya estaba trabajando. Me daba rabia que fuese ella quien se lo había dicho y no yo. No se lo tuve en cuenta porque seguramente habría pensado que estaba haciendo lo correcto. Además creo que doña Dolores no tendría que haberle hecho caso porque la cuenta la seguía teniendo abierta y de vez en cuando me entraba algún ingreso de mil o dos mil euros.

Era un dinero que no usaba porque quería ir personalmente a darle las gracias y devolverle la cartilla.

Tampoco había vuelto a saber nada de Rubén y tampoco había llegado a entender por qué actuó como lo hizo.

Recogí mis cosas y miré hacia el despacho de Alba. Me hubiera encantado llamarla y decirle que fuéramos a comer juntas, pero no me atreví a hacerlo. Cada día entendía menos la vida. Al salir a la calle me fijé en un hombre recostado en un coche que me miraba atentamente. Aunque se le veía joven su pelo había comenzado a encanecer. Me quedé helada, era Rubén. Sonrió al verme, vino hacia mí y me estrechó entre sus brazos.

–¡Ana, no sabes cuánto te he echado de menos!

Le aparté suavemente. No quería que pensara que ya estaba todo perdonado sin antes saber qué era lo que nuevamente quería de mí.

–Hola, Rubén.

–¡No sabes todo lo que he sufrido! La de veces que quise venir, pero sabía que tenía que darte un tiempo para que olvidaras. Quiero demostrarte que soy un honrado trabajador, pedirte que perdones mi conducta tan miserable y me des otra oportunidad.

Vi la expresión de sus ojos y pensé que era sincero. Me sentí en la necesidad de creerle.

–Todos cometemos errores y veo que estás arrepentido. Igual podemos dejar en el pasado todo lo que nos hizo daño y mirar al presente con lo bueno que la vida nos brinda y la esperanza de que lleguemos a tener un bonito futuro.

Cogió mi mano y la besó.

–Bueno, entonces tendré que empezar a cortejarte como se hacía antiguamente.

Diciendo eso se acercó al coche y sacó una preciosa rosa blanca.

–Para ti, mi amor. Es blanca como el reflejo de tu alma.

La besó y me la dio, yo sonreí pero no la besé. No sentía lo mismo que él y tenía que decírselo pero al verle tan lleno de ilusión me sentí incapaz de hacerlo. Noté cómo me miraban y volví mi rostro. Era Alba que desde la puerta contemplaba toda la escena. Me saludó con una sonrisa y se dirigió a los aparcamientos.

–Ahora iremos a un bonito restaurante para celebrarlo.

Como siempre no paraba de hablar. Su padre le había puesto al mando del bufete y las cosas les iban tan bien que estaban saturados de trabajo. Después de haber comido, tomándonos el café y los licores, sacó de su bolsillo una cajita y la puso encima de la mesa.

–Ábrela, es para ti.

No quería hacerlo porque me imaginaba lo que iba a ser. Si lo hacía supondría que estaba aceptando lo que me pedía. Iba a devolvérsela cuando dijo:

–Me he recorrido todas las joyerías de la ciudad hasta encontrar un anillo que fuese acorde con tu belleza.

Ante sus palabras y el amor que se reflejaba en sus ojos la abrí. Dentro de la caja había un anillo de oro blanco con una flor cuyos pétalos eran pequeños y brillantes. Lo cogió de mi mano y apartando mi dedo anular me puso en el anillo.

–Ya eres mi prometida –dijo sonriendo–, este anillo sella nuestra unión.

Sentí como si en un lugar de un anillo me hubiera puesto una cadena. Me confundió la pasividad de mi reacción. A partir de ahí todo pareció precipitarse y tenía la sensación

de estar viviendo algo irreal. Sin tomar consciencia de ello me encontré en su apartamento bebiendo champán. Me tomé más de tres copas intentando evadirme de la realidad.

—¿Cómo es que estás tan callada? Dime algo.

—No sé. Verás, Rubén, creo que...

Me sentía mareada. Sus labios impidieron que siguiera hablando y le dejé hacer. Me desnudaba con toda delicadeza y su boca recorría todo mi cuello. Él empezó a quitarse la ropa también. No sé por qué no paraba aquello. Quizás porque mis instintos afloraron o tal vez porque no pude evitar recordar a Laura y me dejé llevar por mi imaginación como si estuviera haciendo el amor con ella. Moví las caderas y besé su boca mientras le acariciaba la piel. Llegué al orgasmo y sentí como él se convulsionaba. Sus gemidos llenaron la habitación. Me invadió un sopor y me quedé dormida. Cuando abrí los ojos Rubén estaba profundamente dormido con su brazo sujetándome la cintura. Le aparté cuidadosamente, recogí mi ropa que estaba tirada por el suelo y me vestí. Suplicaba a Dios para que no se despertara. Me quité el anillo, lo puse encima de la mesilla y con mi barra de labios escribí en el espejo: Lo siento, no puedo aceptarlo. Salí sin hacer ruido. Ya en la calle no vi ninguna parada de autobús. Sentía miedo de que él se despertara y saliera a buscarme. No tenía valor para avisar a mi madre, entonces me acordé a Alba y la llamé.

—¡Por favor, por favor, Alba! ¿Puedes venir a recogerme?

—¿Qué te ocurre, Ana? ¡Tranquilízate! Claro que sí, ¿dónde estás?

No veía ningún letrero que me informara de la calle por lo que tuve que preguntarle a un transeúnte. Cuando supe la calle se lo dije a Alba.

– Dame unos minutos.

La espera se me hizo interminable y creía ver a Rubén por todas las esquinas. Por fin vi venir el coche de Alba, crucé la calle arriesgándome a sufrir un atropello.

–¡Ana, estás loca! ¡Con el tráfico que hay! Deberías haber cruzado por el paso peatonal.

–¡Lo siento, Alba, lo siento! ¡Y más por haberte hecho venir!

–No digas bobadas. ¿Te llevo a casa?

–Sé que estoy abusando pero ¿podría irme a la tuya, por favor?

–Claro que sí.

El teléfono empezó a sonar, miré y era él. Corté pero seguía y seguía. Alba me miró.

–Luego te lo explico, de verdad –dije quitándole el sonido. Una vez en su apartamento le pregunté:

–¿Podría ducharme? No tengo ropa, yo...

Me estaba portando de una forma horrible y abusando de su confianza pero me encontraba en tal estado de enajenación que ella lo debía notar.

–No te preocupes, Ana, no te sientas mal. Creo que tenemos una talla aproximada, te dejaré unos vaqueros y una camisa y bueno –sonrió–,ropa interior sin estrenar.

Al estar bajo la ducha cerré mis ojos. Quería que el agua penetrara por cada poro de mi piel y no solo limpiara mi carne sino también mi alma. ¿Qué es lo que estaba haciendo con mi vida? Me estaba dejando arrastrar por mis instintos más bajos y no podía evitar que mi corazón siguiera latiendo por Laura. El agua me dejó totalmente relajada. Me

vestí y salí al salón; Alba estaba sentada en el sofá y en la mesa había una taza con una bebida caliente.

–Te he hecho una infusión, tómatela que te sentará bien.

–Gracias, Alba, yo no...

–No hace falta que me des explicaciones.

–Sí, quiero hacerlo.

Mientras me tomaba la infusión le conté toda mi historia con Rubén y en el estado de desconcierto en el que me hallaba. Se quedó muy seria, pensativa. Encendió un cigarrillo y después de darle unas cuantas caladas me dijo:

–A veces los comportamientos de las personas son brutales y sobrepasan los límites de la razón. La cuestión es que no se puede volver hacia atrás y cambiar lo que ha sucedido –dio un par de caladas más. –Ahora toca vivir y buscar una solución a lo que te ha ocurrido, enfrentarte a ello, actuar con la experiencia ya adquirida y con la razón más que con los sentimientos.

–Pero creo que en parte merezco lo que me está ocurriendo y aunque sea sin querer estoy haciendo daño y no sé cómo evitarlo.

–Debes hablar con él y cuanto antes mejor. Explícale que no puedes amarle. No solo eso sino que estás enamorada de una mujer.

–¡No! Eso sería una verdad a medias, ya estoy empezando a superar lo de Laura.

Ella me devolvió una mirada escéptica.

–¿Lo crees de verdad, Ana? Sería una alegría que lo consiguieras. Desgraciadamente hasta que no la veas y estés con ella no podrás afirmarlo.

Tenía toda la razón. Recordé cómo había pensado en Laura cuando me acosté con Rubén

–Deberías llamarle y terminar con esto de una vez por todas.

Cogí el móvil, me temblaba la mano y Alba se dio cuenta.

–Iré contigo.

Aunque eso me daba más seguridad le dije:

–Alba, no debo involucrarte en mis asuntos.

–No digas tonterías ¿Para qué están las amigas?

Marqué el número de Rubén.

–¡Vaya, apareció la prófuga! ¡Me tenías totalmente desconcertado! ¿Qué es lo que he hecho mal para que hayas salido huyendo? ¡Ana, no te entiendo! Creo que esta vez hubo un consentimiento mutuo.

–Sí, Rubén. Preferiría explicártelo en persona. Podríamos quedar en algún sitio.

–Por supuesto, te veo en la cafetería.

Mientras íbamos conduciendo Alba intentaba darme ánimos.

–Estate tranquila, Ana. Sé que esto es muy delicado y debemos tener cuidado porque no sabemos cómo va a reaccionar. Por lo que me has contado ya se puso agresivo antes. Igual mi presencia podría hacerle sentir arrinconado.

–Sí, Alba, y de corazón te doy las gracias. Sé que para ti esto no puede ser agradable.

Rubén nos estaba esperando en la puerta. Cuando llegamos a su lado miró de arriba abajo a Alba.

–Vaya, una de tus amigas. No entiendo qué es lo que pinta ella algo tan personal entre tú y yo.

–Lo primero –le dije en tono seco y cortante–, a mi amiga la tratas con respeto sino me doy media vuelta y me marcho –sus formas al dirigirse a Alba me crisparon. Me agarró por el brazo.

–¡De eso nada! ¡Tú no te marcharas de aquí sin antes haber hablado conmigo!

Alba entonces dijo en tono contundente:

–Si opta usted por esa actitud me va a obligar a que llame a la policía y le denunciaré por maltrato psicológico y físico.

Rubén me soltó diciendo:

–¡Vaya con tu amiguita! ¡Qué borde! ¿No le has dicho que soy abogado y de los buenos y que si quiero, con razón o sin razón, puedo destrozarla?

–¡No te dejes intimidar, Ana! Por muy abogado que sea no sabe que se enfrenta a una periodista que también puede utilizar los medios de comunicación para embarrar su imagen.

–¡Está bien! –dijo él.–Dejémonos de amenazas e intentemos aclarar lo que ha ocurrido.

Por favor, entremos y tomemos un café o lo que deseéis.

No sabía por qué pero en parte sentía cierta culpabilidad, como si él fuera el único que estaba pasando por una situación dolorosa y desagradable y encima tuviera que soportar tener a Alba allí apoyándome.

–Ana, ¿qué es lo que hecho mal? ¿Qué ha sucedido para que dejaras el anillo de compromiso y te fueses sin decir palabra?

Su tono había cambiado, se había suavizado. La verdad es que no sabía qué decirle. Alba me miraba intentando darme ánimo. Entonces recordé aquella cita que me había marcado tanto: «Dios mío, dame el valor para cambiar las cosas que quiero cambiar, la serenidad para aceptar lo que no puedo cambiar y la sabiduría para distinguir entre las dos».

–Lo siento, Rubén, tendría que haber cortado esto antes y te pido perdón por no hacerlo. Más de una vez intenté decírtelo pero me presionabas tanto que no podía ni hablar. No siento lo mismo que tú y no tendremos esa relación que deseas.

Aparté mi mirada de él, no quería ver la expresión de sus ojos ni decirle que estaba enamorada de una mujer; nosabía si eso ahondaría más en la herida. Nos quedamos silencio y vi cómo sus ojos estaban humedecidos por unas lágrimas que intentaba contener. Alba se levantó.

–Voy fuera a fumar un cigarrillo.

–Rubén, no estoy enamorada de nadie.

–Déjalo, Ana. Tampoco es mi deseo dar lástima. Me marchó, no creo que vuelva en mucho tiempo. No te voy a quitar de mis contactos, espero que tú tampoco lo hagas. Si algún día me necesitaras como persona o profesional no dudes en acudir a mí.

Me besó en la cara, luego fue a la barra para pagar las consumiciones y se marchó. Nunca me había sentido tan vacía. Quizás existan momentos en los que no seamos conscientes de nuestras acciones y de sus consecuencias. Me levanté y salí de la cafetería.

Montadas en el coche y en dirección a la casa de Alba ella me dijo:

–Por favor, háblame, no te sientas culpable. Él ha actuado mal y todo lo que ha hecho ha sido horrible. No hay justificación posible. Por lo menos al final no ha montado un espectáculo.

Aunque reconocía que Alba tenía razón también me sentía culpable. Notaba una mezcla de pena y dolor. Pensaba, no sé por qué que, si en lugar de haberme enamorado de una mujer me hubiese enamorado de un hombre se lo habría dicho.

–Llama a tu madre y dile que te quedarás en mi casa, que te voy ayudara terminar el artículo.

–No, Alba, no puedo abusar de esa manera..

Se echó a reír.

–La verdad es que sí, que abusas de mí y de mi pobre corazoncito

–No sé si más adelante debería llamar a Rubén y ver si ha encontrado a alguna buena chica que le haga ver las cosas de otra manera.

–Creo que tardará en hacerlo. Igual es mejor olvidar todo esto.

–Volveré a mi rutina, será lo mejor. Mañana domingo no tengo que hacer guardia así que aprovecharé para acompañar a mi madre hacer limpieza en el chalet y ver a doña Dolores y a Rodrigo.

–Me parece muy bien que intentes seguir adelante.

–Gracias, Alba, no sé cómo voy a poder pagarte todo lo que estás haciendo por mí.

–No digas nada y llama a tu madre.

Mi madre se enfadó mucho conmigo. Me dijo que le estaba ocultando que tenía una pareja y que me olvidara de que la acompañase al chalet porque sabía que lo hacía para ver a doña Dolores y a Rodrigo. Me costó un gran esfuerzo convencerla y tranquilizarla y al final aceptó. Quedamos en que yo llegaría con tiempo para coger el autobús.

Alba preparaba la cena y yo la ayudaba. Por primera vez en mi vida me sentía tranquila y en paz conmigo misma. Reíamos porque yo no tenía ni idea de cocinar mientras que ella era una experta.

–Mi madre es quien me ha enseñado a cocinar. Un día de estos te llevaré a que la conozcas. Ella, cuando murió mi padre, no sé como lo hizo pero consiguió salvar el pisito que habían comprado aunque le quedaban algunos años de hipoteca.

–Tiene que ser una madre tan valiente como la mía. A mí no me ha enseñado a cocinar porque nunca me ha llamado la atención hacerlo y también porque la pobre con lo del chalet estaba totalmente absorbida.

Alba sonrió.

–No te enfades, son muy pocas las personas que tienen gente a su servicio y los tratan con educación y respeto. No se les debería considerar como servidores sino como personas que realizan un trabajo que es tan digno como los demás.

–Como tú me tratas a mí. Bueno–sonreí–, eso ya rompe todo los moldes.

–Aunque no te lo creas tú también me ayudas. Me haces sentirme útil y veo en ti los mismos errores que yo cometí, lo que me confirma que no estaba equivocada.

La noche transcurrió sin darme cuenta; fue todo tan agradable, tan entrañable. Alba me hizo olvidar y reír.

En el silencio de mi cuarto recé a Dios dándole las gracias porque, a pesar de haber puesto en mi camino personas que queriendo o sin querer me hacían daño, había colocado a otra que era el bálsamo que curaba mis heridas.

CAPÍTULO XXI

Alba me llamó con suavidad intentando despertarme.

–Ana, despierta o no vas a llegar para acompañar a tu madre.

Me di una ducha rápida y no me entretuve ni en desayunar, ya lo haría en el chalet.

Mientras Alba conducía me fijé, como tantas veces, en sus cabellos rubios que resplandecían a la claridad del día. Ella sintió mi mirada y me dijo sonriendo:

–Oye, ¿qué forma de mirarme es esa?

Me sentí avergonzada.

–Nada, solo miraba que tu pelo tiene un rubio muy bonito.

–¡Ah, muchas gracias! Eres muy amable.

Antes de salir para mi casa había contactado con mi madre y le había dicho que me esperara en la puerta. Cuando llegamos ya nos estaba esperando en la puerta del edificio.

–¡Buenos días, Adelaida! –le dio dos besos–.Podría llevaros pero tu hija es una cabezona y no quiere.

–No te preocupes, Alba, el autobús para muy cerca de aquí –dijo ella.

–El lunes nos veremos. ¡Suerte, Ana!

Me quedé mirando cómo el coche se alejaba. Mi madre me tomó del brazo.

–Vamos o perderemos el autobús.

Como solía suceder, el autobús estaba abarrotado y tuvimos que separarnos. Al bajarnos sudábamos como pollos.

–Ahora, mamá, te das un ducha en el chalet–dije riéndome.

–¡Mira que tienes mala idea!; Camina más deprisa o llegaremos tarde! No está la situación como para bromas.

Juan nos abrió la puerta.

–¡Pero vaya dos bellezas!; ¿Qué desean las señoras? –soltó una carcajada–. ¡Ana, dame un beso!; Estás preciosa, más que tu madre!

–No hace falta que lo digas –contestó ella–, se ve a simple vista.

–¡Por favor!; Vais hacer que me ponga colorada!

–Melina –dije al entrar en la cocina–, ¿dónde están esas magdalenas tuyas tan buenas?; Vengo sin desayunar!

–¡Mi niña, estás preciosa! Te he guardado unas cuantas de las que acabo de hacer.

Me dio dos sonoros besos.

–Os comunico –dijo Juan– que todo el mundo duerme y creo que doña Dolores se ha quedado aquí esta noche.

–¡Qué alegría! –dije–. ¡Tengo muchas ganas de verla!

–No empecemos, Ana, y ten mucho cuidado que se podrían malinterpretar tus intenciones.

–Por favor, mamá, deja de ser tan paranoica.

La casa estaba en un absoluto silencio. Con mucho cuidado comencé a limpiar empezando por el salón. Sentí que me miraban y al girarme vi que era Rodrigo.

–¡Ana – exclamó con alegría–, qué bien que hayas venido!

–He venido solo por verte a ti y a doña Dolores.

Estaba guapísimo. A pesar de ser muy joven en su cabeza empezaban a notarse pinceladas blancas. Me estrechó entre sus brazos.

–¿Hablarás conmigo antes de irte?

–Por supuesto –le notaba cierta lentitud al hablar–, en cuanto termine.

–Bien, voy a desayunar. A lo largo de la mañana hablamos.

Empezaron a aparecer el resto de la familia; don Rodrigo, doña Rosalía y la más pija del mundo, Rosalía. Solo don Rodrigo me saludó, el resto me ignoró. Continuaba con la limpieza cuando se abrió la puerta de la habitación de invitados y apareció doña Dolores.

–¡Chiquilla, qué alegría de verte! ¡Ven a mis brazos, estás guapísima!

–Doña Dolores, quería agradecerle todo lo que ha hecho por mí

Saqué la cartilla bancaria de uno de mis bolsillos para entregársela

–Aquí la tiene. Después de lo del máster no he vuelto a sacar más dinero.

Me abrazó y rechazó mi ofrecimiento.

–¿Qué dinero? Todo lo que hay en esa cartilla es tuyo, hijita. Yo no tengo ahí nada, quédate con ella.

Intenté protestar pero ella negó con la cabeza.

–No, quédatela o me sentiré agraviada. Me hace muy feliz poder aportar una pequeña ayuda a tu vida.

Apareció doña Rosalía. Doña Dolores se apartó de mí y la saludó.

–Buenos días, hija, ahora mismo voy a desayunar.

Terminé rápido y me fui ayudar a mi madre con los desayunos. Cuando acabaron me llamó Rodrigo y me pidió que saliéramos al jardín.

Sentados en un banco, en uno de los rincones más apartados, Rodrigocogió mi mano.

–Te habrás dado cuenta de que me tienen sedado.

–No, no me había fijado –le mentí.

–Sí, lo han hecho porque piensan que me voy a quitar la vida.

En sus ojos afloraron las lágrimas.

–Darío, sin una razón, sin motivos y cuando yo más feliz me sentía me dejó alegando que aquella relación no tenía futuro. Me dijo que podía serle muy perjudicial, que si llegaba a oídos de las altas esferas del clero a quién echarían sería a él y mancillaría su nombre porque yo estaba protegido por mi tío. No te puedes ni imaginar el infierno que sufrí. Pasé un calvario y lo más terrible fue cuando me enteré de que otro chico había ocupado mi lugar –se secó disimuladamente una lágrima–. El dolor me hizo caer en una terrible depresión Me negué a comer, a asearme; fue terrible Ana. Mi padre me llevó a una de esas clínicas que según él era muy prestigiosa. Después de que me reconocieran varios médicos diagnosticaron que padecía una crisis de identidad. Nos anunciaron que tendrían que ingresarme porque estaba expuesto a padecer trastornos psicológicos como

consecuencia de no verme aceptado por la sociedad. No podía creer lo que les oía decir, entre otras cosas que se había demostrado que las lesbianas eran más propensas a consumir sustancias, a las depresiones y a los intentos de suicidio. Afirmaron no comprender cómo podía ser yo homosexual puesto que no padecía problemas ambientales, ni mis padres estaban separados y no carecía de afectos familiares –yo le miraba atónita–. Me preguntaron si durante la infancia me había masturbado muy a menudo porque la sobre estimulación erótica puede favorecer la homosexualidad. ¿Puedes creerlo, Ana? Consideraron que debía ser ingresado y someterme a un tratamiento para curarme. Estuve tomando diferentes pastillas para, según ellos, contrarrestar la enfermedad de la homosexualidad. –Rodrigo apretaba los puños con rabia–. Las pastillas me hacían devolver y estar adormilado todo el tiempo. Las terapias eran terribles y me hacían luchar contra lo que yo sentía. Lo que han conseguido es desorientarme aún más, a no saber qué es lo que realmente soy.

No podía comprender, no podía entender cómo en pleno siglo XXI estaba pasando todo lo que Rodrigo me contaba, no daba crédito.

–¡Rodrigo, me parece una irrealidad! ¡Nada de lo que te han dicho es cierto! Es como si culpabilizaran a los homosexuales por ser de esta condición. Además me parece que son ese tipo de personas que en sus cabezas mezclan las cosas y creen que hay otros que por vicio practican sexo homosexual. Es como si dijeran que hay un perfil de jóvenes muy promiscuos y entonces, cuando llegan a la edad adulta, buscan otras formas de saciar sus deseos sexuales –dije con vehemencia–. Para mí es algo totalmente diferente; la homosexualidad es simplemente que puedes enamorarte de alguien de tu mismo sexo. Considero que todas esas tonterías que te han dicho sobre el rechazo a uno mismo, el abuso de sustancias, las depresiones y el suicidio son consecuencias de ese rechazo sistemático a los que son sometidos los homosexuales por parte de algunos hateros que

los repudian sin más. ¡Esos son a los que se debería tratar por desordenes mentales!—le tomé de la mano—. No tienes por qué sentirte mal ni dejarte arrastrar por esos análisis disparatados sobre el comportamiento humano. Te considero un chico bueno, inteligente y con gran corazón. ¡No te dejes avasallar por una panda de ignorantes que mezclan sin sentido vicio y amor culpabilizando a gente inocente! Sobre esto —continué ya más calmada—habría mucho de qué hablar y debatir. No solo para promulgar leyes, sino para llegar al corazón con la sabiduría suficiente para entender que todo es relativo y que cuando una persona nace con una condición distinta hay que respetarle como a cualquier otro ser humano y darle sus mismos derechos.

—Gracias, Ana.Lo cierto es que no me lo había planteado de forma tan inteligente como tú lo has hecho. No sabes el bálsamo que para mí son tus palabras porque salen de tu noble corazón. No me dejaré avasallar y lucharé por mis sentimientos.

Le abracé y tembló como un pajarillo que ha sido arrancado del nido.

—No quiero entretenerte más, tendrás que ayudar a tu madre. Eres muy buena, Ana, te mereces lo mejor.

Íbamos a entrar en la casa cuando sentimos unos ruidos muy raros provenientes de la casita donde se guardaba las herramientas y otros enseres. Nos miramos extrañados y Rodrigo me hizo un gesto para que mantuviera silencio. Me dijo al oído:

—No hagas ruido, podrían ser ladrones.

Lo que vimos me acompañaría a lo largo de mi vida y creo que a Rodrigo también. Allí se encontraban mi madre y su padre besándose en la boca. Rodrigo tuvo que sujetarme para que no me cayera. Mi madre dio un pequeño grito. Me solté del brazo de Rodrigo y corrí hacia la salida del chalet mientras escuchaba la voz de mi madre que me llamaba. Parecía que la cabeza me iba a explotar, ahora todo empezaba a cobrar sentido. Las

palabras de Rodrigo me martilleaban en la cabeza: ‘Eres muy buena y te mereces lo mejor’. Maldecía mi vida, maldecía mi destino y aparté mis terribles pensamientos sobre Dios. El móvil no dejaba de sonar, era mi madre. No quería cogerlo, sentía asco hacía ella. Ella que era mi referente, que presumía de ser austera, íntegra y formal mientras estaba sumergida en una tóxica relación con el dueño del chalet donde trabajaba. Empecé a sospechar que yo podía ser el fruto de aquella miserable pasión. Ahora entendía el comportamiento de doña Dolores, ella lo tenía que saber. Me dirigí a la parada de autobús y cogí el que me llevaría a mi casa. No había hecho más que subir cuando vi que se abría la puerta y entraba mi madre con la cara pálida y desencajada. Vino hacia mí con la intención de abrazarme pero yo me retiré.

–¡No, por favor, mamá! ¡Ahora no quiero ni que te acerques!

–¡Te suplico que me perdones, Ana! ¡Por favor, no seas tan dura y escúchame!

–¡No sé qué es lo que me tienes que decir porque he visto por mí misma que estás liada con ese sinvergüenza que seguramente será mi padre!

–¡Por favor, hija, no digas eso de...!

–¡Dilo, mamá, dilo! ¡De tu padre! ¡Pues es lo que pienso y no comprendo cómo has podido liarte con él y mucho menos habérmelo ocultado! Tú misma has dicho muchas veces que las verdades tarde o temprano terminan por aflorar.

–¡Lo siento! ¡Lo siento desde mi alma! ¡No sé cómo hemos llegado a esta situación! Mira, él no me sedujo, yo también consentí. Cuando te enamoras solo ves lo que quieres ver con los ojos del corazón.

–Prefiero que no me cuentes más, de verdad. No me digas que has consentido ser la amante de un hombre que hace su vida, que vive feliz con sus hijos, que va y viene

donde cree conveniente y que te mantiene oculta dándote el lugar de una amante. ¿No tienes dignidad ni orgullo, mamá? Y unido a ello pierdes los mejores años de tu vida sin salir de casa nada más que para ir a verle a ese maldito chalet.

—¡Por Dios, hija mía, no hables de esa forma! Soy feliz como soy, he aceptado mi situación y...

—¿Que has aceptado tu situación? ¿La de ser una mujer que recoge las sobras que un sinvergüenza le tira y le hace ocupar el sitio de una...? ¡Prefiero no decir la palabra! Seguramente vuestra situación la conocerán su mujer y su madre; esperemos que no lo hagan sus hijos, su suegra y ese señor obispo.

Mi madre se quedó callada.

—¡No me lo puedo creer! —cogí a mi madre por los hombros—. ¡Pero mamá, despierta! ¡Si no lo haces tú voy hacer yo que lo hagas! ¿Cómo es que su mujer puede consentirlo? ¡Cada vez entiendo menos!

—Porque doña Rosalía está liada con un médico que es amigo de don Rodrigo.

¡Qué curiosa era la vida! Luego nos tachaban a los homosexuales de promiscuos.

—No entiendo, mamá, cómo es posible que estéis en esta situación tan vergonzosa y dando una apariencia tan falsa de vuestras vidas. ¿Por qué no se separan?

—Por el escándalo que supondría. Ellos son muy conservadores, creo que pertenecen a una de esas asociaciones religiosas y podrían perder sus influencias y hasta sus trabajos.

—¡Qué poca vergüenza! ¡Luego arremeten contra Rodrigo porque es homosexual! Pues lo siento, mamá, o él o yo, tú decides.

—¡No puedes hacerme esto, hija, por Dios te lo pido!

–Sí que puedo. No pienso seguir viviendo dentro de esta farsa. O renuncias a él y empiezas hacer tu vida o me voy de esta casa y no vuelves a verme más. Puedes hacerlo, mamá, ahí tienes a Juan que siempre se te está insinuando para que salgas con él, acepta su invitación – dije ocultando mi rabia–. Dile la verdad y empieza a buscarte un trabajo para que puedas abandonar ese chalet y al miserable de mi padre, que es un cobarde que no sabe enfrentarse a su destino y a dar la cara.

–¡No hables de esa forma de él, por Dios! ¡No dejas de ser su hija!

–No, mamá, aunque lleve su sangre no considero que sea mi padre una persona que no se ve a sí mismo como tal sino que se oculta por miedo y cobardía. Dejémoslo mamá, cenemos. Por hoy es suficiente .

CAPÍTULO XXII

Había dormido fatal y me desperté con un terrible dolor de cabeza. Es muy complicado tener que aceptar que la vida te puede cambiar en cuestión de horas.

Era muy temprano pero mi madre ya se había marchado a trabajar. Me fui a la ducha a ver si el agua conseguía calmar mi ansiedad.

Me monté en el autobús sin ni siquiera fijarme en las personas que me rodeaban.

Durante el trayecto al periódico decidí no darle más vueltas al asunto, aparcar mis pensamientos y centrarme en lo que estaba haciendo, sobre todo en mi trabajo.

No había hecho nada más que sentarme cuando apareció Alfonso.

–Ana, doña Alba me ha dicho que vayas a su despacho.

Llamé a la puerta y entré en el despacho.

Alba me miró con gesto de preocupación.

–Ana, ¿qué te ocurre? Qué cara más pálida tienes.

–No es nada, no te preocupes. Cuando vayamos a comer te lo contaré. Me ha dicho Alfonso que deseabas verme.

–Como quieras. Te llamaba porque tienes que hacer hoy sin falta la entrevista y como me imagino que no sabrás a quién hacérsela –sonrió– te doy yo la idea. Iba a decirle que no tenía ánimos ni estaba preparada para la entrevista pero comprendí que no podía seguir abusando de su amistad y hacer lo que me viniera bien.

–No sabes cuánto te agradezco que me des esa idea.

–Lo siento, Ana, quizás no sea este el mejor momento para ti pero ahora estoy ejerciendo como jefa y tengo la obligación de preocuparme y dar prioridad al periódico.

–Por supuesto que lo sé, Alba. ¡Bastante has hecho y haces por mí!

–En varias ocasiones se ha intentado entrevistar a un sacerdote que renunció a su ministerio y se hizo responsable de un comedor infantil. Nadie ha conseguido convencerle de que hable –sonrió– y tú tienes cara de buena persona, a lo mejor lo consigues.

Conducía en dirección al pueblo que me había dicho Alba. ¿Le habría pasado a este cura lo mismo que a Rodrigo? Al llegar aparqué el coche delante de la misma puerta del local. Tenía puesto un letrero que decía: Comedor infantil. La puerta estaba abierta y entré sin llamar. Había mesas hechas con tablones muy largos y muchas sillas alrededor. Olía a limpio y a colonia fresca. De pronto apareció un señor, no muy mayor, y me preguntó:

–Dígame, ¿qué desea? Soy el responsable de este comedor.

Era un hombre atractivo que irradiaba una gran personalidad.

–Mi nombre es Ana, soy periodista y vengo en nombre del periódico...

–Me llamo Martín, encantado. Lo siento–dijo interrumpiéndome–, he dicho ya muchas veces que no concedo entrevistas, que mi vida carece de importancia.

–Esa es su opinión, sin embargo yo creo que su vida sí tiene que ser interesante y sobre todo para los que quieran llegar a ser sacerdotes. Lo que usted ha hecho puede ser interpretado de muy diferentes maneras y quizás ninguna de ellas haya sido por la que tomó semejante decisión.

Se quedó sorprendido ante mis palabras.

–Nunca me lo habían planteado de esa forma. Los periodistas que me han querido entrevistar venían a por el morbo, a por el escándalo. Quizás tengas razón y debería hacer públicos los motivos por los cuales dejé el sacerdocio y que mi Dios me perdone si no hago lo correcto. Acompáñame, tomaremos un café y un trozo de bizcocho. Lo siento pero solo te contestaré a tres preguntas.

Me quedé sorprendida por la forma en la que estaba actuando, con la seguridad que lo hacía y por limitarse a tres preguntas. Sentados ante unos humeantes cafés y un esponjoso bizcocho me dijo:

–Cuando quieras puedes empezar pero, por favor, recuerda lo que te he dicho antes.

–De acuerdo. La primera, ¿le presionó su entorno familiar y la educación que le dieron para que se hiciera sacerdote?

–La verdad es que nunca he profundizado en ello, pero ahora que me lo preguntas, sí, podría ser que sí. Me crié en un ambiente muy religioso, mi madre iba todos los días a misa y la mayoría de las veces tenía que acompañarla, siendo de obligado cumplimiento asistir domingos y festivos. En mi casa antes de comer se rezaba y se elogiaban los dones que Dios nos concedía.

–La segunda, ¿encontró en el seno de la Iglesia lo que esperaba o se sintió defraudado?

–¡Vaya, creo que te he subestimado! No me fijé mucho en eso, solo pensaba en cómo tenía que actuar yo, sin condicionarme cómo lo hacían los demás, que supuestamente debería ser de forma correcta.

Al ver mi expresión de duda dijo:

–Es cierto, Ana, quizás sería por mi prepotencia pensar que era yo quien tenía que actuar como creyese conveniente sin mirar el comportamiento de los demás.

–La tercera y la más importante, ¿cuáles fueron los motivos por los que abandonó el sacerdocio?

–Empezaré diciéndote que yo no era ni mucho menos como soy ahora. Era petulante y soberbio. Me sentía feliz viendo como los demás hacían lo que yo les decía.

Por unos momentos se quedó en silencio y en sus ojos brillaron unas lágrimas.

–En mis confesiones aplicaba literalmente la palabra de Dios sin profundizar en el por qué del comportamiento de los considerados pecadores. Lo peor de todo es que me creía el portavoz de la verdad absoluta – suspiró–.Cierta día, un muchacho que dijo ser homosexual tuvo la desgracia de caer en mis manos. Me confesó que se había enamorado de un compañero de clase y me indigné, me puse furioso. Empecé a imaginarme cómo practicaban sexo y solo veía lujuria y promiscuidad –dijo con vergüenza–. Le recriminé que estaba condenado a los mismísimos infiernos, que cometía una abominación y que sus sentimientos iban contra natura porque solo buscaba saciar sus perversos apetitos sexuales. Aún puedo escuchar sus sollozos que ni siquiera me conmovieron. Me negué a darle la absolución y me quedé con la sensación de haber cumplido bien los mandatos de Dios, pobre de mí –dijo bajando la cabeza–. Pasado un tiempo vino a verme una señora cuyo rostro reflejaba un gran sufrimiento. Me dijo que era la madre de aquel muchacho homosexual; aún puedo escuchar sus palabras:

–¿Sabe, padre?, mi hijo es muy creyente y ama a Dios sobre todas las cosas. Yo no le considero culpable por sentirse de la manera en que lo hace porque entiendo que ha nacido tal y como es. Después de su confesión se sintió sucio y pecador y empezó a caer

en una profunda depresión, a lo que hay que añadir el gran rechazo que su padre siente hacia él. –dijo la mujer–. Al ver cómo esa depresión estaba acabando poco a poco con su vida decidí leer la Santa Biblia. Pensé que podría encontrar respuesta a todo esto y entonces me día cuenta de que solo en el Levítico, en los versículos del 18 al 20, Dios habla sobre la homosexualidad inducida por el vicio y también de que no se deben relacionar sexualmente consanguíneos pero sin embargo–me apuntó con el dedo–ustedes han casado a primos dentro de la realeza. ¿Qué tiene que decirme también usted sobre esos templos y catedrales que se construyen para albergar a Dios? Bien sabe que en los Hechos de los Apóstoles 17:24-28y en Corintios 3-16 se dice que Dios no habita en templos hechos por manos humanas porque nosotros somos su templo. Hablan ustedes de los pecados, ¿es que acaso Dios no mandó a su hijo para redimirnos del pecado? ¿Es que Jesucristo no perdonó a Judas sin que él se hubiera arrepentido?–dijo mirándome fijamente–. ¿Cómo pueden tener tantísimas riquezas en El Vaticano, incluso hasta un banco y no voy a decir quiénes son sus accionista, si en Lucas 9-3 Jesucristo manda a los Apóstoles a predicar diciéndoles:«No toméis nada para el camino, ni bastón ni alforjas, ni pan, ni dinero, ni tengáis dos túnicas» .¿No es el principal mandamiento «amaos los unos a los otros como yo os he amado»? En la parábola de la castidad voluntaria Jesucristo aseguraba que nacemos condicionados, incluso ya desde el vientre de nuestras madres–noté que apenas podía contener su dolor–. ¿Cómo iba Él entonces a condenar a una persona que hubiera nacido homosexual? Porque no nos equivoquemos, señor sacerdote, una cuestión es procrear para que proliferemos y otra muy distinta es amar. ¡Maldigo y condeno a los infiernos a toda aquella persona que juzga y injusticia la homosexualidad que está basada en el amor! Aunque sepa bien que hay otra homosexualidad, como también heterosexualidad, que se basa solo en los vicios. Todas

estas personas que condenan la homosexualidad lo hacen sin tomar consciencia del daño que hacen y sin saber qué es lo que realmente están condenando.

Martín dejó de hablar unos minutos. Sus palabras me impactaron y me dieron más información de la que yo tenía. Yo daba toda la razón a aquella pobre mujer.

–No quiero recordar más, Ana. Aquello fue como ver una luz que te quemaba las entrañas. Volví a leer tanto la Biblia como otros textos y descubrí que ella tenía toda la razón. Pasé por un verdadero infierno; hasta me flagelé –dijo conmovido–. Tomé la decisión de abandonar el sacerdocio porque no estaba capacitado para erigirme como portavoz de la palabra de Dios. Decidí dedicarme a los niños desprotegidos con la esperanza de que Dios perdonase mis pecados por el daño infligido a mis feligreses.

Mientras conducía de vuelta a la ciudad no dejaba de pensar en lo que me había contado aquel hombre. Cada vez me sentía más confusa y recordé las palabras de mi madre cuando me dijo que este mundo no tenía solución. Claro que quizás ella no era la más indicada para decir nada después de haberme enterado de lo suyo con don Rodrigo. Me sentía anímicamente fatal en lugar de estar contenta por haber conseguido lo que otros compañeros no habían sido capaces. Cuando entré en el despacho de Alba seguía sintiéndome mal.

–Qué cara traes, Ana. ¿No me digas que no te ha concedido la entrevista?

–Sí que lo ha hecho pero creo, Alba, que no sirvo para esto.

Se echó a reír.

–¡Por favor, Ana, no seas melodramática! Te acostumbrarás.

Le dejé mis notas encima de la mesa.

–¿Puedes echarle un vistazo?

Según lo leía en su cara iba creciendo la sorpresa.

–Esto parece muy fuerte, ¡te felicito! Lo leeré más tarde con mayor atención, ahora estoy muy liada. ¿Qué te parece si luego comemos juntas y hablamos?

Acepté y nos vimos a la salida junto a su coche. Alba conducía en silencio. El tráfico se hizo más denso y nos metimos en un atasco, entonces me miró por unos instantes.

–Qué callada estás, Ana. ¿Por qué eres tan pesimista? La entrevista ha estado muy bien. Se ve que al cura no le ha temblado el pulso a la hora de reconocer sus errores.

–No sé, Alba, quizás debería haberle hecho otro tipo de preguntas. No solo estoy sería por eso.

Aparcó delante de un restaurante que parecía acogedor y limpio.

–Vamos a comer con sosiego, Ana. Olvídate por unos momentos de todo y luego tranquilamente me cuentas por qué desde que entraste esta mañana en el periódico tienes esa cara de dolor y tristeza.

Terminamos de comer y tomándonos el café Alba encendió un cigarrillo.

–Bueno, tú dirás.

Empecé a contarle mi conversación con Rodrigo, lo que había ocurrido con mi madre y lo que había pensado sobre la entrevista al sacerdote. En ningún momento me interrumpió. Cuando terminé me dijo:

–Primero, en lo referente a la conversación con Rodrigo y la conclusión sobre lo que te contó el sacerdote tengo que decir que *chapeau* –sonrió–. Se te nota cada vez más que

estas leyendo a los filósofos, sobre todo a los estoicos. Sobre el comportamiento con tu madre, ¿se necesita tener cachaza para haberla tratado de esa forma sin tener en cuenta que nadie está libre de culpa y a las pruebas me remito! Tu comportamiento tampoco es que sea de lo más coherente y responsable. Lo siento pero tenía que decírtelo.

Me quedé sin saber qué contestarle. En mi egoísmo ni siquiera me había percatado de lo que había pasado con Laura y Rubén.

–Vuelvo a decir que lo siento pero no puedo evitar ser clara y no andarme con rodeos. Me parece magnífico que le aconsejes a tu madre, por ella más que por ti. Creo que es estupendo que la animes a alejarse de una relación que, aparte toxica, no va a ninguna parte y la tiene encadenada mientras ese padre tuyo hace lo que le viene en gana y para colmo no le da el sitio que a ella le corresponde. Ahora, eso es una cosa y otra que tú te erijas en su juez y verdugo. No sé si te has dado cuenta de que estás actuando como el sacerdote que acabas de entrevistar. Imagínate por un instantes que te faltase tu madre.

Sentí un vuelco en mi corazón. Ni había pensado en que mi madre pudiera morir ni tampoco me había parado a pensar que mi comportamiento dejara tanto que desear.

Cogí el móvil y marque su número.

–Hola, mamá, no te preocupes que no ocurre nada. Solo quería pedirte perdón por lo dura que he sido contigo. No llores mamá. Ya hablaremos. ¡Saldremos de esta, ya lo verás! ¡Te quiero mucho! ¡Besos, mamá!

Alba me miró sonriente.

–¡Eres estupenda, Ana! Una mujer con una sensibilidad que le aflora por todos los poros de su piel.

–Tú para mí eres muy especial y nunca podré agradecerte todo lo que haces.

Lo cierto era que empezaba a notar cómo dentro de mí crecía un sentimiento al que tarde o temprano tendría que enfrentarme. Aquella noche, aunque me hubiera encantado irme a dormir al apartamento de Alba, decidí irme a casa y esperar a mi madre.

Me estaba quedando dormida en el sillón cuando sentí abrirse la puerta. Me levanté y me dirigí hacia la entrada, mi madre vino hacia mí y me estrechó entre sus brazos.

–¡Mi querida, hija! ¡Gracias por comprenderme, gracias por saber perdonarme!

Me cubrió la cara de besos mezclados con sus lágrimas.

–¡Mamá, por Dios, tranquilízate! Tampoco es que yo tenga un comportamiento ejemplar.

–¡No digas eso, hija mía! Verás, he estado con don... Bueno, con tu padre y le he dicho que ya no podíamos seguir viéndonos de la forma en la que lo hacíamos. Mientras lo hacía le pedía a Dios tener fuerzas y no sucumbir a mis sentimientos. Él, al principio, estuvo reacio a aceptarlo pero cuando le dije que si no lo hacía te iba a perder cambió de actitud. Me pidió por favor que te dijera que quiere tener una conversación contigo.

–Mira, mamá, mi padre tenía que haberse acercado a mí hace mucho tiempo, ahora ya es tarde.

–Hija mía, se quiso acercar pero sin hacerlo público y yo me negué.

–No me digas nada más, por favor, mamá. Aunque sea mi padre no deja de ser un cobarde.

–Está bien, hija, como tú desees. También quería decirte que le conté todo a Juan y va ayudarme. Por lo visto tiene un amigo que dirige una empresa de contratas de limpieza y va a hablar con él.

Le sonreí.

–Mamá, tampoco debes hacer caso a todo lo que dije, haz lo que deseas.

–No, hija, si tienes razón. El tiempo va pasando sin darnos cuenta y quizás sin haber disfrutado de lo que la vida pone a nuestro alcance. Yo he estado muy ciega y has tenido que ser tú quien me haga ver la realidad. ¡Aunque me cuesten lágrimas voy a intentar darle un giro a mi vida por ti y por mí! Estando ya entre las tibias sábanas y después de haber cenado sonó el móvil, era Alba.

–¿Qué tal ha ido, te has portado bien?

–Sí y todo gracias a ti, Alba. ¡Qué suerte tengo de haberte conocido!

–No te pongas tan sensiblera. Mañana pagas la comida y estamos en paz –escuché su risa.–Dulces sueños y un beso, Ana. Mañana nos vemos.

– ¡Gracias, Alba! Dulces sueños para ti también. ¡Un beso y hasta mañana!

CAPÍTULO XXIII

Me desperté despejada y sosegada, hacía mucho tiempo que no había dormido de un tirón durante toda la noche. Llegué al trabajo y vi venir hacía mí a Alfonso con cara sonriente.

–¡No sabes la que se ha liado con tu entrevista! Hay periódicos que te están crucificando mientras otros te ponen por las nubes. A mí me ha encantado. En tu mesa te he dejado alguno de los periódicos para que les eches un vistazo.

Me senté y los estuve ojeando. No sabía si sentirme contenta o empezar a pensar en buscarme otro trabajo. La mañana se me pasó volando. Alba no dio señales de vida hasta que llegó la hora de salir a comer.

–Bueno, ¿qué te parece la que se ha montado con tu entrevista?

–No sé qué pensar. ¿Ha salido bien o es una catástrofe?

–Cuando un artículo genera controversia y discusiones significa que ha triunfado.

¡Anda y no te hagas la tonta que te toca pagar a ti la comida!

Estábamos ya comiendo cuando se me ocurrió que debería zanjar cuanto antes todo lo referente a mi padre. Para ello tenía que hablar con doña Dolores porque si lo sabía no tendría perdón de Dios el que me lo hubiera ocultado.

–¡Oye, aterriza! ¿En qué estás pensando?

–Alba, no quiero abusar pero, ¿podría salir unas horas antes? Me gustaría ir a ver a doña Dolores.

–Querrás decir a tu abuela, Ana, lo quieras tú o no. Por supuesto, pero dame un toque cuando termines y te iré a buscar.

–¡Gracias, Alba! Tendré que pagar también las copas –dije sonriendo.

Me encontraba ante las puertas de la casa de mi abuela. Tenía que armarme de valor y enfrentarme a la verdad. Mi madre no había sido fuerte, yo sí lo sería, aunque empezaba a pensar si no éramos prisioneras de nuestra propia genética. Llamé al timbre y pasado un rato se abrió la puerta y apareció la misma asistenta de la vez anterior. Me hizo pasar al salón; allí sentada en un sillón estaba doña Dolores. Se levantó y vino hacia mí estrechándome entre sus brazos.

–¿Cómo está, doña Dolores? –le pregunté en tono educado pero firme.

¡Por Dios, hija, llámame Dolores! Ya me ha contado mi hijo, tu padre, todo lo que ha ocurrido.

–Lo siento, pero no puedo considerar padre a una persona que nunca se preocupó por mí.

–No digas eso. Ahora hablaremos y entonces lo comprenderás todo. Acompáñame, por favor.

Me llevó hasta una pequeña biblioteca donde, colgando de la pared, había un cuadro de una mujer muy guapa que llevaba puesto un traje de época y era mi viva imagen.

–Es mi madre, tu bisabuela. Eres tan hermosa como ella. Nunca tuve dudas de que el niño que llevaba tu madre en su seno era de mi hijo. Volvamos al salón y sentémonos mientras tomamos un café.

Al ver con la tristeza que hablaba no sabía qué decirle. Sentadas muy cerca la una de la otra cogió mis manos entre las suyas.

–¡Te suplico que nos perdones a mí y a mi hijo!

–No sé, Dolores, no sé.

–Todo tiene su explicación, la cuestión es que cada uno de nosotros la ve en parte con nuestro corazón, en parte con nuestra razón. Mi hijo quiere a tu madre, eso no lo dudes. Y a pesar de que su esposa le fue infiel también ha seguido enamorado de ella –Dolores seguía cogiendo mis manos–. Aunque Rosalía, de eso me encargué yo, tuvo que aceptar a tu madre en su casa y sabía la relación que tenía con tu padre, creo que en el fondo sigue enamorada de su amante. Si no está con él es porque en su fuero interno comprende que tendría que aceptarle tal como es y sabe que posiblemente, dado el carácter de esa persona, terminaría por abandonarla y dejarla en la ruina –dijo amargamente–. Todo te sonará raro, lo entiendo. La vida a veces es complicada, inexplicable y difícil de entender. Unido a todo esto están las creencias religiosas de ella y de su madre y ya no te diré de su tío el obispo. Además, aunque mi hijo, conociendo mi forma de ser, no me haya querido decir nada yo he intuido que ellos tienen que pertenecer a alguna orden religiosa –dijo manteniendo sus ojos en los míos–. Quiero que sepas que no he sido yo la que ha costeado tu carrera, y no es porque no me hubiera encantado, sino tu padre. Siempre quiso dar dinero a tu madre para tu manutención, para tus gastos y para que tuvieses una vida mejor, pero tu madre nunca aceptó.

Al ver que hablaba con tanto dolor no me atrevía a decirle nada. Dolores continuó:

–Quisimos tener más contacto contigo, habernos relacionado más, pero ni tu madre ni mi nuera lo consintieron. Sé que fuimos cobardes y que deberíamos haber luchado pero como ibas por el chalet nos conformábamos con ello –hizo una pausa–. De todas formas

quiero que sepas que tu padre ha renunciado a su herencia a favor tuyo para que puedas tener legalmente la misma parte que Rodrigo y Rosalía. Sé que sentirás impotencia, dolor y rabia. Solo te pido, por favor, que lo aceptes y nos aceptes, por lo menos a mí como abuela –una lágrima le corrió por la mejilla–. He comprado a cada uno de mis nietos, entre los que por supuesto te incluyo, un apartamento; el tuyo está cerquita de aquí y me sentiría muy orgullosa de que lo aceptaras.

Sus ojos se habían llenado de lágrimas. Me dio tanta pena que la abracé.

–¡Ya te acepté hace mucho tiempo, mi querida abuela! No soy rencorosa, yo también tengo mis pecados. El apartamento no puedo aceptarlo, yo..

–¡Te lo suplico, Ana! ¡Me haría una gran ilusión!

Finalmente acepté el apartamento. Llamó a su secretario y le hizo traer todos los documentos para que los firmase, entre ellos un poder notarial, para que en mi nombre hiciera todos los trámites necesarios. Me dio los planos y el resto de la documentación con las llaves. Me hizo prometerle que cogería dinero de la cartilla y que me sacaría el carnet de conducir y me compraría un coche. La vida no deja de tener su ironía; lo que creí que se convertiría en una velada desagradable había terminado con la culminación de un sueño, no ya por lo que se refería a la parte económica, sino porque descubrí que mi padre sí se había preocupado por mí y que mi abuela me quería.

Al marcharme Dolores quiso que me acompañara su chofer pero le dije que no se preocupara porque una amiga vendría a recogerme. Esperé a Alba paseando por los alrededores. Me sentía nerviosa y alegre, aunque conociendo el orgullo de mi madre seguramente no estaría de acuerdo en que hubiera aceptado todo lo que mi abuela me había dado. Vi venir el coche de Alba y me puse cerca del bordillo de la acera para que aparcara un momento y poder montarme.

–¡Sube rápido! Estamos entorpeciendo el tráfico y van a empezar los pitidos.

–Hola, Alba. Pues que se fastidien, otras veces tenemos que esperar nosotras –dije mientras me montaba–. No te tenía que haberte hecho venir.

–¡Te estás poniendo cada día más borde! Cuéntame, ¿qué tal ha ido?

–Cenando te lo cuento, no lo vas ni a imaginar.

Después de haber comido y delante de nuestros capuchinos Alba encendió un cigarrillo.

–Dime, ¿me tienes en ascuas!

–Dame uno, por favor.

–¿Cómo? –sonrió, me dio el suyo y encendió otro–, además de borde te vas hacer adicta a las malas costumbres.

Le conté todo lo que me había ocurrido sin omitir ni un detalle.

–Tienes que perdonar, Ana, sobre todo a tu abuela. Me remito a lo que ya te he dicho, nosotras no somos perfectas y tenemos por donde callar.

–Ya lo sé, Alba. Yo tendría que ser la primera en hacerlo.

De pronto apareció delante de nosotras Roberto.

–Qué placer verte, Ana; Alba.

–Hola, Roberto ¿Qué tal estás?

Alba ni le contestó. Intentó besarme pero le di la mano

–Qué casualidad, he venido a cenar con unos amigos. ¿Qué pasó entre tú y mi prima? –su tono era sarcástico–. Ella está ahora en Estados Unidos. Evolucionó magníficamente

y ha vuelto a recuperar su energía, sus ganas de vivir. Vendrá para Navidad. En fin, un placer veros.

Alba me miró cuando él se marchó.

–Me alegro por Laura. ¿Te llevo a tu casa?

–Yo también me alegro por ella pero Roberto sigue siendo el mismo borde de siempre.

Pensaba que igual podía irme contigo a tu apartamento.

–Es que ya no sé por qué deseas venir ahora que tienes un apartamento donde podrás irte con quien tú quieras.

El tono de su voz fue irónico.

–No sé qué es lo que quieres decirme.

–Nada, da igual.

–¿Qué ocurre, Alba? No quiero que entre tú y yo exista ningún malentendido.

–Lo siento, Ana, son tonterías mías.

Nos montamos en el coche y durante el trayecto hacia el apartamento nos mantuvimos en silencio. Alba entró y se dirigió a su cuarto.

–¿Te vas a duchar?–le pregunté.

–Sí, pero no te preocupes, hazlo tú primera. No tengo prisa.

Cuando salí de la ducha ella estaba en su cuarto. Sabía que le había molestado algo pero no sabía el qué. Me puse el pijama y salí al salón.

–Alba –la llamé sabiendo que ya había salido de la ducha–, ¿te preparo una copa?

–De acuerdo.

Bebiendo nuestras copas su semblante parecía más relajado.

–Oye, tenemos que ir a ver el apartamento. ¿Cuándo quieres que lo hagamos?

Sonrió.

–Me imagino que estarás deseando verlo. Buscaremos un hueco.

De pronto el color de sus ojos se oscureció.

–Ella nunca te va a dejar en paz.

CAPÍTULO XXIV

El tiempo, el marcador de nuestras vidas.

Me saqué el carnet de conducir y me compré un coche. Alba me ayudó a elegir los muebles del apartamento y cuando nos parecía nos íbamos allí a pasar los fines de semana. Me presentó a su madre, Rosario. A pesar de ser todavía una mujer joven su rostro estaba marcado por surcos profundos debido a los sufrimientos que la vida le había infligido. Cuando estábamos con ella me daba cuenta de que observaba nuestro comportamiento y creo que supo ver en nosotras cosas de las que no éramos conscientes.

Mi madre se marchó del chalet gracias a que el amigo de Juan le consiguió un trabajo con un matrimonio de profesores jubilados muy cariñosos que la trataban muy bien. Él también encontró trabajo como personal de mantenimiento en unos grandes almacenes. A mi madre se le marcaron más sus surcos en la piel, seguramente por la pena que le estaba causando el separarse de mi padre. No tenía ningún sentimiento de culpabilidad porque sabía que mi padre no se separaría jamás de su familia; sus ataduras eran muy fuertes y mi madre hubiera ocupado siempre el lugar de la amante. Con mi abuela seguí en contacto, incluso llevé a Alba para que la conociera. Ambas se cayeron muy bien. Rubén era un recuerdo aunque me hubiera gustado saber qué era de él. Por Laura, no podía evitar sentir cierta tristeza pero debía avanzar hasta que no me quedara de ella ni el más mínimo recuerdo.

Las navidades estaban próximas.

Estaba terminando de corregir una entrevista que le había hecho a un cardiólogo, famoso por realizar con éxito una operación donde había aplicado una técnica

revolucionaria; prefería escribir sobre ese tipo de sucesos. Alba me preguntaba que qué les daba para que personajes tan ilustres se dejaran entrevistar. Me sentía física y mentalmente agotada. Era el resultado de sentirme relajada, aunque pareciese una incongruencia, sobre todo después de todo lo ocurrido. Decidí tomarme unos días de vacaciones e irme con Carlota a pasar la Navidad.

Fui al despacho de Alba, abrí la puerta y le dije:

–Jefa, te pido unos días de vacaciones. Quiero pasar las fiestas fuera de la ciudad.

Ella arqueó una ceja.

–Pero bueno, ¿qué mosca te ha picado? Durante las fiestas navideñas se generan todo tipo de noticias. Pero debo reconocer que últimamente has trabajado duro y no puedo negártelas, de acuerdo puedas cogértelas. ¿Cuándo te irás?

–Me voy hoy mismo.

–Muy bien.

Por el tono de su voz y la forma de mirarme vi que sentía curiosidad pero sabía que su orgullo le impedía preguntarme.

–¿No quieres saber a dónde voy?

–No.

Me eché a reír.

–Orgullosa, me voy con tu abuela, con Carlota.

Se le iluminó el rostro.

–¡Qué mala eres! Pues esperadme las dos que iré dentro de unos días.

.....

CAPÍTULO XXV

Sentí que unas manos acariciaban mis hombros y las cogí con cariño entre las mías.

–No te preocupes, ella vendrá pronto. Anda, entremos dentro que está cayendo el rocío de la noche.

Añoraba a Alba y me daba cuenta de que mis sentimientos hacía ella estaban cada vez más claros. Era mi presente y mi futuro. Hay que olvidar lo que nos ha hecho sufrir, lo que nos ha dañado y quedarnos solo con los retazos de lo bueno y de las personas que nos aportaron sabiduría, amor y bondad. Así entonces podremos retomar el camino para seguir avanzado.

Besé a Carlota y me retiré a mi cuarto a dormir. Me dirigí hacia la ventana y miré, como tantas otras noches, las estrellas y pensé en Alba. ¿Qué estaría haciendo? Sentí una punzada de celos por lo que cogí el móvil y la llamé pero no contestó, haciendo que mis temores se agudizaran. Me acosté con esa sensación de impotencia, rabia y dolor que provoca la incertidumbre. Habrían transcurrido unos minutos cuando sonó mi móvil, era ella.

–Dime.

–¡Uy, pero que tono de enfado! ¿Qué te ocurre, Carlota te ha bronqueado por algo?

–No, no ha hecho nada de eso. Es magnífica y me cuida más que a un bebé.

–Bueno, tú sabrás. He visto tu llamada pero estaba en la ducha. Después me he estado dando una crema hidratante y relajante.

Sentí cierto sosiego y cambié mi tono de voz.

–Eres una presumida. ¿Cuándo vas a venir?

–¿Me echas de menos?

–No, es que quiero saber el tiempo que me queda para disfrutar.

Me eché a reír.

–Pues te queda poco. Mañana salgó para allá.

CAPÍTULO XXVI

Fueron unos días maravillosos. Disfrutamos de la naturaleza, de la sana comida y de las conversaciones con Carlota. Los preparativos para Navidad fueron entrañables. A pesar de las indirectas cariñosas de nuestra anfitriona ni Alba ni yo terminábamos por hacer visibles nuestros sentimientos. Mi amor por ella cada día se intensificaba más pero no parecía o no quería darse cuenta. Sin embargo le gustaba jugar, había veces que se ponía una ropa interior preciosa que resaltaba sus curvas, su alzado pubis y su sexo. Yo aguantaba, no quería precipitarme y estropearlo. Recordaba sus palabras cuando decía que no dejaría nuevamente entrar así como así a alguien en su vida.

El tiempo parecía volar, como el viento que se lleva la hojarasca que yace en el suelo y desplaza las nubes negras para dejar paso al sol que da calor a la tierra.

Llegó el momento de tener que despedirnos. A mí me daba una infinita pena, los ojos de Alba estaban llenos de tristeza y Carlota no pudo evitar que de sus ojos fluyeran las lágrimas. Quedamos con ella en que volveríamos muy pronto.

No hicimos ni una parada durante el trayecto, preferimos comer al llegar a nuestra ciudad. Esperé a que ella aparcara para entrar en el restaurante.

–¿Qué tal el viaje?–le pregunté.

–Cansada y preocupada por Carlota. He venido todo el tiempo obsesionada con la idea de que no le queda mucho tiempo de vida.

–Por favor, Alba, creo que somos lo suficientemente adultas como para no anticiparnos a acontecimientos que nos hagan sufrir.

Esperando nuestros menús ella, mirándome a los ojos, me dijo:

–¿Por qué me has dicho que ya soy una mujer adulta? Es normal que me preocupe porque mi abuela no le queden muchos años de vida.

–Lo he hecho porque parece mentira, con lo inteligente que eres, que no hayas aceptado que ese día tiene que llegar. Recuerda lo que dijo Sócrates cuando fue sentenciado a muerte y sus discípulos lloraban por ello, que él ya estaba condenado por la naturaleza como todos nosotros –dije seriamente–. Siento ser tan dura, Alba, pero vemos la muerte como algo terrible y no lo es. Nuestro final suele venir cuando estamos sufriendo inútilmente por permanecer vivos ya que tarde o temprano vamos a morir. Quizás otras veces nos sorprenda pero podría ser que en el futuro nos ocurrieran cosas que fuesen mucho peor que morir –Alba me miraba en silencio–. Recuerdo que alguien me contó que había un hombre a los pies del crucifijo de Cristo preguntándole por qué se había llevado a su hijo y no a él. Jesucristo le enseñó el futuro de su hijo y este hombre le dio las gracias.

–Estás siendo dura, Ana. Sé que lo haces para tranquilizarme pero yo soy como soy y tú, aunque quieras aparentar lo que no eres, sientes lo mismo que yo. Entiendo que la persona que muere ya ha dejado de sufrir y que somos los que permanecemos en este mundo los que lloramos la pérdida del que se fue.

–Siento ser tan severa, perdóname, Alba. No pienses aún en esas cosas, a Carlota le quedan muchos años de vida por delante.

Cuando llegamos a casa estábamos cansadas y decidimos antes de deshacer las maletas tumbarnos en el sofá para ver una película. De pronto sonó el móvil de Alba y la miré con un gesto de curiosidad.

–De acuerdo, Luis, perfecto. Por favor, mándamelo por correo electrónico.

Me miró con gesto de preocupación.

–Luis me ha dicho que me va a mandar un correo electrónico con la noticias que saldrán mañana publicadas. La OMS lanza una alerta sanitaria sobre una pandemia producida, parece ser, como consecuencia del escape de un virus de un laboratorio de China, concretamente de Wuhan.

–Esperaremos a ver qué acciones lleva a cabo el Gobierno porque a mí estos virus que presuntamente se escapan de China no me hacen ninguna gracia. ¿Te ha pedido que nos incorporemos?

–No me ha dicho nada, solo que nos irá enviando lo que se vaya publicando.

–Entonces disfrutemos de nuestras merecidas vacaciones.

CAPÍTULO XXVII

Estaba ante el ordenador buscando información sobre el virus. No sé por qué con las malísimas vibraciones que me daba a Alba no parecía afectarle. Estaba cambiando los canales de la televisión cuando se paró en uno que emitía la programación de Año Nuevo del año pasado.

–¿Qué vamos hacer mañana para festejar el Año Nuevo?

En ese momento sonó mi móvil. Alba me miró, quien llamaba era Laura. Por mi indecisión y mi mirada tuvo que darse cuenta de que era ella.

–¿Por qué no lo coges? Sé que es Laura.

–Sí, es ella.

–Pues cógelo.

–Es que...

–¿Es que, qué?–dijo Alba bruscamente.

Puse el manos libre. Alba fue a levantarse pero como estaba cerca de mí la sujeté por el brazo e impedí que se fuese.

–¡Hola, palomita! ¿Qué es de tu vida? Yo me encuentro perfecta. Totalmente renovada y con un tratamiento fantástico que me hace sentir muy bien y sin tener malos presagios. He vuelto a la ciudad y he encontrado trabajo. Me encantaría verte y contártelo todo. He pensado que podríamos pasar juntas la llegada del Año Nuevo.

–Hola, Laura. Me alegro muchísimo de que todo te vaya perfectamente pero...

Iba a decir que no cuando Alba, de forma enérgica, hizo un afirmación.

–Perfecto, a mí también me encantaría, solo que iré acompañada de Alba.

Los ojos de ella despedían chispas. Se escuchó la carcajada de Laura.

–Por mí no hay inconveniente, pero dime, bueno, pensándolo mejor ya te lo preguntaré cuando nos veamos en la fiesta. No puedo seguir hablando, estoy con unos amigos. Nos veremos, cielo.

Cortó la llamada sin darme tiempo a contestarle. Alba se levantó furiosa del sofá.

–¿Qué has hecho? ¡Encima ni me has consultado!

–Tampoco me has consultado tú a mí y me has dicho que aceptara.

–¡Al menos has podido negarte!

–Tú también, puedo disculparte.

– Te estás volviendo muy borde.

–¿De veras? Podría ser que ahora que todo parece sonreírme se me está subiendo la autoestima y que tengo el ego por las nubes.

–La verdad es que yo no diría tanto.

–¡Tú dirías que me estoy comportando como una imbécil!

Estaba preciosa con aquella expresión de rabia. No se había dado cuenta de que el pijama se le había abierto y dejaba al descubierto sus hermosos senos. Sentí unos deseos enormes de estrecharla contra mi cuerpo, de sentir juntas nuestras pieles y su sexo en el mío. Ella me miró y retrocedió pero no le sirvió de nada, la rodeé con mis brazos y besé

sus labios. Era como si la miel se disolviera en mi boca y miles de mariposas revolotearan dentro de mí; el placer me invadía.

Alzó los brazos y sus manos llegaron a mi cuello. Nos dejamos caer en el sofá, nuestros desnudos cuerpos se fusionaban, se unieron nuestros sexos y sentí en los muslos sus fluidos mezclarse con los míos. Las yemas de mis dedos se deslizaban por los rincones más recónditos hasta llegar a su sexo y acariciar su clítoris lento primero y rápido después.

Nuestras bocas se perdían succionándolo todo, llegando con las lenguas donde nuestros labios no podían. Nos convulsionamos. Tuve un intenso orgasmo y mis gemidos fueron apagados por sus labios. Caímos rendidas, agotadas y el sueño se fue adueñando de nosotras. Cuando desperté Alba estaba recostada en mi pecho y la manta del sofá cubría la desnudez de nuestros cuerpos. Ella abrió sus ojos y me miró, le sonreí y besé suavemente sus labios.

—¿No tienes nada que decirme?—preguntó.

—Te amo Alba. No sé cuándo empezó a germinar en mí ese amor. Tenía miedo de que me rechazaras porque siempre decías que no querías complicarte la vida.

Puso sus dedos en mis labios.

—Me enamoré de ti desde el primer momento en que te vi. Parecías un cervatillo acorralado.

Le mordí en la nariz.

—¡Ay! ¡Me ha dolido!

De pronto se puso seria.

–Te falta la prueba del fuego, ver a tu querida Laura.

–No siento ya nada. No me importa encontrarme de nuevo con ella. Es más, lo prefiero para que compruebes que a quien amo es a ti.

–Demuéstramelo, no vale solo con decirlo.

Me atrajo hacía ella y me tumbó en el sofá.

CAPÍTULO XXVIII

Me despertaron los besos de Alba y yo la estreché entre mis brazos enlazando mis piernas a las suyas. Acariciaba su suave piel y ella deslizaba sus labios por mi cuello. Nos dejamos llevar por el momento con la suavidad de una pluma al ser movida por el aire hasta que se posa en el suelo.

Decidimos llamar a nuestras madres y decirles que pasaríamos la noche de fin de año con una amiga; a ellas no les importó. Mi madre, que parecía muy feliz, la pasaría con la familia de Juan y la madre de Alba con unas amigas.

No me había sentido tan feliz en mi vida, todo parecía funcionar maravillosamente bien fluyendo entre risas. Aún sentía en mis labios el sabor dulce de los suyos y un placer intenso al hacer el amor.

Encendí el ordenador para ver los correos que nos mandaba Luis acerca de las noticias que se estaban dando. Me encontré con unas declaraciones institucionales en las que aseguraba que ya se cumplía con los requerimientos de la OMS para la alerta sanitaria. Según el Gobierno dicha alerta no cambiaba sustancialmente los planes ya que España venía trabajando desde finales de noviembre de 2019 con la capacidad suficiente de preparación, respuesta y contención de la infección a pesar de que no parecía tener una incidencia alta.

No quise decirle nada a Alba pero cada vez me gustaba menos cómo avanzaba la situación con el virus y mucho menos que el peso del Ministerio de Sanidad recayera sobre un licenciado en Filosofía.

Por fin llegó el momento de someterme a la prueba de fuego de la noche de fin de año.

Alba le daba los últimos retoques a su maquillaje.

–Estás preciosa –le dije. Llevaba un traje largo con el corte a la altura del muslo que hacía que se abriera al andar. El pelo suelto le caía sobre la espalda.

–Y tú muy bella, con esos pantalones tan ajustado y esa camisa de seda que yo diría que tiene demasiados botones abiertos.

–Cariñito –le respondí con un tono jocos–, es hora de que el domador se enfrente a la pantera con sus mejores armas.

Se echó a reír.

Esta vez me tocó a mí conducir porque a Alba le costaba más trabajo al llevar un traje que yo pantalones, lo que le permitía bromear durante el trayecto. Me daba la sensación de que quería encubrir con bromas su nerviosismo.

Nos abrió la puerta una chica con uniforme de doncella. Laura había preparado una decoración preciosa. Los camareros iban de un lado para otro con bandejas de bebidas y de comida. Haciéndose hueco entre los invitados de alto caché la vi venir hacia nosotras. Había que reconocer que estaba bellísima y nadie diría que era aquella mujer tenía sida. Su traje se le ajustaba al cuerpo como un guante; era de encaje y se le transparentaba todo salvo la parte que se oscurecía en la mitad de su pecho y en el comienzo del pubis. Llevaba el pelo medio recogido por un lado, dejándolo caer hacia el otro y sujetado por estrellas de oro y plata.

–¡Mis queridas amigas, estáis bellísimas!

Besó a Alba en la cara y a mí tuvo la osadía de hacerlo en los labios

–Mi palomita, tus labios me siguen sabiendo a miel.

No quise ver la reacción de Alba pero dije:

–¿En serio? Creo que no, a mi pareja le saben a chocolate fundido. ¿No es así, cielo?

Miré a Alba, ella sonrió y con un tono irónico contestó:

–Hará un momento, cuando hacíamos el amor, me sabían también a fresa y nata.

El color de la cara de Laura cambió.

–Veo que estáis muy poéticas, espero que os dure siempre. Aunque—sonrió con cinismo— podrían quedar recuerdos que no se olvidan jamás, sobre todo los que se refieren al sexo.

Dio media vuelta y se marchó. Alba me agarró del brazo.

–¡Me voy ahora mismo de aquí, Ana! ¡Es una auténtica borde y mala persona!

Le sujeté la mano.

–¡De eso nada! ¡Es lo que ella quiere y no le vamos a dar el gustazo de que piense que nos ha fastidiado semejante noche!

Tuvimos la suerte de que Alba conociera a una de las invitadas. La había entrevistado a raíz de un premio que había logrado como promotora de un estudio sobre los niños discapacitados. Gracias a eso la noche transcurrió muy agradablemente.

Todo el mundo se felicitó al terminar las doce campanadas. Vimos a Laura acercarse hacia nosotras con su copa en la mano.

–¡Mis amigas, brindo por vosotras y por vuestra eterna felicidad!

Alzó su copa buscando la de Alba pero me adelanté y la choqué con la mía.

–Y nosotras porque tú la veas –contesté yo.

Nos fuimos sin despedirnos. La verdad es que Laura le fastidió la noche a Alba y se la veía disgustada. Durante el trayecto llamé a nuestras madres y a Carlota. Llegamos a casay sonriendo me crucé en la entrada. Agarré a Alba y la apoyé contra la pared mientras me comía sus labios. Tiré de la cremallera del vestido y cayó al suelo mientras ella desabrochaba mi camisa. Besándonos en los labios llegamos hasta el dormitorio y nos dejamos caer encima de la cama.

–Llámala –le susurré– y dile que si quiere acompañarnos para festejar el Año Nuevo.

Alba mordió suavemente mis labios.

CAPÍTULO XXIX

Era domingo y Alba se había ido a caminar con una compañera de la redacción. Yo me había quedado tumbada en el salón escuchando música relajante; no me apetecía tener que pasear con la mascarilla. Más tarde nos reunimos con nuestras madres y con Juan en una comida en mi apartamento y le hicimos partícipes de nuestros sentimientos.

Coincidieron en que se lo habían imaginado y, aunque no conocían a fondo el tema de la homosexualidad, lo único que querían era que fuésemos felices. Juan nos felicitó por nuestra valentía y por tener un proyecto de vida juntas, le pesara a quien le pesara.

Llamamos también a Carlota que lloró y nos pidió que fuéramos pronto a verla, quería celebrarlo con nosotras. Sobre Laura no sabíamos nada y le daba gracias a Dios por ello.

Le comentamos a Luis nuestra relación, que nos dio la enhorabuena y nos invitó a comer para festejarlo. Nos dijo que se había imaginado algo por nuestros gestos y miradas de complicidad.

Luis me asignó recabar toda la información que pudiera sobre el virus y se la pasara.

Estaba resultando mucho más letal de lo que en principio se habían imaginado. Decidí empezar a hacer un dossier aparte de lo que se estaba publicando.

INFORME COVID-19

Declaraciones del Director del Centro de Coordinación y Emergencias Sanitarias quien el 31-1-2020 alegaba que *'cumplimos con los requerimientos de la OMS en la alerta sanitaria'*.

La alerta internacional de la OMS por coronavirus *'no cambia sustancialmente los planes, España viene trabajando desde el veintisiete de diciembre dos mil diecinueve*

con la capacidad de preparación respuesta y contención de la infección que no parece ser muy transmisible.’

29-2-2020 (en una cadena de TV): ‘... *el Ministro de Sanidad pide no caer en el alarmismo con el coronavirus y advierte de que las mascarillas no sirven para la calle. Es una situación que seguimos, como es lógico, y que preocupa pero no hay que caer en el alarmismo. Estamos intentando organizar una estrategia común.’*

Apagué el ordenador, seguiría recabando datos pero sin pronunciarme de momento al respecto. Las actuaciones que se estaban llevando a cabo por parte del Gobierno, la oposición y la Casa Real no parecían muy efectivas Estaba cansada de darle vueltas al tema cuando me vino a la mente Laura. No quería tenerla ni en mis pensamientos pero, como si se hubiese producido una especie de telepatía, sonó mi móvil y era ella.

–Hola, Ana, siento molestarte pero me encuentro en una situación muy difícil, diría que trágica. ¡Te ruego que vengas!

Sentí pena por ella porque seguramente había recaído.

–Dime dónde te encuentras y voy ahora mismo.

Me lo indicó y me dirigí para allá. Cuando llegué estaba esperándome a las puertas de un lujoso edificio.

–Hola, Ana–se acercó y me besó en la cara–, gracias por venir. Tienes que ayudarme, por favor. Estaba en el apartamento de un amigo y haciendo el tonto se ha metido más cocaína de la debida y está sin conocimiento.

–Laura, llama al 112 porque esto puede ser muy peligroso. No sé cómo actuar y me estás metiendo a mí en un lío.

–¡Por favor, no puedo hacerlo! ¡Menudo escándalo se armaría! Es un conocido personaje de la política. Te ruego que subas conmigo. Ya le ha ocurrido más veces, lo que pasa es que en otras ocasiones estábamos más personas. Con una ducha se le pasará.

Me dio un escalofrío y tuve la sensación de que aquello lo iba a pagar muy caro.

Entramos en el apartamento y entonces ella se desabrochó la camisa dejando al descubierto sus senos. Rodeándome con los brazos me besó de forma ardiente en los labios. Me quedé paralizada y sentí que se abría la puerta. Al volverme vi a Alba con una expresión en sus ojos que no olvidaré jamás. Quise salir tras ella pero Laura me lo impidió.

–¡Suéltame, eres una víbora! ¡No debí fiarme de ti! ¡Las personas como tú nunca cambiarán y seguirán haciendo maldades hasta después de muertas!

–¡A mí no se me desprecia ni se burlan sin recibir su recompensa! No te engañes, palomita, sigues enamorada de mí, sino jamás hubieras acudido a mi llamada.

Conseguí soltarme pero cuando salí a la calle no veía a Alba por ningún lado. Me dirigí a su apartamento con la esperanza de que estuviese allí, pero no había ni rastro de ella. La llamé pero había bloqueado el teléfono. Se me eternizaban las horas y no sabía a quién llamar, no quería disgustar a nuestras madres. Al final decidí hablar con su madre.

–Rosario, siento molestarte. ¿Está Alba contigo?

–Sí, Ana, pero no quiere hablar contigo. Por favor, no me pongáis a mí en medio.

–Por supuesto que no pero dile, por favor, que no era lo que parecía. Laura nos tendió una trampa.

–De acuerdo, Ana, buenas noches.

Le suplicaba a mi Dios que al menos me diera la oportunidad de poder hablar con Alba. Nunca quise reconocer la maldad que encerraba Laura, siempre encontré una disculpa a su comportamiento. Seguramente ahora estaba dolida por lo ocurrido en la fiesta de Año Nuevo y se vengaba por ello. Por fin me daba cuenta de que era de la clase de personas que no pueden evitar desquitarse con quienes las lastiman. Nunca llegaremos a comprender cómo esta gente puede destilar tanto odio y soberbia, aunque te hayan amado o lo sigan haciendo. No pueden evitar descargar en ti toda su rabia y maldad. Llorando me quedé dormida.

CAPÍTULO XXX

Me miré en el espejo y tenía unas enormes ojeras negras. Aunque la mascarilla podría disimularlas me maquillé. Me temblaba el cuerpo cuando entré en la redacción del periódico, por fin vería a Alba y le podría explicar lo que realmente había ocurrido. Dejé mi cartera encima de la mesa y me dirigí a su despacho cuando vi venir a Luis hacia mí con cara de pocos amigos.

—¿Qué os ha pasado a Alba y a ti? Acaba de pedirme una excedencia de dos años.

Sentí un vuelco en el corazón.

—¡No es posible!

—Por supuesto que lo es y conforme están las cosas resulta un problema serio. Ella es un importante puntal en este periódico.

Apenas podía contener las lágrimas. Al ver la expresión de mis ojos se dulcificó la suya y agarrándome suavemente del brazo me llevó hasta el despacho de Alba. Luis se sentó en el sillón de ella.

—Tendrás entonces que ocupar su lugar.

Me incorporé de golpe de la silla.

—¡Por el amor de Dios, Luis! ¡No me puedes pedir eso ahora mismo, estoy hecha polvo y pensaba pedirte unos días!

Dio un golpe encima de la mesa.

—¡Esto es el colmo! ¡Las niñas se cabrean y les da lo mismo que el periódico se venga a pique! ¡Encima con la que está cayendo con este virus de los demonios!

Tenía toda la razón, él se había portado muy bien con nosotras. Debía madurar, demostrar que ya no era niña que se escondía detrás de los demás.

–Está bien, ocuparé su lugar pero solo hasta que ella regrese.

–¡Muy bien! Pues, venga coge tu bloc de notas que te voy a ir dictando el trabajo que tendrás que realizar.

Fue una mañana agotadora, estaba molida física y mentalmente. Intentaba mantener la compostura pero no me era posible. Apenas pude salir unos minutos para comer. Es curioso cómo cuando disfrutamos el tiempo vuela y cuando sufrimos el tiempo se eterniza. Eran cerca de las diez y media de la noche cuando salí del periódico. Tenía miedo de ir al apartamento de Alba porque pensar que no estaría me hacía sentir un profundo dolor.

Empezaba a tomar conciencia de lo que la amaba.

Entré en el apartamento, se podía palpar un triste silencio. Una opresión en el pecho me impedía hasta respirar. Me dirigí al baño del dormitorio, me daría una ducha y me acostaría sin cenar. Entonces noté que faltaban sus cosas, cepillo del pelo, el de dientes. Temblando me dirigí hacia su armario y vi que faltaba la mayoría de su ropa. Alba se había ido y parecía ser que para mucho tiempo. Abrí la ventana y miré hacia las estrellas preguntándome por qué cuando empezaba a sonreírme la vida de pronto recibía un terrible golpe que arrancaba de mi lado a la persona que más amaba en este mundo.

Qué terrible es la soledad cuando el dolor te oprime y te destroza por dentro. Recordé a Rodrigo y los infiernos por los que había pasado. Decidí llamarle para verter mis lágrimas como un día hizo él.

–Rodrigo, perdóname que te llame a estas horas pero no sé a quién recurrir.

–¡Por Dios, Ana, puedes llamar cuando quieras! ¿Necesitas dinero?

–No, no es eso. Antes de nada, ¿qué tal estás?¿Habéis tenido problema con el virus?

–Gracias a Dios de momento no. Yo estoy intentando adaptarme a estar de nuevo en casa aunque no renunciaré a mis sentimientos. He empezado a trabajar en la empresa de nuestra abuela como supervisor –dijo. Luego me preguntó–. ¿Qué es lo que te sucede, Ana? Puedes contar con mi ayuda.

Le conté de forma resumida acerca de mi bisexualidad y todo lo que me había ocurrido con Laura y con Alba. En ningún me interrumpió. Cuando terminé dijo:

–¿Quieres que vaya a verte?

–¡Oh, no!;Gracias, Rodrigo! Solo quiero escuchar unas palabras de consuelo.

–Mi querida hermana, la vida ha sido mi mejor profesora pero así y todo no he aprendido la lección. Me es imposible llevar a cabo las enseñanzas cuando hay un fuerte enemigo acechando, en mi caso las creencias religiosas de mi familia, a excepción de nuestra abuela Dolores –su tono era tranquilo–.Tú quizás lo tengas peor por esa víbora que se llama Laura que, por lo que veo, jamás te va a dejar en paz y es lo que ha visto Alba. Tienes que reflexionar y saber si has conseguido olvidar a Laura o si aún la sigues llevando en tu corazón. Debes comprender que después de todo lo que ha pasado Alba por culpa de Laura ahora reaccione contigo de la forma en que lo ha hecho, huyendo de ti.Sabe que viviría un auténtico calvario de celos–hizo una pausa y reflexionó un segundo–. Tendrás que demostrarle que la amas y una buena manera es que vea cómo día a día te superas en tu trabajo y mantienes una vida privada tranquila y sosegada. No puedes acelerar las cosas ni pretender que todo se arregle de forma rápida. Tienes que saber esperar, hermanita, y que Dios te ampare –noté que una lágrima me bajaba por la

mejilla—. Aunque tu acción fue para ayudar deberías haber sopesado las consecuencias y por lo menos habérselo dicho a ella. Lo siento, Ana, te lo digo desde mi corazón, para que comprendas que no es que no hayas actuado, te repito, con buenos sentimientos, es que lo has hecho sin pensar en lo que podría sobrevenirte. Búscame un hueco en esa agenda tuya para comer juntos y seguir hablando de ello.

—¡Gracias desde mi corazón, Rodrigo! Té haré caso. Tienes toda la razón del mundo. Antes de actuar deberíamos saber qué consecuencias pueden derivar de nuestros actos. Pagaré mi culpa e intentaré demostrar a Alba lo que la amo. Por supuesto que te buscaré un hueco en mi agenda. ¡Buenas noches, hermano! ¡Un abrazo!

—¡Besos para ti!

Las palabras de mi hermano me habían tranquilizado, me hacían ver un rayito de esperanza. Me metí entre unas sabanas a las que le faltaba el calor del cuerpo de ella.

CAPÍTULO XXXI

Me desperté muy temprano y con dolor de cabeza. Por la noche me dio por pensar en todo lo que estaba ocurriendo, con lo del virus, con Alba. Iba tomando consciencia de lo mucho que la amaba y necesitaba. Qué cierto era que solo damos el verdadero valor a las cosas cuando las perdemos.

Al entrar en la redacción me dispuse a mirar toda la información que estaba llegando sobre el virus. Sonó el móvil, era un número desconocido.

–Por favor, Ana, no cortes es sobre ese virus.

Era Laura. Iba a colgar pero al escuchar sobre lo que era no lo hice.

–Te diré que se ha convocado una manifestación para el ocho de marzo. ¡Menuda movida se ha liado! Los medios de algunos organismos aseguran que es una locura pero las asociaciones feministas igualmente van a seguir adelante con la manifestación. ¡Ten mucho cuidado, Ana! Este virus es más letal de lo que se está diciendo y están dando palos de ciego. ¡Perdóname por lo que te hice pero no puedo arrancarte de mi corazón! ¡Cuídate, un beso!

Cortó la llamada sin darme tiempo a contestar. No sabía qué pensar de ella, su comportamiento no era algo normal. Tenía que agradecerle la información que me acaba de dar y eso me hacía pensar que no era tan mala persona. Lo que tenía seguro era que yo a quien quería era a Alba y que hubiera preferido que aquella llamada hubiera sido de ella.

Llamé a mi madre para ver cómo se encontraba, estaba muy preocupada por mí. La tranquilicé y le dije que si necesitaba cualquier cosa que no dudara en pedírmela.

Me puse en contacto con Rosario y también le ofrecí mi ayuda, lo cual me agradeció. Tuvo la generosidad de decirme que Alba se había ido con Carlota y que allí no se había dado aún ningún caso.

Hablé con mi abuela y se encontraba perfectamente. Me dijo entre risas que bicho malo nunca moría, que me cuidase mucho y que estaba deseando verme.

Llamé a mi hermano y todos seguían bien. Él empezaba a encontrarse mejor y había decidido no renunciar a su condición por mucho que sus padres intentaran hacerle cambiar. De momento se había independizado. Le dije que me alegraba muchísimo y que no renunciara al amor, que era muy joven. De Rubén no había vuelto a saber nada. Ojalá hubiera tenido la suerte de encontrar a alguien que le hiciera bien.

Aquella noche salí más temprano para terminar de recoger mis cosas del apartamento de Alba y llevarlas al mío. También tenía que hacer la compra. Ahora comprar era un calvario; tener que desinfectar los alimentos y usar gel hidroalcohólico para las manos, que nos reseca y agrieta la piel, cada vez que entramos en algún establecimiento o a la hora de comer.

Estaba sentada en el sofá totalmente agotada después de hacer cumplido con todos los requisitos sobre la prevención del contagio. Abrí el ordenador y decidí empaparme de información sobre las pandemias que habían arrasado al mundo y hacer otro dossier sobre ellas.

INFORME SOBRE ALGUNAS DE LAS PANDEMIAS QUE HAN ASOLADO EL MUNDO. NÚMERO APROXIMADO DE MUERTES.

Peste Antonina.....165-180.....5 millones de muertos.....

Plaga de Justiniano.....541-542.....30-50 millones de muertos.....

Epidemia de la viruela japonesa....735-737.....1 millón de muertos.....

Peste negra.....1347-1351.....200 millones de muertos.....

| | | |
|-----------------------------|-----------------------|--|
| <u>Viruela.....</u> | <u>1520.....</u> | <u>56 millones de muertos.....</u> |
| <u>Cólera</u> | <u>1817-1923.....</u> | <u>1 millón de muertos.....</u> |
| <u>Gripe española</u> | <u>1918-1920.....</u> | <u>50.000 millones de muertos.....</u> |
| <u>Sars (China).....</u> | <u>2002-2003.....</u> | <u>774 muertos.....</u> |
| <u>Gripe porcina.....</u> | <u>2009-2010.....</u> | <u>12.469 muertos.....</u> |

Fue llamada gripe española debido a la postura neutral de España durante la I Guerra Mundial que no censuró la publicación de los informes sobre la enfermedad. Algunos investigadores afirmaban que empezó en Francia en 1916 o en China en 1917. A pesar de que España no fue el epicentro se convirtió en uno de los países más afectados con 8 millones de personas infectadas y 300.000 fallecidos.

La información me demostraba que las pandemias cada vez se producían con mayor asiduidad y que la mayoría de las veces no se conocía con plena certeza dónde se originaban y qué las producía y que además aparecían y desaparecían de la misma forma, sin saber cuándo.

Me hice una infusión y me fui a dormir. Mañana sería otro día y un nuevo comienzo.

CAPÍTULO XXXII

La manifestación del ocho de marzo se convocó y a ella acudieron: Podemos, PSOE, Ciudadanos y PP. Por su parte, Vox organizó un acto paralelo.

A partir de esa fecha los contagios se dispararon, los sanitarios carecían de medios para poder afrontar semejante desafío y los hospitales empezaron a colapsarse.

Los medios de comunicación estábamos sumidos en una gran agitación, sobre todo las televisiones. La información era imprecisa y hasta los expertos se contradecían a ellos mismos. Sobre lo que sí tomábamos consciencia es de que del famoso Covid-19 no se sabía absolutamente nada, solo que se estaba expandiendo sin control por todos los países del mundo.

Terminé de escribir en mi dossier cuando vi venir a Luis con la cara descompuesta.

–Prepárate para redactar esta noche:14-3-2020. El presidente del Gobierno declara el estado de alarma para frenar el virus. Ya hay 4.200 contagiados y 120 muertos.

A partir de entonces empezó una espiral de informaciones contradictorias en las que nadie acababa de aportar datos concluyentes sobre el terrible Covid-19. Subía el número de contagiados y de muertos. Algunos hospitales empezaron a colapsarse y las ucis estaban completamente al límite, teniendo que ser desplazados los enfermos a otras localidades. Mientras sucedía todo esto los políticos se echaban sus miserias a la cara.

El virus demostraba una gran resistencia y no se encontraban los medicamentos adecuados. Varios países se lanzaron a elaborar una vacuna pero era imposible terminarla con la rapidez requerida.

El sistema sanitario, a pesar de las advertencias de los profesionales, no se había reforzado. Tampoco se había llevado a cabo la compra de material suficiente para tener cubiertas las necesidades de los hospitales y de los ciudadanos.

Con el confinamiento los contagios y las muertes empezaron a remitir, por lo que se empezó la desescalada. Esta decisión fue desaconsejada por ciertos organismos y por los propios sanitarios debido al riesgo que entrañaba.

No tenía tiempo ni para pensar aunque seguía estando informada sobre mi madre y también acerca de la familia de mi padre. Gracias a Rosario sabía que Alba y Carlota se encontraban bien. Alba, ¡cuánto la echaba de menos, cuánto añoraba sus besos, hacer el amor con ella! Me confortaba con la esperanza de que al final conseguiría que regresara a mis brazos porque le demostraría cuanto la amaba. Luis estaba muy contento con mi trabajo y eso serían puntos a mi favor con ella.

Empecé de nuevo a escribir el dossier, siempre desde la presunción:

INFORME COVID-19

18-3-2020: El coronavirus se ceba en las residencias de ancianos.

20-3-2020: Se publica que Director del Centro de Coordinación de Alertas y Emergencias Sanitarias ignoró el mensaje de las sociedades de epidemiología hasta la celebración de la manifestación del ocho de marzo de 2020.

21-3-2020: El Ministro de Ciencia e Innovación reconoce por error que el Gobierno ya sabía desde el pasado mes de enero que el coronavirus llegaría a España. Pese a ello no se tomó ninguna medida para frenar su avance hasta después de la manifestación feminista.

23-3-2020: 462 fallecidos. 33.089 infectados. Siguen incrementándose los casos.

25-3-2020: Los sanitarios desprotegidos y desbordados por el coronavirus: ... 'esto parece una enfermería de guerra.'

27-3-2020: Los test que compra el gobierno para detectar el virus son defectuosos

29-3-2020: El Gobierno decide relajar algunas medidas restrictivas para que empiecen a funcionar ciertas actividades profesionales.

2-4-2020: El gobierno hace oídos sordos a la OMS para adquirir material sanitario.

10-4-2020: La OMS alerta de los peligros de levantar la cuarentena demasiado rápido. Puede llevar a un resurgimiento mortal del virus.

11-4-2020: Coronavirus en España. 25.000 sanitarios infectados; el pasado mes eran 19.400.

12-4-2020: El Gobierno admite ante Justicia que conocía el peligro de la epidemia un mes y medio antes del ocho de marzo.

12-4-2020: Los científicos alertan del riesgo de la vuelta parcial de la actividad: ... 'ni tenemos datos suficientes ni estamos preparados.'

12-4-2020: Sanitarios e investigadores opinan que la vuelta al trabajo es prematura y podría volverse a disparar la curva de contagios.

13-4-2020: Empiezan a incorporarse ciertos profesionales al trabajo.

14-4-2020: El presidente del Gobierno ofrece un gran pacto mientras arremete contra la oposición e ignora a Casado.

14-4-2020: Los especialistas alertan de otra oleada de neumonías para final de mes.

16-4-2020: Se podrían haber evitado más contagios por virus si el estado de alarma se hubiera decretado el siete de marzo de 2020.

17-4-2020: Las mascarillas defectuosas compradas por el Gobierno se repartieron por muchos hospitales del país.

18-4-2020: El Gobierno no da datos sobre las mascarillas compradas con dinero público.

20-4-2020: Pedro Sánchez y Pablo Casado se reúnen por videoconferencia para tratar acerca del coronavirus.

26-4-2020: El portavoz del Gobierno ha desaconsejado este sábado realizar test masivos de coronavirus a pesar de que una semana antes insistieron en la necesidad de hacer pruebas a la población.

29-4-2020: El Gobierno inicia una desescalada para ir suavizando el confinamiento.

Cerré el informe y me dirigí al despacho de Luis. Al abrir la puerta el humo del tabaco me hizo toser.

–¡Por Dios, Luis! ¡No te vas a morir del virus sino de un cáncer de pulmón!

–Pues mira, no sé qué decirte. ¿Qué haces sin mascarilla,? ¡Póntela ahora mismo! Esto es una locura Ana. ¿Te das cuenta de que nadie se pone de acuerdo? ¡Ni los mismos virólogos! Ahora parece que con esta desescalada se está produciendo una segunda ola y encima sin tener el sistema sanitario reforzado y sin la preparación adecuada para lo que se nos está viniendo encima –dijo dando una calada nerviosa–. ¡Lo único que han estado haciendo es discutir en el Congreso! ¡Han desaprovechado todos estos meses sin hacer nada verdaderamente efectivo! ¡Mira cómo se sigue actuando desde los

hospitales, contra reloj y según van surgiendo los nuevos casos! –su tono pareció relajarse un poco–. Menuda hay liada con lo de los aerosoles y, con la evolución que está teniendo el virus, si antes las mayores víctimas eran las personas de la tercera edad ahora se ceba con los adolescentes. Por cierto, le he pedido a Alba que haga el favor de reincorporarse, que estamos desbordados con lo de este bicho.

Sentí una punzada en el pecho pero era lógico, como también que tarde o temprano ella y yo tendríamos que encontrarnos.

–No pasa nada, Luis, además las cosas hay que afrontarlas desde el principio. Quizás sea lo mejor que nos veamos –quería demostrar una seguridad que no tenía–. Volviendo al tema del virus, es cierto que los adolescentes y también muchos adultos se están saltando las normas a pesar de haberse prohibido las reuniones de más de seis personas y del uso obligatorio de mascarillas. No lo están cumpliendo y encima alguno de ellos arremeten contra las fuerzas del orden público.

–Ana, no es por disculpar semejantes acciones porque ahora el pueblo es quien tiene que comportarse con lógica y poner todas las barreras posibles para los contagios. Lo malo es que ya están cansadas de oír hoy una cosa y mañana otra –dijo seriamente–. Ahora tenemos a nuestro favor que los médicos han descubierto algunos tratamientos más efectivos que los de marzo y que no dejan secuelas como los anteriores. Aparte, con los estudios que se están realizando los sanitarios están adquiriendo más conocimientos para saber a lo que se están enfrentando.

–Sobre saber a lo que se enfrentan no estoy muy segura.

–Confíemos en que esas famosas vacunas estén pronto disponibles.

–Sí, pero a ver quiénes son los valientes que empiezan a ponérselas. Según tengo entendido las vacunas tardan en testarse cinco años y estas parece que saldrán en un año y unos meses aproximadamente.

Nuestra conversación fue interrumpida al abrirse la puerta y aparecer Alba. Sentí un vuelco en mi corazón.

–Luis, aquí me tienes, fiel cumplidora de tus órdenes. Hola, Ana, te veo bien.

Me quedé helada al escuchar un saludo tan frío. Daba la sensación de que no hubiera ocurrido nada. Estaba muy guapa aunque quizás más delgada.

–Hola, Alba, gracias. Yo también a ti.

–Perfecto –dijo Luis en tono irónico–, me parece fenomenal que seáis tan educadas la una con la otra. Mejor así porque no os queda más remedio que trabajar juntas.

–Por mí no hay ningún inconveniente. Ana, pásame un informe de todo.

–Ahora te lo llevo a tu despacho y recojo las cosas que tengo allí.

Ni siquiera me contestó. Entré en el despacho detrás de ella y recogí mis informes y mis pertenencias particulares sin que ninguna de las dos volviéramos a dirigirnos la palabra.

Nunca acabaría de entender al ser humano. La actitud de Alba me dolía pero lo que me causaba más dolor era que no confiara en mí. Pero lo que me hacía sentir una terrible impotencia era ver cómo Laura estaba consiguiendo lo que se había propuesto, separarnos.

Después de haberle elaborado un resumen de toda la información que se había generado me dirigí al despacho y llamé a la puerta esperando a que me diera permiso para entrar.

–Te traigo un resumen en el que creo que está todo, si tienes alguna duda...

–No te preocupes–dijo cortando mis palabras–, no creo. Gracias.

Me lo dijo sin levantar la vista de los papeles de su mesa. Sentía un profundo dolor al ver el distanciamiento y la frialdad con la que me trataba. .

–Alba, creo que no merezco este trato.

Ella entonces me miró a los ojos.

–¿Ah, no? ¡Hay que tener cara para decir eso!

–¡Deberías escucharme antes de juzgarme y condenarme!

–No cuando los hechos están tan clarísimos. Por supuesto que a veces hay personas que valoran más las palabras.

–¡Estás equivocada, Alba, totalmente equivocada! ¡Laura me engañó! Me hizo ir a verla diciéndome que estaba en un situación terrible y lo manipuló todo para que vieras aquella escena.

–Por favor, Ana, ahora ya tienes el camino libre para hacer lo que creas conveniente y verla cada vez que te llame.

–¿Cómo puedes ser tan dura y tan fría ? No me esperaba eso de ti, ¡nunca lo hubiera imaginado!

–¿Pero tú te crees que puedes actuar de la forma en la que lo hiciste y que no iba a tener consecuencias? Conociendo mi forma de ser y lo que he sufrido por culpa de esa mujer, ¿por qué tuviste que ir a su encuentro? Sus palabras se vieron interrumpidas por el

sonido de mi móvil. Era un número desconocido pero presentí que era Laura. Alba me conocía lo suficiente para saber quién era por mi reacción.

–¡Tienes muy poca vergüenza!; Pretendes que me crea tus palabras y sigues hablando con ella!

–¡Te suplico que escuches!

Puse el manos libres.

–¡Hola, palomita, estaba preocupada por ti! ¿Qué tal llevas toda esta película de ciencia ficción? Ahora que estamos libres las dos podríamos vernos.

–¿Cómo tienes la desvergüenza de volver a llamar después de lo que me has hecho?

–Lo que hice surtió efecto, conozco a Alba y sabía que no te lo perdonaría.

Mientras hablaba miraba a Alba directamente a sus ojos para que pudiera comprobar que era verdad lo que estaba diciendo.

–¿Por qué me tendiste semejante trampa?

– Primero porque te quiero para mí. Te conozco y sabía que no te negarías a hacerme un favor. Segundo, por cómo las dos os mofasteis de mí en mi propia fiesta y tercero porque había terminado con Juncal, bueno, en realidad ella me dejó al saber que tengo sida.

–¡Por favor, olvídate, Laura! Lo nuestro se acabó y no porque estés enferma sino porque estoy muy enamorada de Alba. Sé que ella terminará perdonándome.

–Jamás te va a perdonar y yo estaré ahí para recogerlos pedazos rotos. No pienso dejarte nunca en paz y sé que al final volverás a caer en mis brazos –dijo y se detuvo un

momento—.No sé por qué me da la sensación de que me está escuchando. Dile entonces que es la segunda vez que te llamo y coges el teléfono.

Corté bruscamente la llamada.

—Por lo que veo ya habías hablado con ella y pretendes que te crea. Te ruego que salgas de mi despacho.

—¡Santo Cielo, Alba!¿No te das cuenta de que lo que quiere es separarnos? Ella me llamó desde otro teléfono para decirme que tuviera cuidado con lo de este virus y colgó. ¡Yo ni le contesté!

Dio un golpe en la mesa y se levantó del sillón.

—¡Eres un cínica y una mentirosa!¿Te crees que me voy a creer semejante película?

Estaba preciosa enfadada. Cuánto deseaba poder besar sus dulces labios.

—Dejémoslo, Ana, por favor.

Sentía tal impotencia que tenía ganas de llorar. Cogí mis cosas y salí del despacho.

Encima de mi mesa Alfonso me había dejado las últimas informaciones recibidas. Me quedé impactada al leer que el Gobierno, para aprobar los presupuestos, había pactado con Bildu, la principal fuerza política de la izquierda abertzale y vinculada aparentemente con ETA. Aquello traería cola ya que eran unos presupuestos cuya legitimidad se ponían en tela de juicio y que no eran aceptados por los partidos de derecha. Leí otra noticia que estaba lista para saltar a la palestra, la aprobación de la Ley Celaá, que recogía entre otras disposiciones:

—La eliminación del castellano como lengua vehicular.

—La religión no contará para acceder a las becas.

–Se podrá pasar de curso en la ESO sin límite de asignaturas suspensas siempre sea una decisión consensuada por el equipo docente. – Una disposición que permitiría cerrar los centros de educación especial e integrar a sus alumnos en colegios ordinarios.

No sabía ni qué pensar de todo aquel despropósito que llevaría a España al caos, a la incertidumbre y al enfrentamiento. Sin darme cuenta había llegado la hora de salir a comer. Alba salió de su despacho.

–Ana, voy a salir a tomar algo. Si surge alguna urgencia, por favor, me llamas.

–Vete y come tranquila, Luis está en su despacho.

No pude evitar mirar por los ventanales y sentir una oleada de fuego recorriendo mis venas. Alba se dirigía hacía un chico que estaba esperándola al lado de un coche; se subieron y se marcharon.

Me senté en el sillón y me derrumbé. No podía llorar, no allí delante del resto de los compañeros o a riesgo de que Luis saliera de su despacho y me viera. Sentía que la cabeza me iba estallar, los celos mordían mis carnes y la pena era tan profunda que me producía un dolor en el pecho que no me dejaba respirar. No veía ni siquiera los papeles que tenía sobre la mesa. Me levanté y fui al despacho de Luis.

–Siento interrumpirte, Luis, pero no me encuentro bien. Me voy a casa .

–¿No tendrás coronavirus? ¿Quieres que te acerque al hospital?

–No, gracias. Se me pasará, no todo va a ser eso.

Me dirigí al parque donde solía pasear con mis amigos. Caminando de nuevo, como tantas veces hice en mi adolescencia, por aquellos caminos y viendo ese mundo aparte

que eran los árboles, las flores y el perfume que desprendían me sentía reconfortada. Me embargaba la nostalgia de aquellos años de juventud, cuando pensaba que se cumplirían mis sueños. Desafortunadamente nunca tuve consciencia de que todo tiene un precio y que al final se termina pagando mucho más que lo se recibe; ese precio es el dolor infligido.

Entré en mi apartamento, me fui a la ducha y dejé que el agua se deslizara por mi piel. No tenía lágrimas que pudieran fluir. Sin darme cuenta estaba entrando en la edad de la madurez. Esa madurez, adquirida desde el dolor, es la que te hace tener esa frialdad atribuida a los estoicos al razonar sobre lo que siente, no desde el corazón, sino desde la razón.

CAPÍTULO XXXIII

Había pasado una noche horrible, despertándome a cada momento con una sensación de angustia y de dolor que me agotaba física y mentalmente.

Me di cuenta de que había perdido a Alba y de que tendría que plantearme mi vida sin ella. Sentía una mezcla de impotencia, de rabia y de dolor al tiempo que los celos corrían mis entrañas y me preguntaba cómo harían el amor, si él le daría más placer que yo... Era horrible. Me tomé solo un café y cogiendo el coche me dirigí a la oficina.

Mientras conducía no quería pensar en Alba, algo que sabía que era difícil cuando tienes que trabajar a su lado. Tenía que armarme de valor, al fin al cabo ella me había olvidado muy pronto, lo que significaba que yo la amaba más que ella a mí.

Su conducta era despreciable, ¿por qué no se había privado de quedar con aquel imbécil? Sé que no tenía derecho a llamarle de esa forma, no le conocía, pero los celos me hacían verle así. Encima en las mismas puertas del trabajo. ¡Ella era la imbécil y la despreciable! Del dolor empezaba a pasar a la rabia.

Entré en la oficina malhumorada y con unos deseos terrible de abrir la puerta de su despacho y decirle todas las barbaridades en las que estaba pensando.

No había hecho nada más que sentarme cuando Alfonso vino hacia mí.

–Me ha dicho doña Alba que en cuanto entraras te dijera que deseaba verte.

Pasé sin llamar. Ella me miró extrañada ante mi ímpetu. Ni siquiera le di los buenos días.

–¿Qué deseas?

Me miró enfadada.

–¡Esto es el colmo! ¡No olvides que debes un respeto, soy tu jefa!

–Ah, es cierto, mi jefa. Despídeme, me da igual. Es más, lo prefiero antes de verte caer en manos de cualquiera cuando no hace ni unos meses que has cortado nuestra relación a sabiendas de que no tenías razón. Fíjate, podría hasta pensar que lo has hecho a propósito porque ya tenías en tu punto de mira, palabra usada por ti, a una posible víctima.

Alba me escuchaba perpleja.

–¿A qué te estás refiriendo? ¡Te has vuelto loca!

Su cinismo me hacía hervir la sangre de indignación. Por otro lado, unos deseos incontrolables de besarla se estaban apoderando de mí. No lo pensé dos veces, me fui hacia ella, la levanté del sillón y rodeándola con mis brazos besé sus labios con rabia, con deseo, llena de lujuria. Se los mordía suavemente mientras mi lengua recorría toda su boca por dentro. Ella al principio intentó soltarse pero después alzó sus manos a mi cuello y nos dejamos llevar por la pasión. La aparté y le dije con furia:

–¡Espero que mis besos te sepan mejor que los de él!

Salí dando un portazo pero noté que su beso seguía teniendo el mismo fuego. Al poco salió de su despacho.

–Ana, por favor, ¿puedes venir?

Entré de nuevo pensando que me daba todo igual, que me despidiera, que me insultara.

–Siéntate, por favor. Ayer vino un periodista a verme porque quería que comiese con él. Tenía que darme una información que creo que es importante: El Colegio de Médicos va a pedir la dimisión del Director del Centro de Coordinación de Alertas y

Emergencias Sanitarias porque se ha permitido el lujo de decir que ahora hay menos sanitarios contagiados ya que están siendo más prudentes.

Sentí una mezcla de paz absoluta, de sosiego mezclado con la vergüenza por haber hecho el más absoluto de los ridículos. Ella al ver mi expresión se echó a reír.

–Ahora entiendo, me vistes con él y pensaste vete tú a saber qué barbaridades. Eso te pasa por husmear donde no debes.

Me levanté sin decir nada y me marché a mi mesa. No sabía definir cómo me sentía aunque la sensación más fuerte era de auténtica alegría. Me sacó de mis pensamientos el sonido de mi móvil, miré y era Juan. No sé por qué sentí un escalofrío.

–Ana, lo siento, se acaban de llevar a tu madre al hospital. Tiene covid.

Se escuchó un sollozo apagado y la comunicación se cortó. Había escuchado a mi madre más de una vez decir que las desgracias nunca vienen solas, ¡y qué cierto era! Recordé el amor tan profundo que sentía por ella y los sentimientos de culpabilidad me embargaron. Sentía remordimientos de conciencia porque últimamente no había ido a verla todo lo que debía.

Es curioso con la inmensidad que lo valoramos todo cuando tomamos conciencia de que lo podemos perder. Me daba cuenta de que debería haber compartido más mi tiempo con ella.

Llamé a Juan para decirle que iría inmediatamente a verle. Ya más tranquilo me informó de que estaba confinado y solo podríamos vernos a través de la puerta y con la distancia de seguridad; aunque había dado negativo en la PCR tenía que hacer cuarentena durante diez días. Debía esperar a que le comunicaran las novedades, buenas o malas.

Ahora al sentir tan directamente el azote del miserable virus es cuando me daba cuenta de la magnitud del mismo. Qué sufrimiento tan enorme saber que podrías no volver a ver más a tu ser querido, no poder acompañarle en unos momentos tan dolorosos, que podría morir en soledad. Sentía una presión en mi pecho y unos enormes deseos de llorar y de gritar.

Tenía que pedirle a Alba que me dejara salir antes del trabajo pero me sentía avergonzada por todo lo que había sucedido y no quería que lo hiciera por lástima. Llamé a la puerta del despacho y entré.

–Perdona, Alba pero quería pedirte el favor de que me dejarás libre esta tarde

Por su forma de mirarme intuí que estaba enfadada.

–Me imagino que será algo importante, sabes cómo estamos. De acuerdo.

Al salir del despacho me encontré a Luis.

–Luis, he pedido la tarde libre. La pareja de mi madre me ha llamado para decirme que la han ingresado en el hospital con coronavirus. He quedado con él para que medé más detalles.

Me abrazó.

–¡Ánimo, Ana!; Ya verás como todo va a salir bien! Sabes que ahora, a pesar de que hay muchos contagios, se tiene más claro cómo tratar al enfermo, no es como al principio.

Iba a salir a la calle cuando sentí que me sujetaban por el brazo, era Alba.

–¿Por qué no me has dicho lo de tu madre?

–No quería que por nuestra, bueno, ya rota relación y después de lo que había pasado te vieras obligada.

–¿Estás tonta, Ana? Dejemos ya eso. Venga, iremos en mi coche.

Al tenerla tan cerca me daba cuenta de lo que la amaba y lo que deseaba tenerla entre mis brazos. Me preguntaba qué pasaría ahora, si cortaríamos definitivamente nuestra relación.

–¿Sabes cómo se ha contagiado o en las condiciones en que se la han llevado al hospital?

–No tengo idea de nada, Alba. Últimamente solo pensaba en trabajar y superarme para demostrarte lo que te quiero y que volvieras de nuevo junto a mí.

Alba me miró con una gran ternura reflejada en sus ojos.

–Así que piensas que yo no me preocupaba por ti. Siempre le preguntaba a mi madre y a Luis y me decían lo que trabajabas, que te perdonara, que estabas demostrando quererme con locura –dijo sonriendo–. Ahora has sentido lo que son los celos y podrás darte cuenta por lo que pasé. Dejemos eso ahora, lo importante es la salud de tu madre.

Nunca me hubiera imaginado que ella se hubiera estado preocupando por mí. Sentí esa dulce sensación que te hace notar de nuevo el calor de tu sangre. Alba tenía toda la razón, hay situaciones por las que tendríamos que pasar para saber la magnitud de las mismas.

Llegamos a la puerta de mi casa. Alba quiso subir conmigo.

–Si quieres puedes marcharte. Igual hay más personas contagiadas en el bloque.

–No digas tonterías, voy a subir contigo.

Llamé a la puerta y Juan la abrió a medias. Se puso bastante separado y con mascarilla. Nosotras ya las llevábamos puestas al salir del coche.

–¡Cuánto lo siento, Ana!;Ha sido todo tan rápido! Llevaba unos días con una especie de resfriado y con mucha tos pero no le dábamos importancia. Anoche empezó ya a tener fiebre. Está mañana pensábamos llamar para consultar con el médico pero empezó a asfixiarse, entonces decidí llamar el 112 –dijo alterado–. Vinieron y cumpliendo con el protocolo Covid se la llevaron. Por lo que me dijo el médico tenía todos los síntomas de la enfermedad. Tuve que ir a hacerme la prueba y di negativo. Perdóname –susurró aguantando las lágrimas–, les he dado mi teléfono para que me vayan actualizando toda la información. No podemos ir a visitarla ni hacer nada, solo esperar a las horas que tienen establecidas para informar a los familiares.

Se echó a llorar como un niño. No podíamos acercarnos a él ni abrazarle. ¡Qué tristeza más enorme!

–Bueno, Juan, no te preocupes. Todo saldrá bien, tennos informadas. Sentimos no poder besarte. Vamos, Alba.

No sé por qué no derramaba ni una sola lágrima. A pesar de que sentía una especie de gozo por lo que me había dicho Alba, las cosas no acababan de encajar con lo que me estaba sucediendo; hacía solo unos meses mi vida estaba llena de alegría y felicidad.

–Ana, vamos a tu apartamento, cogemos tu ropa y tus cosas personales y te vienes al mío.

–No te preocupes, Alba, no quiero molestarte.

–¡Haz el favor de no decir bobadas! Creo que te estoy demostrando lo que siento por ti. Quería ponértelo difícil para que vieras que yo tenía en parte razón. Eres una cabezona y no quieres entender que aunque tus intenciones fueron buenas te equivocaste.

–Lo sé, Alba, y te pido perdón por ello.

Cuando entramos en mi apartamento empezó a coger mis cosas y a meterlas en un bolso de viaje. Yo la miraba como ausente. Mi madre... Seguramente no la volvería a ver más. Alba comenzó a zarandearme suavemente.

–¡Ana, por el amor de Dios, reacciona! ¿Me escuchas? Todo se va a solucionar, no puedes permitirte el lujo de asumirlo de esta forma porque lo único que harás será mortificarte. Si te bajaran las defensas podrías coger el virus.

–¡Me da igual todo! ¿Es que no te das cuenta? ¡No se puede controlar nada! ¿De qué me ha servido leer a tanto filósofo, estoico o epicúreo? ¡De nada, no me ha servido de nada porque no he sido quien yo quien ha empezado a descontrolar las cosas! ¡Ellas son las que han empezado a descontrolarse!

–No empecemos, Ana. Desgraciadamente en lo referente a tu madre tienes razón pero en lo referente a esa zorra, mejor vamos a dejarlo.

Llegamos a su casa y me senté en el sofá mientras ella lo colocaba todo en la habitación que tenía para los invitados.

–¡Qué cara tienes! Por favor, haz algo o al menos prepara la cena.

No pude resistir más y comencé a llorar desconsoladamente. Sentí sus manos acariciar mi pelo. Me volví y vi en sus ojos el reflejo de las lágrimas. La atraje hacía mí y besé sus labios. Nos dejábamos llevar por las caricias y los besos. Nuestros cuerpos se

reconocían. Nuestros sexos se fundían como se funde el chocolate y nuestras bocas y manos recorrían los rincones más íntimos. Los gemidos eran acallados por nuestros besos. Finalmente el sueño nos venció.

Cuando me desperté tenía Alba abrazada a mí y yo la rodeaba con mi brazo. Dormía profundamente, besé sus bonitos cabellos y le di gracias a mi Dios por tenerla de nuevo junto a mí. Le supliqué que salvara la vida de mi madre. En nuestros desnudos cuerpos se reflejaba la luz de las estrellas y a través de ellas Dios me mandaba un mensaje de paz y esperanza.

FIN